





AÑO 10.º

NUM. 110.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ADONIS 1303 1998 110 110

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

FEBRERO 1898

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

1898

1898

LA

ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

DIRECTOR

FEBRERO 1898

MADRID

LA CARNICERÍA

(SEDAN)

SEGUNDA PARTE

XVII

Frente á una casucha sin techumbre, y en cuya fachada, negra de humo, se conservaba aún este trozo de rótulo, pintado con letras gordas «.....*ciante en carbones*», leíase en una muestra de madera medio consumida por el fuego y yacente en medio de los despojos este final de otro letrero: «...*rinario.*»

Era al tomar el camino á mano izquierda, un poco antes de llegar á las últimas casas del pueblo. Aún estaba en pie un cobertizo, debajo del cual había aros de rueda, llantas, cubos de ejes y un par de adrales. El herrador era al mismo tiempo constructor de carros. Todas las herramientas estaban desparramadas; y dispersos por el barro, en confuso revoltijo, las barras de hierro para el trabajo, las tenazas, las pinzas, los fuelles, los yunques, los martillos. Un lienzo de pared, roto por el fuego, con tres agujeros, en uno de los cuales colgaba un pedazo de bastidor, formaba un buche encima de dos respiraderos de cueva, cuyos barrotes no se habían meneado.

—Ahí dentro está ella—nos dijo un soldado francés, herido en un brazo y que miraba como nosotros.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEORANCIOLLOS

—Pero ¿quién es ella?

—La hija del herrador ¡pardiez! Ya sabrán ustedes: la hija del albéitar de Bazeilles, la que disparó contra esos bigardos cuando entraron en el pueblo.

Y nos contó que en el momento de disponerse los prusianos á entrar en Bazeilles, el cura bajó á la plaza y llamó á las armas á sus feligreses. Armáronse de fusiles los hombres y de horcas las mujeres; y se emboscaron tras de los setos, en el fondo de las bodegas, contra los árboles. En las filas prusianas cayeron algunos hombres.

Quien cayó primero fué un cirujano mayor. «¡Mueran, mueran!» gritaban los habitantes de Bazeilles. Y los prusianos prorrumpieron en terribles gritos.

Mientras por todas partes en Bazeilles, desde los cercados, los techos y las cuevas salía un poco de humo blanco y se disparaban todas las viejas carabinas descolgadas del clavo, los prusianos encendieron gavillas de paja y las arrojaron dentro del caserío. Una hora después ardía por los cuatro costados el heroico pueblo de Bazeilles.

Y no dejaban de disparar.

Los que huían cargaban las armas sin detenerse y luego daban frente á la llanura para hacer el disparo. Los prusianos, en número de un millar, y con diez veces más detrás de sí, entraron entonces en las casas y las saquearon; pusiéronse luego á dar sablazos de plano á la gente que encontraban, casi siempre mujeres y viejos; por último, los encerraron en los sótanos, de modo que, al hundirse las casas, los aplastasen.

Pues bien; el primer tiro se disparó desde casa del albéitar por mano de su hija, una muchacha de veinte años. ¡Veinte años! ¡La edad en que se ama, en que los bosques están floridos, en que se consulta á las margaritas deshojándolas! Ésta dió en holocausto su vida. Á la sazón yacía, consagrada por la muerte, debajo de la casa de su padre. Encerraron en la cueva á la obscura heroína de Bazeilles y fué quemada.

Á dos pasos de allí había un lazareto: entramos en él. En

euclillas á la puerta estaba un zuavo con la cabeza entre las manos, en una postura feroz; y en pie junto al zuavo, con el capotillo al hombro, miraba un turco con ojos fijos la lluvia que caía sobre el pueblo. Nunca vi caríátide más escultural y más conmovedora; en los umbrales de aquel hospital diríase que era la guerra eterna, meditando trocar en vencidos á los vencedores.

Todos los heridos del lazareto eran soldados franceses; aceptaban con júbilo los cigarros y el tabaco que les dábamos.

Al hablarles nosotros de sus sufrimientos, decían:

—Lo nuestro no es nada. Pero ¡y Francia! ¡Y el ejército!

Y les respondíamos, apretándoles las manos:

—¡Ánimo, sois franceses! Amigos, Francia no muere.

—Decídselo á los otros—suplicaba un dragón veterano, de bigotes grises, que mordía la sábana por no romper á llorar.

—Decídselo á todo el mundo: ¡nos han vendido!

Y esos hombres á quienes el dolor hacía retorcerse en sus camastros, gritaban á la vez enseñando los puños:

—¡Sí, vendido! ¡Nos vendieron los traidores y los cobardes!

El mismo grito resonaba por todas partes.

XVIII

PERTENECIENTE A LA BIBLIOTECA
ATENEOS BARCELONES

Traspuestas las últimas casas de Bazeilles, se desemboca en unas llanuras; por ambos lados del camino se extienden hasta muy lejos.

La tarde estaba casi al caer.

Desde las tres, en que pasamos de La Chapelle, no habíamos dejado de andar por campos de batalla; y á derecha é izquierda parecían interminables de largos.

El poniente, cruzado por una gran faja roja, tenía color de sangre; y sobre esa púrpura obscura corrían nubes negras,

desgreñadas como crines de caballos. En todas las demás partes el cielo estaba de un color gris rojizo, implacable y monótono. Por un instante se interrumpía la lluvia.

La llanura, empapada por las aguas de los dos últimos días, formaba un barro blando en que los pies se hundían hasta los tobillos. Casi no se veía ya la realidad, y las cosas eran rayanas á visiones. Tallos de remolachas, en cuadros regulares, erizaban enigmáticamente el suelo y parecían osamentas emergiendo de una necrópolis.

Oíase á veces un relincho lejano, luego un ruido de galope; y á través de la llanura pasaba sin jinete un caballo, cojo, arrastrando el bandullo. Grandes bandadas de perros aullaban junto á las caballerías muertas; en algunos sitios posábase una nube de cuervos. Y poco á poco invadieron el llano extrañas siluetas agrandadas por la última claridad del día, y brillaron á flor del suelo algunos resplandores; esas luces iban y venían, y al detenerse veíase alumbrado un punto pequeño de aquella extensión.

Las rondas nocturnas encontraban á menudo hombres desenterrando cadáveres, desollando caballos, robando á los escasos transeuntes retrasados; entre dos luces empezaban sus correrías.

Llevaban consigo perros, que les servían á la vez para buscar los muertos y evitar el encuentro con las patrullas. Cuando llegaban éstas, esos merodeadores de la muerte se echaban en los surcos ó se escondían en agujeros. Pasadas las patrullas, volvían á empezar sus abominables registros.

Por la mañana se encontraban al borde de los hoyos cadáveres con tierra en los cabellos, en las manos, en la boca, en todo el cuerpo, al aire, enteramente desnudos. Esos cadáveres estaban mutilados, y había algunos á los cuales habían cortado la cabeza con tranchetes, hachas, podaderas ó machetes. Casi todos carecían de dientes, de las uñas del pie ó de las de la mano. Era fácil ver de qué modo se habían conducido los operadores respecto á las dentaduras, según los muertos te-

nían abierta ó cerrada la boca: en el primer caso quitaban los dientes con tenazas como se arranca un clavo metido en madera, apalancando de arriba á abajo; en el segundo, para ir más deprisa y tenerlos de una vez, serraban las mandíbulas después de descarnarlas con un cuchillo.

En Bupaume, al rayar el día, fué sorprendido un aldeano con un dedo cogido entre las quijadas de un muerto y dando á éste puñetazos en el cráneo para desprenderse de él. Ese labriego, pálido y atontado, contó que fué allí á media noche porque necesitaba una lengua de ahorcado ó simplemente de un hombre herido de muerte, para componer una panacea contra los lamparones; que quiso arrancar la lengua de aquel cadáver, cuyas mandíbulas se cerraron de pronto, y que permaneció cinco horas con el dedo cogido entre los dientes.

El inculto arenal estaba sembrado de masas negras que cabrilleaban en el crepúsculo y no se veían con claridad sino estando muy cerca de ellas. La mayor parte eran caballos que murieron reventados, armones rotos, carros tumbados, sillas de montar, armas y mochilas. Un caballo trató de enderezarse casi á nuestros pies, y volvió á caerse por su propio peso. Oíamos de pronto un fuerte grito lejano, aullaba un perro y volvía á caer el silencio á través del espacio, cual una puerta que se cierra tras un estruendo.

Salió por un instante la luna de entre las nubes y alumbró con su pálida luz aquella gran llanura ensangrentada. Extraños centelleos pasaron sobre la superficie del suelo. Relucían cañones de fusil, brillaban puntas de cascos; una especie de reflejo argentino blanqueaba el hinchado vientre de los caballos muertos; y el hierro, el cobre, el acero, como si ardiesen en chispas. A lo lejos, chozas de paja semejaban sudarios en pie.

Parecía que los muertos iban á salir del seno de la tierra y que iba á comenzar la gran revista, como en la balada.

Pero no era media noche, y faltaban por acudir los jefes.

Algún día, cuando Bonaparte y Guillermo no sean más

que sombras, vendrán á media noche á la llanura y contarán cuántos murieron por uno y cuántos por otro.

Y un nuevo Zedlitz oirá en los aires la trompeta de las venganzas eternas.

Una densa nube pasó por delante de la luna: renovóse la obscuridad de la noche.

Largos gemidos llenaban las copas de los árboles; cuando el viento venía de lejos: hubiérase dicho que eran lamentaciones de agonizantes.

Empezaba á apoderarse de nosotros cierta inquietud.

Se nos había advertido que las puertas de Sedán se cerraban á las siete, y tanto nos habíamos retrasado, que acababan de dar las siete y media.

¿Cómo nos íbamos á arreglar? Estábamos calados de agua y nos era casi imposible quedarnos á campo raso. Además había vuelto á empezar la lluvia; y el hambre, olvidado largo tiempo, nos daba calambres de estómago.

Oyóse de pronto en la carretera el paso acompasado de caballos.

Después de las siete, detenían á la gente en los caminos: era la señal de retirarse todo el mundo.

Lo cierto es que íbamos á vernos en un aprieto para justificar á aquella hora avanzada nuestra presencia en la llanura, pues imaginábamos que la proximidad de los caballos era el anuncio de un reconocimiento.

Nos pusimos cruzados en medio del camino, y agitando los pañuelos gritando á salga lo que saliere: «¡Bélgica!»

XIX

Apenas dimos un grito, cuando salieron á galope los caballos y cuatro jinetes se nos echaron encima, pistola en mano.

Hubo entonces una pequeña escena bastante cómica. Los

cuatro jinetes eran unos mocetones terribles y nos tenían cogidos por el cuello. El ruido de los sables, el pateo de los caballos, las estrepitosas vozarronas de los hombres nos impedían en absoluto decir una palabra. Metí la mano en un bolsillo y saqué unas cuantas monedas. El pillastre que me apretaba el cuello con los dedos cogió el dinero, dulcificándose de repente. El dinero es lengua universal.

Uno de nosotros, que conocía algo el alemán, expuso entonces nuestra situación y preguntó qué medios habría para penetrar en Sedán.

Los cuatro prusianos se concertaron entre sí, como indecisos.

Visiblemente, el mejor medio de persuadirles era darles más dinero, y se lo dí. Una carcajada hizo entreabrirse sus barbas en las tinieblas.

Habiéndonos alcanzado un par de carretas, á las cuales precedían esos hombres, nos hicieron seña de que subiésemos dentro.

Cogimos sitio como se pudo entre los sables, los fusiles, las mochilas y los cascos; y acelerando el trote la escasa tropa, nos metimos á través de Bazeilles.

Hacía una noche muy obscura, y el pueblo parecía un derrumbamiento de rocas y guijarros. El suelo estaba como acribillado por una miriada de pajuelas encendidas, y á ratos esas llamitas levantadas por los golpes de viento esparcíanse á distancia formando nubecillas que agujereaban las tinieblas con puntos rojos. Cintas de fuego, arremolinadas en derredor de las ruinas, deshacíanse con resplandores amarillos y verdes. Acontecía también que la llama, después de devorarlo todo y surgiendo de pronto de los montones calcinados, levantaba altas lenguas de fuego que teñían de púrpura los lienzos de pared no caídos todavía. Entonces se veían grupos de hombres y mujeres que alargaban las manos para calentarse, sentados unos, derechos otros ante el fuego, atizándolo con los pies.

Tomamos el camino que se dirige á Sedán.

Entre las tinieblas se veían casas, granjas, hórreos, grandes edificios semejantes á almacenes ó fábricas. Por los negros agujeros que se notaban en esas fachadas se comprendía que por allí habían pasado el saqueo, la metralla y el incendio, llevándose puertas y ventanas; grandes brechas abiertas se extendían desde los tejados á las plantas bajas. Masas de camiones, de carromatos, de carretas, de carruajes hechos trizas, cubrían la carretera, ó rodando al borde de las cortaduras que la costean dejaban colgar sus trenes delanteros hacia abajo. La mutilada maquinaria de los molinos, de las forjas, de las fábricas de tejidos y de hilados, pendía en pedazos bajo los cobertizos, se arrastraba por los caminos. En los sitios claros, cuando la luna agujereaba las nubes, distinguíanse en confusión gigantesca brazos de máquinas, palancas, cilindros, que se erguían como restos de guillotinas amontonadas.

Los jinetes hablaban entre sí, casi siempre en voz baja, á veces muy alto, cuando reñían; entonces no se andaban en chiquitas para insultarse á la pata la llana.

Nos pareció que se trataba de nosotros y que disputaban acerca del dinero.

Muchos árboles habían sido cortados por los cascos de granada y yacían al través de la carretera. Caballos, ó más bien informes esqueletos, unos de pie y otros sentados, ramoneaban acá y allá las cortezas. Al paso de los carruajes, al oír á camaradas suyos más dichosos, cesaban de comer y relinchaban. Dos de esas infelices bestias se pusieron á galopar detrás de nosotros renqueando, cojeando horrorosamente; y una de ellas, aún ensillada, trotaba en tres pies, por haberle desaparecido la ranilla izquierda.

Los prusianos se divertían en darles latigazos.

Conforme nos acercábamos á la ciudad eran más numerosos los caballos y se encontraban en grupos de tres, cuatro y cinco, vagando por los caminos. Los que estaban tumbados procuraban levantarse; y sintiéndose muy débiles para tenerse

en pie, volvían á caerse resoplando por las narices. Algunas veces, nuestras carretas aplastaban cuerpos blandos, que eran caballerías agonizantes.

A cada momento se oía restallar una cosa blanca en las ventanas de las casas: eran banderas de las ambulancias; granjas, cuadras, cocheras, habíanse convertido en depósitos de heridos, y anchas rayas de luz salían, filtrándose, á través de las junturas de las puertas.

Despejada nuevamente la luna, vimos centellear á nuestra izquierda una ancha sábana ondulante, al pie de grandes masas oscuras que se destacaban de plano sobre el horizonte.

Era el Meuse: habíanse roto sus exclusas y se había desbordado por las praderas.

Esta vasta extensión de agua reluciente en el tétrico paisaje devastado que teníamos á la vista, aumentaba la desolación de aquella noche feroz, salpicada de claridades lívidas á través de las desolladuras de las nubes.

Allá lejos, en el puente, que no podíamos aún distinguir, un puñado de zuavos habían combatido como demonios, ciento contra mil, á sable y á la bayoneta; y ametrallados hombre por hombre, cuando todo el mundo se rendía, se habían hecho ametrallar sin pedir cuartel.

XX

En las cercanías de la ciudad habían establecido campamentos los alemanes.

Un parque de caballos ocupaba el jardín de una casa: como Dios les diera á entender, se habían entrelazado los árboles, formando abrigos de ramas para los animales. Grandes hogueras ardían acá y allá, fumando los soldados sus pipas delante de ellas. Un oficial, seguido por un hombre portador de una linterna, hacía una ronda entre los caballos al pasar nosotros: casi todos tenían baja la cabeza, y sentíase en el aire

un gran ruido continuo de masculleo. La mayor parte sólo tenían ronزال y pateaban atados á estacas. Sin embargo, había-los con silla y bridas, unos mejor enjaezados que otros. En efecto, eran caballos de la oficialidad; los oficiales alemanes en campaña siempre tienen dispuesta una cabaigadura.

Junto á los caballos colgaban de estacas arneses, sillas, tirantes, bocados y bridas, muy limpios y en buen estado, como en víspera de una parada.

La casa á la cual pertenecía el jardín era una de esas coquetas habitaciones del ensanche, á la vez casa de ciudad y de campo, con escalinata al patio y á los lados las cuadras y los invernaderos.

Todas las ventanas de aquella casa estaban iluminadas, y á través de las junturas de las cortinas lucían los prismas de cristal de las arañas encendidas. Abrióse una ventana, se asomó alguien por ella y se puso á gritar hacia el patio, en medio del estrépito de las voces y risas del interior. Un hombre, saliendo precipitadamente de los invernáculos, casquete en mano, acudió al llamamiento y pareció recibir órdenes. Después montó á caballo y cerróse la ventana, ahogando el estrépito del aposento.

Algo más lejos brillaban otras luces; pero cerrando mal las hojas de las ventanas, veíase con claridad en derredor de la mesa servida un grupo de hombres, de los cuales unos con el vaso en los labios y otros con botellas en las manos, vociferaban hasta desgañitarse. Con toda evidencia, esas gentes festejaban su victoria, y las bodegas saqueadas les daban con qué alegrarse.

Patrullas de caballería, con los sables desenvainados, se cruzaban en nuestro camino. Algunas veces conmovían el suelo galopes desenfrenados, y los portadores de órdenes desaparecían entre las tinieblas á uña de caballo. Además, se detenían bruscamente jinetes al pie de las ventanas de las casas y daban golpes en aquéllas. Abriáanse las hojas, se cruzaban frases en voz baja, picaba espuelas el jinete y salía á escape

el caballo, echando chispas el suelo. Una banda de soldados en fila turbaba el silencio de la noche, golpeando acá y allá en las casas. Pálida luz brillaba en una tienda donde ya no había más que un cristal en la puerta, y dos hombres registraban los rincones. Entre las tinieblas, veíanse huir sombras femeninas.

Por supuesto, en el camino no se veía un habitante de la ciudad ni del campo.

Todos los moradores de los suburbios de Sedán se habían refugiado en la ciudad, dejando las casas al enemigo. Ciertamente, á nadie se le habría pasado por la cabeza andar á esas horas por los caminos; sólo nosotros corríamos esa aventura.

Nos aproximábamos á Sedán: el enorme peñón de la ciudadela, iluminado en su base por los faroles de la poterna, se destacaba pesadamente sobre la obscuridad del cielo. Daba la hora en un reloj y flotaba sobre la ciudad, entre una atmósfera de lluvia, como un vaho rojo, la reverberación de los mecheros de gas. Distinguíamos ya detrás de las verjas de la entrada el ir y venir de un soldado, arma al brazo; y otros dos soldados, sentados en el banco del cuerpo de guardia, con las narices metidas en el capote, atizaban una lumbre pequeña, que era la colilla de un cigarro.

En ese momento, cesando de pronto las carretas de ir hacia Sedán, dieron una vuelta brusca á la izquierda, y después de describir un arco de círculo alrededor de un campamento, se pararon en un sitio donde habían encerrado unos furgones.

Apeáronse los jinetes, desengancharon los caballos y nos dejaron plantados allí.

Tras algunos minutos de rebullirnos entre morrales y fusiles, medio furiosos, medio riéndonos, vimos á dos hombres de uniforme que daban vueltas en un espacio de diez pasos, haciendo doble derecha cada vez que llegaban al cabo de sus diez pasos, y luego vuelta á empezar. Después de llamarlos á voces se acercaron á nosotros, y al vernos en el estado en que nos

encontrábamos estuvieron á punto de embestirnos. Quiso nuestra buena suerte que topásemos con oficiales que sabían el francés. Cuando conocieron nuestra aventura pusiéronse á echar sapos y culebras por aquellas bocas, con decidido empeño de castigar á quienes nos burlaron; les suplicamos que no lo hiciesen, y se dejaron ablandar. Les pedimos que nos dejasen entrar en Sedán, pero nos declararon que la cosa era imposible sin un permiso oficial; y, por último, se nos ofrecieron para que fuésemos á pasar la noche en la casa donde ellos mismos se alojaban, á pocos pasos de allí.

XXI

Acá y allá los alemanes formaban en derredor de las hogueras de leña grupos iluminados de rojo. Algunos habían imaginado poner en pie grandes cajones de madera blanca á manera de garitas, y allí se estaban agachados en lo hondo. También servían de abrigo unas carretas arrimadas á las hogueras. De allí debajo salían cinco ó seis cabezas barbudas y negras, sin que hubiera sido posible decir la postura de los individuos á quienes pertenecían, y entre las barbas centelleaban hogares de pipas. Dentro de una de las cajas de madera blanca leía un periódico en alta voz un soldado, del cual sólo se veían las manos y un casquete, y debajo del casquete un narigón con la punta luminosa.

A veces un caballo, soltándose de la estaca, entraba en el círculo iluminado por las hogueras, proyectando en el suelo una gran sombra y alargando bajo las carretas su flaco pescuezo. Uno de los hombres le tiraba entonces tierra ó un tizón á los ijares, y el animal salía asustado tirando coces.

Además, chozas de paja cubrían á hombres tendidos boca abajo ó con las rodillas encogidas debajo de la barba, la mayor parte bostezando ó roncando. A veces pasaba corriendo un febricitante, macilento y escuálido, castañeteándole los dien-

tes. Un soldadito rubio, casi un niño, envuelto entre unos trapajos que humeaban junto á una fogata, levantó hacia nosotros sus ojos en blanco; continuo temblor agitaba los harapos que había arrollado en torno suyo y comunicaba á la rueda de un carro donde estaba apoyado una trepidación insoportable para la vista.

Por todas partes centelleaban armas entre las tinieblas. Esos puntos relucientes, adornados con airones rojos, amarillos y azules, según el juego de la luz de las hogueras, salpicaban sobre todo la obscuridad al paso de soldados portadores de antorchas ó de linternas. Veíaseles venir desde lejos con esas luminarias, y se destacaban lentamente de las tinieblas nocturnas entre un temblor rojo que hacía brillar los botones de cobre de su capote y purpureaba su rostro con chapas de color de escarlata.

Sonaban ruidos de sables. Oíanse risas, voces, lamentos, rumores de disputas, y á trechos, granujas que habían bebido ó comido con exceso, vomitaban poniéndose las manos en el estómago. Lo más extraño era sentir uno rebullirse debajo de sí no se sabe á quién, que largaba una patada y gruñía: era algún dormilón molestado en su sueño y que se vengaba coceando. Relinchaban caballos; veíaseles vagar á pares, atados uno á otro sus ronzales y tirando en sentido contrario. Los no castrados aspiraban con las narices el viento que les aportaba el olor de las yeguas, y dejaban oír agudos relinchos. A veces les acometía como una locura, y filas enteras se empujaban á través de los árboles.

XXII

Los dos oficiales nos condujeron, á pocos pasos de allí, á una casa cuya llave tenían en el bolsillo y donde se habían arreglado dos cuartos con toda comodidad. Los sillones eran de terciopelo, acuchillados á sablazos, y con las espuelas habían

destrozado dos magníficos tapices, puestos uno sobre otro para tener calientes los pies. Había vino en un rincón, vasos vacíos y llenos en un velador, un rímero de cuadros encima del piano, obras de Beethoven abiertas sobre el atril, y en el hogar de la chimenea un rescoldo moribundo. Uno de nuestros huéspedes cogió de junto á la ventana una silla acanalada, la torció debajo de la bota, y luego de romperla echó con los pies los pedazos al fuego.

Encendieron velas, y aquellos señores sacaron bizcochos de un armario y nos los ofrecieron con vino de Champañ. Después uno de ellos se puso al piano y tocó la sonata en *fa menor* de Beethoven. El otro, un hombrecillo rechoncho, con unas manos como palas y anteojos azules montados en la nariz, estaba de pie junto á la vela y volvía las hojas llevando el compás con la cabeza. Y no turbaban los dos el gran silencio de la estancia sino para gritar simultáneamente: «¡Och! ¡Och!»

Aquellos dos hombres parecían haberlo olvidado todo y se embriagaban con el genio del maestro. Ya no eran horribles soldadotes rompiendo á taconazos los muebles ajenos y atiborrándose de vino robado; parecían como dos antiguos compañeros dedicándose juntos á la música por la noche, al amor de la lumbre, cerca de una de esas largas estufas cuadradas donde hierve el agua de la tetera, mientras en el aposento inmediato repasan sus comadres las ropas de la casa, charlando acerca del precio de los comestibles.

Cuando el que estaba al piano tocó la última nota, quedaron en silencio como encantados. Luego, de repente, con suma volubilidad, se pusieron á hablar en alemán; y á veces uno tarareaba una frase musical haciendo gestos beatíficos, mientras el otro, haciendo girar el taburete, tocaba con unción la frase en el piano.

Al cabo de un cuarto de hora se volvieron hacia nosotros. Imposible hubiera sido hallar mejores muchachos; y cuando, con lágrimas en los ojos, nos hablaron de sus familias, nos

preguntábamos cómo gentes tan inofensivas podían transformarse en odiosos asesinos en masa.

El uno era hijo de un comerciante de Cassel: su madre y sus dos hermanas le habían acompañado á la estación cuando se fué, y le habían abrazado más de cien veces, haciéndole cargar con un montón de camisas, calzoncillos, corbatas y géneros de punto. A cada momento limpiaba los anteojos, que se le mojaban, al contarnos con hondos suspiros los juegos del domingo por la noche, á la luz de la lámpara, cuando el veje-te Wilhem Mauss, profesor de violín, y la grande Anna, de largas manos, y Bertha la jovial y el señor y la señora Samuel acudían á tomar el té en el saloncito de caoba, donde brillaba en el armario la vajilla de plata de la familia. Eran antiguos camaradas y ambos de Cassel, donde el padre del segundo tenía un empleo administrativo. De modo que no se cansaban de referirse mil historias de su tierra, preguntándose de continuo:

—¿Qué harán ahora el compañero Hans y el amigo Joseph y la gordona mamá Orchel, que lloriquea cada cinco minutos como si llevase cebollas en el bolsillo?

Y otras muchas cosas por el estilo, que alternativamente les hacían reir y llorar.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

XXIII

Hubo de ocurrir hablarse de la guerra, de la cual hasta entonces no se había dicho ni una palabra. Todo cambió en el acto. El hombrecillo rechoncho se puso azul de repente, como un sanguíneo atacado de apoplejía.

El otro, calentado al rojo blanco al mismo tiempo, agarró las tenazas y se puso á golpear con ellas un gran espejo que estaba encima de la chimenea, gritando con todas sus fuerzas

—¡Ya, ya, cochinos!

Esta brusca metamorfosis nos hizo ver lo que hay á la par

de placidez y de furor en ese múltiple carácter germano, tan pesado y tan vivo, algo cosaco siempre á despecho de su bonachonería y de su soñolencia. Aquellos buenos chicos de poco antes, movían espantosamente los ojos ahora y nos hubieran pegado por una palabra equívoca; pero á pesar de la comezón que sentíamos de alzar la voz, nos estuvimos quedos, estudiando las fases de aquella transformación.

Los dos amigos, que después de todo eran personas bien educadas y sensatas, estaban convencidos de que la barbarie reinaba en Francia y la civilización en Alemania. Soñaban con el exterminio de Francia; y, en su furor, nos decían que las mismas mujeres francesas, «esa podredumbre», debían ser fusiladas como los hombres. Los avisos y órdenes del día emanados del cuartel general, por otra parte, les mantenían á ellos y á todo el ejército en un engaño permanente. Así nos afirmaban que los franceses eran unos monstruos que hacían picadillo de los prisioneros y echaban salitre en las llagas de los heridos. El miedo á sufrir esos suplicios les daba un exceso de furor y les enloquecía en la hora del combate.

La Historia juzgará alguna vez las supercherías, dignas de los persas, por medio de las cuales se embriagaba de sangre y de furor á seres naturalmente humanos.

Mientras los dos compadres gritaban palmoteando y dando puñetazos en las mesas, oíase el paso de las patrullas en la carretera, galopes de caballo, voces de mando, arrastrar de sables. Los ayes de los heridos en el hospital de sangre inmediato iban en aumento conforme subía la luna. Aullaban los perros.

Á media noche añadieron leña al fuego, y cada uno, después de arrellanarse á sus anchas en un sillón, fuimos dejando uno tras otro caer la cabeza, y bien pronto resonaron en todo el aposento los ronquidos.

Por la mañana, habiendo metido durmiendo una bota en la lumbre, sentí mucho calor en el pie y me desperté. Una tenue claridad gris entraba en la estancia y permitía ver á tra-

vés del humo de las pipas las extravagantes posturas de los durmientes. Por fuera, el cielo verdoso y pálido se teñía de rayas rojas como la bilis de un enfermo, y un rayo de luz agria blanqueaba la crestería de los tejados por encima de la carretera aún obscura. Á lo lejos, las cornetas tocaban diana en los campos.

En breves instantes todo el mundo estuvo en pie: los oficiales se abrochaban las hebillas del cinturón y nosotros nos abotonábamos los abrigos.

El hombre gordo, de anteojos azules, sacó entonces de una maleta un saquillo de papel amarillento y se puso á guiñar el ojo con malicia, hacia nuestro lado. Después del papelón sacó una manga de fieltro y, por último, una cafetera:

—Voy á hacerles á ustedes el café—nos dijo.— Mi sobrina Gretchen es quien me ha enseñado la receta. Y nadie lo hace tan bueno en Cassel como la pequeña Gretchen.

El hombre gordo vertió en seguida un poco de espíritu de vino en una vasija y le prendió fuego, hizo hervir agua en otra vasija, y lentamente filtró el café poniendo el oído junto á la cafetera para escuchar el ruidito del chorro que pasaba al colar. Así que cada uno de nosotros hubimos bebido una tacita de aquel brebaje, que no sabía mal, ambos alemanes nos desearon buen viaje apretándonos las manos.

Y entramos en Sedán.

XXIV

Empezaban á abrirse las tiendas; acá y acullá, criadas con tocas empujaban los postigos. Algunas gentes abrían las ventanas bostezando, y miraban á la calle, por ver si no había sido aniquilado Sedán durante la noche. Las cubas de los poceros circulaban á lo largo de las aceras, enganchadas á hombres que tiraban de ellas con una correa pasada por el cuello. En el quicio de las puertas tomaban el aire los heridos, satis-

fechos de ver acabarse con la noche sus insomnios. Un capellán de ejército con sobrepelliz, seguido por dos médicos y algunos enfermeros, iba de puerta en puerta llevando el Viático á los agonizantes.

Conforme avanzaba la hora, se abrían mayor número de almacenes y volvía á comenzar la vida cotidiana. El pastelero ponía nuevos bollos en el escaparate, entre tarros de dulce y moldes de gelatinas. El librero se paseaba, frotándose las manos, por delante de su puesto y mirando si los libros estaban en su sitio. El comerciante en juguetes, agitaba el plumero á través de las chucherías colocadas encima de bases giratorias, y soplaba el polvo hinchando los carrillos. El tendero de comestibles, con mandil y gorro blancos, metía los brazos entre los pollos fríos, los jamones con collares, los jigotes dentro de su jugo cuajado, las piñas de América, las coliflores, las peras, los melones y las uvas. Y todos esos mercachifles, que nunca pierden en la guerra, calculaban de antemano las ganancias del día por las de la víspera, resueltos á poner boquita de piñón á los prusianos.

En las esquinas de las calles veíanse grandes carteles, y hombres pegando otros encima. En un trozo de cartel antiguo se leía, firmada por el Alcalde, la orden de dejar en paz á los alemanes. Los bandos nuevos emanaban del comandante prusiano de la plaza, y rogaban á los vecinos, en un francés de mala ortografía, que diesen queja de las exacciones de que pudieran ser víctimas.

Furgones tirados por dos caballos y seguidos por una compañía de sepultureros, atravesaban al paso las calles y se detenían delante de las casas donde á la puerta había una cruz dibujada con tiza.

Esos sepultureros, regimiento destinado especialmente á enterrar á los muertos, siguen por todas partes á los ejércitos. Con casaca obscura, casco sin adornos, sin bordados ni galones, son negros como su misión, y llevan á la espalda una mochila donde cuelgan palas y zapapicos. Hábiles necróforos, en

un instante limpian la llanura y sepultan los cadáveres. Un toque de corneta, y todos ponen manos á la obra; otro toque de corneta, y todos vuelven á formar en filas.

Cuando los furgones se detenían delante de una de las casas marcadas con tiza, cuatro enterradores entraban en ella.

Al cabo de un instante salían.

Una forma rígida y velada, sostenida en los extremos por dos hombres, era depositada dentro del furgón; cerrábase éste al punto y vuelta á echarse á rodar.

Al paso de una puerta reuníanse y cuchicheaban comadres despeluznadas y viejas, con la cesta en la mano para ir á la compra. Un criado echaba á la calle los perros de la casa; y junto á él, una risueña moza con los brazos desnudos le enseñaba las encías, frotando con greda el tirador de cobre de la campanilla. Unos soldados bávaros, puestos de codos en el mostrador de un pastelero, se atracaban de bollos recién salidos del horno.

De pronto sonó al cabo de la calle el ruido de una música: era un regimiento bávaro que desfilaba. Si el ideal de la disciplina consiste en la transformación del hombre en un autó-mata que anda, gira, se detiene, se suena las narices y estornuda, todo ello á la voz de mando, confieso no haber soñado nada más disciplinado que las tropas alemanas. Todos á la vez, con el mismo pie, tiesa la cabeza, fijos los ojos, como esos soldados de madera que los niños hacen maniobrar sobre unas varillas articuladas, rompen la marcha, con el cuerpo derecho y paso cadencioso, sin que una fibra se estremezca en su cara; y marcharán así mientras les digan que anden, de paseo ó ante los cañones, muralla viva que cierra sus brechas estrechando las filas.

El regimiento bávaro se componía en su mayor parte de hombrecillos cortos y barbudos, con casco de cuero, hervido, en la cabeza; y, al mismo tiempo que un aire muy resuelto, tenían unas carátulas de anchas mandíbulas.

Un poco después pasaron, jinetes en grandes caballos ne-

gros, jibosos, con sus enormes capotes grises estirados sobre la grupa de las cabalgaduras y levantados hasta las orejeras de sus cascos de cobre reluciente, unos magníficos coraceros blancos, casi de dos metros de altura, inmóviles en la silla de montar como estatuas de bronce. Iban de dos en dos, al paso de los caballos, con el sable desnudo y las riendas metidas por encima de sus largos guantes de manguito. Y el desfile de los vivos cruzábase á cada instante con los fúnebres furgones llenos de largas caras contraídas y verdosas.

XXV

A menudo nos veíamos detenidos en el camino por hombres y mujeres que nos preguntaban noticias de la guerra y que en ocho días no habían leído periódicos.

Cuando les anunciábamos la proclamación de la República, esas pobres gentes alzaban las manos al cielo y nos preguntaban casi llorando:

—¿Creen ustedes, señores, que con eso seremos más felices?

En una calle que desemboca en la plaza de Turenna, una multitud miraba al suelo, con las manos en las rodillas y la cabeza baja, una ametralladora caída en medio del arroyo; cruzábanse frases en voz queda.

Acá y allí iban hombres con azadones al hombro ó en las manos, unos con gorra y blusa, otros con ropa de vestir y sombrero.

Veíaseles reunirse en las calles, formar grupos y andar con paso ligero hacia la plaza de la Comedia. Inquirimos adónde corría todo ese gentío, y alguien nos respondió:

—Vamos á enterrar á los muertos.

Un individuo que agitaba una campanilla pasó corriendo por la calle. Ese toque se precipitaba por momentos, agrio y á sacudidas, decreciendo bruscamente al volver las esquinas.

En la plaza de la Comedia aguardaba, arma al brazo, un

pelotón de soldados prusianos, mientras los tambores tocaban llamada.

Y de nuevo sonó la campanilla viniendo del fondo, con el hombre que corría á su paso regular; luego se extinguió el campanilleo entre el redoble de los palillos.

La plaza estaba llena de gente; por todas partes acudían hombres, niños, ancianos. Cada cual llevaba consigo su cantimplora, y muchos acababan de tragar el pan de su desayuno. Comisarios de la Alcaldía cruzaban entre los grupos y distribuían palas á quienes carecían de ellas. Moviése bien pronto aquella muchedumbre y se dividió en varias corrientes, que tomaron dirección diversa. Seguimos á la columna que tomó el camino de las fortificaciones, y subimos con ella la empinada cuesta.

Los sedaneses estuvieron admirables en esa ruda faena: durante una semana entera, todos los que pudieron prescindir de sus ocupaciones se reunieron todas las mañanas en la plaza, y hasta la noche, sin descansar un instante, enterraron á los muertos.

Aquel era el tercer día y no quedaban sino cadáveres estraviados en los bosques. En grupos de cinco ó seis hombres, los sedaneses registraban los brezos, exploraban los fallares, sondeaban las espesuras. Tenían sangre en las ropas y cazcarrias de greda en las manos. El gran número de cadáveres que recogieron los dos primeros días quizá les hizo apresurar demasiado su siniestra tarea.

En efecto, junto á la linde de un bosque encontramos un gran cuadro de terreno recién removido, donde la lluvia había puesto á descubierto restos humanos: acá y allá salían de la tenue capa arcillosa un pie, una rodilla, una cabeza, una mano; y el calzado se hundía en un lodo sangriento de entrañas humanas. De ese cementerio descubierto salía á bocanadas un olor á pudridero, asqueroso y nauseabundo.

Algunas veces avanzaban unas parihuelas, balanceando con rítmicas oscilaciones un confuso montón de miembros des-

compuestos. En otras partes, blancuras de carnes descendían con lentitud á la profunda obscuridad de los hoyos. Y el fulgor de las palas relucía constantemente bajo las grises rayas de la lluvia.

De pronto oímos un grito.

Entre unos matorrales, sobre una pequeña eminencia que domina la llanura, acurrucados cual si aun después de muertos hiciesen disparos, acababan de aparecérsenos tres cadáveres.

El más viejo de los tres, un veterano de bigotes grises, estaba tendido boca abajo, con los brazos abiertos y la cara contra el suelo. Tenía en la mano derecha un fusil, y sus dedos, crispados alrededor del cañón, lo apretaban de tal modo que tuvimos que dejarle su arma á este muerto. La mano izquierda, extendida de plano, descansaba junto á una cartuchera; las puntas de los dedos, vueltas hacia la tierra, habían señalado en la hierba cinco garras profundas. En la cartuchera aún había seis cartuchos.

Cuando quisimos levantarle la cabeza, todo el cuerpo se puso derecho.

Tenía ya gusanos en los ojos y se veían rebullir los párpados. La boca era extraordinaria, abierta de par en par, con hierbas y tierra dentro, como la boca de alguien que hubiese mordido lo primero que se le presentara, para no gritar. Sin embargo, el soldado debió morir instantáneamente; el occipucio, saltado por una bala que había hecho vaciarse los sesos, estaba abierto de una manera horrible hasta la nuca.

Los otros dos, desplegados á derecha é izquierda del primero, formando abanico y con los pies juntos, también tenían su cartuchera delante de sí.

Uno de ellos, joven de veinticinco años, se había vuelto boca arriba; y, á la altura del pectoral derecho, apretaba con su petrificada mano un cuchillo hondamente metido en un gran cuajarón de sangre. Su sable y su fusil estaban puestos de través sobre sus piernas cual si, por suprema coquetería de militar, hubiera querido cubrirse con sus armas al morir.

El tercero, vago residuo informe, hecho picadillo por las balas, se había doblado literalmente por enmedio entre las convulsiones de la agonía, y su cabeza, echada para atrás, casi tocaba á sus talones.

Delante de él estaba su cartuchera, vacía.

El veterano de los bigotes había conservado seis cartuchos; el joven, sólo dos; el ametrallado, ninguno. Caído sin duda el último, quiso disparar hasta el fin y no se echó sino después de agotar las municiones.

Esos tres leones dormían allí rígidos, en su obscura gloria. Ningún sarcófago valdrá nunca lo que aquel montón de tierra con sus tres altivas figuras.

Seis éramos: los seis nos descubrimos al mismo tiempo; y con la cabeza descubierta, como se entierra á los héroes, dimos sepultura á aquellos tres valientes en el mismo sitio donde cayeron, en el horno ya frío que los oyó rugir muriendo. Juntamos luego los fusiles por las bocas, después de clavar las culatas en el suelo, y cruzamos los puñales.

La mejor cruz para el soldado muerto en el campo del honor es una bayoneta clavada en tierra.

XXVI

Volvimos á entrar en Sedán por la tarde.

El prusiano se paseaba como vencedor por la ciudad. En todas partes se veían soldados en los almacenes, de codos en el mostrador, pagando con rumbo su insolencia. Oficiales con anteojos caracoleaban á caballo mirando á través de las ventanas y sonriendo á las mujeres. A la puerta de los cafés, mugrientos bávaros fumaban en pipa, apoyado el hombro en el quicio de la mampara y metidas la manos en los bolsillos. Un remolino golpeaba los umbrales de un lupanar: los salientes empujaban á los entrantes. Agrias voces de mujerzuelas se mezclaban con roncros juramentos de hombres; y por la entor-

nada puerta se veían blancuras de carnes entre muselinas. Molíanse á golpes por arrojarse sobre esa carne pública. En las calles, la soldadesca codeaba al transeunte, mirándole con descaro de pies á cabeza, lenta y desdeñosamente. Se veían algunos, sentados en posturas embrutecidas, en los mojones de las esquinas de las calles ó en los guardarruedas de las puertas cocheras. Cuando salía alguna mujer de una casa, hacíanse guiños ellos con los ojos y se reían estúpidamente masculleando obscenidades. Bandas de diez á quince hombres obstruían la parte media de la vía pública, desparramándose á veces hacia las casas y empujando á las mujeres contra las paredes.

Almohazaban á los caballos en las aceras: los criados tenían que quitar á veces el estiércol hasta en la meseta de los vestíbulos. Sentíase en el aire un olor á cuadra.

Un soldado de infantería, á horcajadas sobre un escuálido penco, recogido en el campo, daba taconazos en el vientre al pobre cuadrúpedo. Éste no se movía; estaba inmóvil, con una pereza estúpida, en medio de la calle. Entonces el soldado, rojo, furioso, se puso á aporrearle las narices á puñetazos. Ese acocero despertó de su soñolencia á la bestia; hizo un inmenso esfuerzo, alzó las cuatro patas y, enloquecida, salió á todo correr por las aceras. Un soldado francés, de caballería, paró en firme al caballo echándosele á las narices, y el prusiano, apeándose por las orejas, fué á dar con su cuerpo en el barrizal, soltando juramentos.

XXVII

Sólo una cosa aborrezco: la guerra. Ese odio es indestructible en mí, como mi alma y mi nombre de hombre libre. Las particularidades que revelo en estas notas, por tanto, no deben servir sino para poner de manifiesto la actitud del vencedor en país conquistado, pero de todos los vencedores; no rezan con las personas ni con las razas.

Estábamos por la noche en un café, al mismo tiempo que oficiales prusianos y franceses.

Un Cirujano de infantería y un Coronel de cazadores jugaban al ajedrez, sentados en una mesa, la siniestra partida jugada días antes por los dos ejércitos enemigos. Otros oficiales, puestos de codos, observaban el juego y hacían conjeturas. Á veces uno de los dos jugadores ó algún mirón pronunciaba el nombre de una de las posiciones ocupadas ya por los franceses, ya por el enemigo.

Dos oficiales alemanes muy elegantes, con sortijas en las manos y gruesas cadenas de oro en el pecho, se aproximaron de pronto; y aunque había libres otras mesas, empeñáronse en absoluto en ocupar la más cercana á la de los jugadores. Por desgracia, uno de ellos era muy gordo y de dos metros de altura. Sin advertir ni dar excusas, el coloso se arrojó como una bala de cañón entre las mesas, derribó un par de jarros de cerveza, y medio volcó el tablero de juego.

Nunca se me despintará el relámpago que brilló en la mirada de los franceses: el Coronel se puso en pie de un salto, pálido y apretando los labios, miró con fijeza á los intrusos, encogióse de hombros en señal de desdén y dueño de sí al momento, volvió á sentarse prorrumpiendo en una carcajada.

Los dos alemanes, visiblemente molestos, se pusieron á beber *Champagne* echando hacia nosotros bocanadas de humo; y con los anteojos calados y el puño debajo de la barba, volvíanse hacia los jugadores, quienes aparentaban no fijarse en ellos.

Ciertamente, en cualquiera otro momento, ni uno solo de los franceses que allí estaban hubiera permanecido indeciso si hubiese sido necesario vengar aquella grosera injuria, aun á expensas de la vida; pero encerrados y prisioneros en Sedán, no podían menos de contenerse, rechazar al fondo de su alma el insulto, y poner la salvación común por encima de la ofensa individual. Harto se sabía que el menor atentado contra un soldado del Rey de Prusia, una mano levantada ó simplemente

una provocación, atraerían sobre la ciudad entera el castigo que Bazeilles acababa de sufrir.

El ejemplo de esos hombres valientes y generosos, devorando su furor, era testimonio de que la magnanimidad está á veces por parte de los vencidos.

Los dos mocetones, luego de embaularse tres botellas de *Champagne*, pagaron en oro, dieron cinco francos de propina al mozo, y medio borrachos, con los ojos fijos y el cuello espetado, salieron golpeando el mostrador con sus largos sables, que arrastraban por el suelo.

—Coronel, que se equivoca usted;—dijo dos veces el Cirujano, rechazando con el dedo dos veces una torre que su contrario se empeñaba en avanzar.

—¡Demonio!—exclamó el Coronel.—Ya no veo.

Con la frente sobre la mano, lloraba el viejo militar; por su grueso bigote corría una lágrima, que cayó en la mesa.

Abro aquí un paréntesis.

Cuando á la mañana siguiente, después del desayuno, estaba yo vistiéndome en la alcoba de un fonducho donde nos habíamos alojado, no sin trabajo, me entregaron una tarjeta de parte de un oficial prusiano que deseaba verme.

Un poco sorprendido, hice subir al oficial: era uno de los alemanes de la víspera. Por la servidumbre de la fonda, era sabedor de que llegaba yo de Bruselas; y, en un francés pasadero, venía á preguntarme por varias personas con quienes tuvo trato frecuente en esta ciudad. Se pavoneaba mostrándome la raya que dividía por medio sus cabellos, cada vez que se inclinaba; y tenía una afectada urbanidad vivaracha, sonriéndose con sus grandes dientes, anchos como teclas de piano.

XXVIII

—Pido á ustedes mil perdones, caballeros;—dijo el Coronel inclinándose hacia nuestra mesa.—¿Tienen ustedes noticias de algo? Hace un siglo que nada sabemos, y esta incertidumbre es peor que la muerte.

El servicio de correos, suprimido para los sedaneses y todos cuantos estaban encerrados en Sedán, sólo funcionaba para los alemanes. Los infelices soldados ni siquiera sabían qué había sido de sus hermanos del ejército, é ignoraban si Francia era prusiana ó francesa.

Me acuerdo de un número del periódico *Le Siècle*, de seis fechas atrás, el más reciente que en la ciudad había. El papel, manoseado de continuo por una lectura de seis días, acabó por romperse como papel quemado; y, al pie de la letra estaba lleno de costurones, de rajadas numerosísimas que lo hendían de arriba á abajo como carne agrietada. Pedazo por pedazo habían ido juntando ese montoncillo de polvo, como un andrajo laboriosamente remendado, y luego habían unido las roturas pegándolas sobre un fondo blanco. Ese curioso harapo de periódico estaba cubierto con un cristal por temor á tocarlo, y hacía pensar en las rasgaduras de las banderas agujereadas por las balas.

Llevábamos encima diarios belgas, comprados en la frontera. Por el modo de echarse sobre ellos, era fácil ver que la más dura de las privaciones para esos hombres, faltos de todo, era el ignorar la suerte de la patria y de los ejércitos.

—¡Se lo suplico á usted! — exclamó el Cirujano, poniendo el dedo sobre un trozo de periódico que salía por el bolsillo de mi gabán.

No pude menos de echarme á reír: era un cuadrado de papel de periódico, en el cual había envuelto yo provisiones de

viaje antes de emprender éste. Estaba lleno por todas partes de jugos y de manteca. Pero al buen hombre no se le daba un ardite de tal cosa y se puso á leer con avidez el grasiendo impreso, pasando á cada instante la mano por el papel para alisararlo y no perder ni una letra.

En menos de cinco minutos se formó en derredor nuestro un grupo numeroso. Todo el mundo quería ver. Entonces alguien se puso á leer en voz alta. No se oía más que el roce de los cigarrillos entre los labios de los fumadores y el ronquido de un soldado prusiano que dormía en un rincón. Cuando se abría la puerta, todos á la vez imponían silencio á gritos y se impedía á los camareros que anduviesen.

Gozábamos con verdadera emoción al ver la alegría que causaban nuestros periódicos, sintiendo solamente no haber llevado algunos más.

—Ésta es la primera noche en que no me dan ganas de saltarme la tapa de los sesos—me dijo el Coronel, devolviéndome los periódicos.

—Pues bien, Coronel: consérvelos usted como recuerdo de esta noche—le respondí.

— ¡Ah, gracias! Me pasaré toda ella releyéndolos.

XXIX

Llegada la noche, el Cirujano nos condujo á un fondín en el cual daban sopa, un plato de verdura y dos de carne. El cubierto estaba puesto en una modesta sala pintada imitando á roble, con un quinqué sucio colgante del techo. La puerta daba á la cocina, donde se veía ajetrearse en los hornillos á dos mozas pizpiretas, con los brazos desnudos.

El olor de la carne al fuego y el chisporroteo de la sangre en la parrilla completaban para nuestros estómagos hambrientos la buena impresión de aquellas rollizas muchachas colora-

dotas que ponían las cacerolas sobre el horno y atizaban la lumbre bajo las marmitas.

El calor de estufa que cocía las paredes y asaba las vigas del techo, hacía humear nuestros vestidos, calados como una sopa. Íbamos de la mesa á la cocina, secándonos los lomos junto á las brasas que inflamaban los hornillos.

Muy pronto fué de la partida una botella de tintillo, y su gorgoteo seco y vivo resonó en nuestros vasos.

Cuando el tibio vinillo clarete pasó por nuestras fauces con su aroma de pedernales, ya no pensamos en el aceitunado color de cubierta de cebolla propio de los Borgoñas en flor, ni en el púrpura sombríamente brillante de los Burdeos rancios, ni en los claros topacios fundidos del Champaña.

Aquel zumillo ácido, rociando el pan y la carne de los prisioneros, nos pareció deleitoso como el más succulento racimo de uvas, y apuramos la última gota del fondo de los vasos para saborear hasta la enjuagadura.

Parecíamos apestados, sucios aún con las sanies de los hospitales, y á quienes de pronto se arrebuja entre la sana frialdad de las hermosas sábanas de camas flamencas.

Una ola de vino alegre se nos subía á la cabeza y echaba de allí las visiones fúnebres; los cuerpos muertos, azuleando entre lodo y vertiendo sus vísceras en el pico de los grajos, cesaron por un momento de darnos náuseas con su pestilencia.

Unas diez personas, militares y paisanos, acababan de cenar; tres hombres de blusa estaban sentados al extremo de la mesa, inclinados hacia el plato, mudos. Roían los huesos, chupaban los tuétanos, hacían crujir los tendones y devoraban hasta las migajas de la mesa. La áspera glotonería de aquellos hambrientos entrechocaba sus mandíbulas. Volvían los ojos hacia los platos al traerlos ó llevarlos, como perros en su garita.

Un flaco esqueleto de campesino, cuyo pellejo se pegaba á las vértebras y que parecía una lámina de osteología viviente, era lo más horrible de ver.

E. M.—*Febrero* 1898.

La ruina, la miseria, la huida, el terror se leían tenebrosamente en ese evadido de anfiteatro. Sus manos, moviéndose de arriba á abajo mecánicamente como émbolos de máquina, hacían sin descanso el ademán del engullimiento.

Los tres infelices aldeanos habían sido echados de sus casas y estuvieron una semana casi sin comer ó royendo mendrugos, ramoneando hierbajos, alimentándose, al azar, de los desperdicios.

Un hombre rico y generoso, habiéndoles visto vagar sin abrigo por las calles de Sedán, los había llevado al fondín y hecho que cenasen. Lentamente se iluminaba su lívido rostro, se les encendieron los pómulos y empezaron á hablar.

En una esquina, una señora anciana, con gorro y aun aire de dignidad como las hermosas figuras pálidas de las matronas de Van Eyck, apenas probaba bocado y arrugaba en la mano un pañuelo, pasándoselo á veces por los enrojecidos ojos. Un joven alto, sentado junto á ella, la hablaba en voz baja y con tierna brusquedad la obligaba á comer.

Frente á nosotros, un señor bajito y regordete andaba á la rebaña con avidez, en su plato, y entabló conversación desde la sopa.

—Diez años hace ya, señores —nos dijo compungido— que como aquí todos los días, domingos y días feriados inclusive, y nunca tuve menos de tres platos de carne. ¡Y esos bigardos de prusianos habían de venir para ponernos á ración de dos platos nada más! Ellos son quienes todo se lo comen en la ciudad. ¡Qué desgracia, señores, que nos hayamos metido en este negocio!

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO BARCELONÉS

XXX

Poco á poco el calor de la estancia, el café con aguardiente y la dicha de estar en compañía con la servilleta al cuello, hicieron charlar por los codos á todos los presentes en la me-

sa. Los labriegos glotonos encendieron tabaco, que les dimos, y contaron sus infortunios. Aquellas pobres gentes venían huyendo de diversas partes, después de lamentables aventuras.

La más espantosa nos fué referida por un hombre de Donchery, que había sido testigo de ella.

Aquel hombre vivía con sus hijos mozos en una granja lindante con una casucha ocupada por una pobre familia de cuatro personas: un viejo impedido, una anciana enferma, un chico de quince años y una muchacha de veinte. El enemigo fué de requisa por aquella parte, ya tarde, y llamó á las puertas, aporreándolas de firme.

Tres hombres entraron en la casilla, y viendo un jamón empezado que colgaba en la chimenea, hicieron con los dedos señas de que necesitaban tres como aquel. Estas pobres gentes, que llevaban un mes largo viviendo de escatimar su jamón, se encogieron de hombros y levantaron los brazos para decir que no podían. Los hombres prorrumpieron en gritos.

En ese instante sonó un tiro en el pueblo.

Entonces se pusieron furiosos los tres hombres, creyendo sin duda que disparaban contra ellos; derribaron camas, mesas y sillas; metieron debajo de los jergones al viejo y á la vieja; ataron á la muchacha á una mesa, y ayudándose innoblemente unos á otros, la violaron en presencia de los padres medio muertos.

El vecino de Donchery, que nos lo contaba, estando recogiendo en los rincones del granero un poco de avena para sus caballos, había visto por la ventanilla sin cortina de la casuca, á la roja luz de una lámpara puesta encima de la mesa, á la moza de veinte años defendiéndose entre infames abrazos.

Los empujones habían hecho hundirse de pronto la lamparilla y apagarse en el aceite, y oyó proseguir el pataleo en las tinieblas.

No es posible imaginarse el miedo de esos campesinos cuando hablaban de los alemanes. A través de lo apático de sus rostros surgían muecas feroces al recuerdo de los hulanos, como

demonios vomitados por el infierno, complicadas con un salvaje horror por su semejanza con los cosacos, de los cuales nunca se ha dejado de hablar por la noche en las granjas. Esos pobres y pesados siervos del terruño, sumidos en el fango de la más crasa ignorancia, con la atrofia de su sentido moral tenían la terca cobardía de los negros viejos curtidos por la caña de bambú. Domados por el miedo, como los brutos, se hubieran puesto de parte de los prusianos para impedir que se les resistiese por más tiempo. Confesiones oí de su boca que retratan de cuerpo entero la callosa conciencia de esos constantes mantenedores del segundo Imperio.

—Los prusianos nos han hecho daño—nos decían;—pero si nadie les hubiese hecho cara nos hubieran dejado en paz en nuestras alquerías, entre nuestras mujeres y nuestras vacas.

Y otros preguntaban:

—¿Qué nos importa ser de una ú otra banda, con tal de vivir y de que haga buen tiempo?

Más de una vez se me vino al pensamiento una frase de Goethe acerca de esos mismos labriegos franceses. Escribía en su *Campaña de 1792*:

«Nunca he visto nada más desgarrador que el dolor profundo y varonil que con todas sus gradaciones se pintaba en los agitados rasgos de los campesinos; sólo la tragedia griega ofrece el ejemplo de cuadros tan conmovedores en su sencillez rústica.»

No, eso no es así. Goethe describía la guerra á lo *diletante*.

En el mismo Sedán, los temblones acusaban como de un crimen á Bazeilles por sus tiros de fusil disparados contra los prusianos.

No veían esos pusilánimes que el humo de Bazeilles en cenizas salva el honor de la comarca en el juicio de los hombres, y que esa humilde defensa de un pueblecillo pesa más en la balanza de la historia que un montón de victorias prusianas.

—No—dijo el Cirujano,—no lo verán jamás.

—A propósito—exclamé, haciendo que trajesen otra tercera botella,—explíqueme usted, se lo suplico, por qué llevan sable los sanitarios prusianos.

—¡Oh! vea usted: son á la vez enfermeros y soldados.

Y añadió:

—No sé qué debe admirarse más en ese instituto, si la causa ó el pretexto. Por una parte, nada hay tan previsor como tener á retaguardia un regimiento compuesto únicamente de enfermeros para hacer desaparecer los muertos concluída la batalla, y por otra parte, nada más hábil que colocar bajo el amparo de la convención de Ginebra ese mismo regimiento, perfectamente armado para hacer fuego. El mismo hombre está protegido á la vez como soldado y como sanitario, de suerte que puede aprovechar en el combate como soldado lo que ha visto en las ambulancias como enfermero, sin exponerse á ningún otro riesgo sino á que le cojan y le suelten en seguida, como ya se ha visto más de una vez.

Uno de los labriegos puso encima de la mesa una redomita panzuda y corta, que contenía una especie de polvo grisáceo, y cuyo tapón era también un recipiente donde se movía un líquido de color.

—¡Cuidado!—gritó el Cirujano, poniéndose de pie.

Cogió la redoma, la dió vueltas y más vueltas delicadamente con ambas manos, cuidando de mantenerla derecha, y dijo:

—¡Bonito juguete! ¿Y dónde ha encontrado usted esto, buen amigo?

—En Bazeilles.

—Pues bien, aquí hay para hacernos volar á nosotros y á la casa,—dijo con tranquilidad.

Todo el mundo retrocedió.

—El tubo grande que ven ustedes aquí—prosiguió apretando con el dedo,—contiene polvo; y este polvo es clorato de potasa en corta cantidad, con azúcar blanco molido fino. El

tubo pequeño que está dentro, á manera de tapón, encierra ácido sulfúrico. Bueno; una sola gota del tubo chico caída sobre el polvo del tubo mayor, hace volar en pedazos la redoma, y el polvo, inflamado, se difunde al instante como el rayo.

Se detuvo, echóse á reir con sorna, y prosigió iracundo:
—¡Teníamos que habérmolas con químicos!

XXXI

La conquista, ese azote de faz verde como el tifus y la peste, oprimía con su tornillo los pechos.

Recordé el espectro triunfal puesto por el pintor Rethel en el estrados de su *Danza de los muertos*, en la rígida estampa que se llama *El cólera*. Reinaba como soberana en la sombra de las casas y á la luz de la plaza pública, con los pies sobre un volcán y con la cabeza sobre el espanto, como encima de una almohada.

En la manera germánica de componer esas grandes tragedias llamadas batallas hay una pasmosa habilidad, que tiene por punto de apoyo el horror y el miedo.

—He aquí una ciudad—me decía yo,—donde el enemigo impera como señor por todas partes y que está con tanto desasosiego cual un hombre sentado sobre una mina. Es muy cierto que esta ciudad no se rebulle y que el orden parece reinar en ella. Pero que un militar ó un paisano, por ejemplo, alguien cuya bandera insulten ó á cuya hija manchen, dispare un tiro de revólver contra un prusiano: no doy ni seis horas para que Sedán quede destruído hasta en sus cimientos.

Los sedaneses razonaban como yo; y viviendo en la angustia de la zozobra, temían los consejos del heroísmo tanto como las traiciones.

Después de comer fuimos á dar una vuelta por las calles. Visitamos el sitio donde el hombre que marcó de rojo dos me-

ses del calendario, y á quien la historia abofeteará iudiferentemente con los nombres de Septiembre y de Diciembre, vió de pronto volverle la espalda á la fortuna.

No era posible acercarse á él: rodeábanle la guardia, Generales é innumerables lacayos de casaca roja, que se removían como moscas durante la tempestad. Un testigo me ha contado que parecía embrutecido. Iba fumando un cigarro, y á cada momento frotaba con el dorso de su enguantada mano los vidrios de la berlina. Dos veces seguidas bajó la vidriera derecha y sacó la cabeza. La primera vez vióse el kepis con galones de oro de Solferino. Echóse vivamente la visera, tocando casi á la nariz, y miró guiñando los ojos hacia el sitio de la metralla. La segunda vez tenía descubierta la cabeza, viéndose los cabellos pegados á la frente plana, con vuelta por las sienes, y una guía del pomadoso bigote entre los dientes. Miró al sitio del combate, luego á la derecha, después á la izquierda, cual si buscase á alguien; alzó la vidriera y levantó un dedo para llamar á uno de los Generales que á pocos pasos de allí estaban á caballo.

Napoleón bajó por tercera vez la vidriera, con el kepis tapándole casi los ojos, y habló al General: éste fumaba y conservó el cigarrillo en la mano. Nadie ha sabido qué le dijo en aquel momento; pero el General se encogió de hombros, como diciendo, «yo no sé nada»; y el cristal de la portezuela volvió á subir con una especie de irritación. Desde ese instante el Emperador permaneció en el fondo del coche, dejando ver su rostro muy pálido (á pesar del colorete de las mejillas) ya por la vidriera derecha, ya por la izquierda. El único ruido que se oyó dentro de la berlina era el de ese cristal, que á veces bajaba y en seguida volvía á subir: dos dedos enguantados tiraban entonces por la abertura una colilla mascada y salía humo de tabaco en espirales.

El carruaje estuvo cerca de una hora en el mismo sitio; después, á una orden dada con voz breve desde el interior, fué á ponerse al trote unos cien pasos de allí. Sedán crujía por

todas partes como una ciudad que se hunde; y desde el punto donde estaba el Emperador, oía claramente los estampidos del cañoneo.

Conforme avanzaba la hora, iban llegando correos uno tras otro. A cada emisario, el Emperador bajaba el vidrio y cruzábanse algunas palabras. Cuando el correo era portador de papeles, Luis Napoleón rompía el sello con mano febril, leía, moviendo la cabeza de arriba á abajo, escribía una frase encima de sus rodillas al dorso del despacho, doblábalo otra vez, y se lo devolvía al emisario, saliendo éste á galope. Llegaban Generales caracoleando, golpeando el sable á los caballos en el vientre, muy agitados y con el kepis puesto, como personas que ya no se cuidan de la etiqueta. Durante todo ese tiempo el cristal siguió bajo; y pudo verse al Emperador leyendo, escribiendo, cruzándose de brazos, mordiéndose la punta de las uñas, quitándose y poniéndose otra vez los guantes, liando pitillos y encendiéndolos con cerillas de á cinco céntimos la caja. Parecía cada vez más agitado: llamaba uno por uno á sus ayudantes de campo, daba órdenes y hacía correr tras de aquellos á quienes las había dado, sin duda para dar otras y anular las primeras.

Agitábase la escolta con una especie de impaciencia, y á cada momento abandonaba el coche para dirigirse adelante ó atrás, preguntar y saber algo, pues nadie sabía nada. Los carreristas eran los únicos que no se meneaban, tiosos en la silla, con el latiguillo derecho sobre el muslo, como en los descansos de Copiègne.

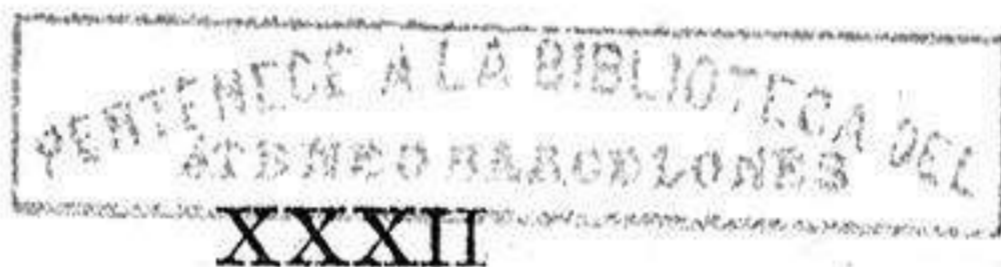
De pronto aumentó la agitación. El estruendo había llegado á sus últimos límites en la ciudad: oíanse gritos, la gente se arremolinaba alrededor de la escolta imperial; media docena de oficiales de Estado Mayor llegaron á galope tendido.

En ese instante estalló una granada casi entre las patas de los caballos. Luis Napoleón sacó todo el cuerpo por la portezuela, miró al aire, y enseguida se acurrucó en el fondo del coche, como un hombre que viera hundirse todo en derredor

suyo. Levantóse la vidriera y salieron á trote largo el carruaje con la escolta.

Desde primera hora se sabía que los furgones del imperial corso estaban dispuestos para echar á correr, con las maletas abrochadas, á la menor orden: la derrota estaba prevista como un evento ó como una necesidad de la política.

La Historia entrará más tarde en detalles acerca de esa gran cobardía que mancha los tronos.



Todo aquel día ardió el aire por encima de Sedán.

Las balas de cañón describían sin descanso sus parábolas en una atmósfera de horno. Una tempestad de yesones, tejas, chimeneas caídas y trozos de mampostería arrancados, descargaba con estrépito sobre el empedrado.

Las descargas de fusilería se confundían con las de cañón.

Ese ruido del cañoneo era tan espantoso, que el Príncipe Federico Carlos lo oía delante de Metz, pero en dirección como si viniese de Montmédy.

En las calles resonaba de pronto un gruñido sordo, y rodaba por el suelo una masa negra, enorme.

Era una bala de cañón; y se sucedían en fila, cual bandadas de grullas en Otoño.

Personas que cruzaban de una acera á otra, caían como heridas de rayo por los cascos de granada.

Me enseñaron una callejuela, no lejos de la plaza de Turrena, donde saliendo de su casa una joven para ir á la tienda de comestibles situada enfrente, se quedó sin ambas piernas, cortadas al paso por un proyectil.

Algunas casas sufrieron enormemente. Un café, llamado según creo, *Café de los Espejos*, quedó desmantelado, al pie de la letra, por la metralla. Desmoronábanse lienzos enteros

de pared, mezclando con el continuo tronar el estrépito de su hundimiento.

La desbandada era tumultuosa.

De todas partes llegaban pelotones de soldados sin mochilas y sin fusiles; veíaseles acudir á todo correr, como gente perseguida. Compañías enteras entraban, con sus oficiales, dándose empellones para meterse más aprisa. En las puertas de la ciudad se aplastaban unos á otros: mucha gente fué atropellada. Los más presurosos saltaban sobre los hombros de los demás y escalaban aquella hornada que iba amontonándose.

Por encima de las cadenas fueron arrojados algunos hombres á los fosos llenos de agua.

La caballería, por su parte, venía á galope tendido, rompía la multitud de fugitivos derribándolo todo y lanzaba los caballos por enmedio de los grupos enloquecidos.

Por el camino pasaban á toda rienda los armones, con un estruendo aterrador, saltando sobre las piedras. Caballos sin jinete, locos, furiosos, seguían á los escuadrones desbandados, chocaban contra los carros, pisoteaban á los infantes; y, saltando por encima de las vallas vivientes que se hacinaban acá y allá, entraban galopando en las calles de Sedán.

Por supuesto, todo estaba cerrado, atrancadas las puertas por dentro; de tarde en tarde se atrevía una cabeza á asomarse con rapidez á las ventanas.

Los prusianos tiraban desde alto: eran suyas las murallas.

Durante dos días, la derrota siguió llenando la ciudad de restos del desastre. Todas las tropas de los cuerpos de ejército 4.º, 5.º, 7.º y 12.º que estuvieron en Givonne y no se replegaron á Mézières, llegaban revueltas, con el enemigo pisándoles los talones.

Todo aquel gentío tenía el estertor de la extenuación. Nadie había descansado desde una semana antes, y estuvieron una noche y un día sin comer.

Durante seis semanas se estuvo pidiendo alimentos á Sedán.

Careciendo de víveres Sedán mismo, nada envió.

El 25 de Julio escribía el Subintendente militar de Mézières.

«Ya no existen salazones ni galletas en las plazas de Sedán y de Metz.»

Entonces mataron caballos; pero, como se contaba mucho con la caballería, fué preciso escatimarlos.

Los cantineros empezaron á cortar carne en los cadáveres de los caballos reventados á lo largo de los caminos, y la ponían á asar al fuego. Como ya no había sal, echóse mano del yeso molido, de la ceniza de leña y de la tierra seca, para sazonar los alimentos.

Los infantes entraban de noche en los campamentos de la caballería, ataban con cuerdas el morro de los caballos para impedir que relinchasen y luego les acribillaban el vientre á bayonetazos.

Por la mañana se encontraban rígidas en el suelo á las bestias, faltas del muslo ó de la espaldilla.

Por otra parte, esa carne muerta no se digería, inflamaba la sangre y producía pústulas malignas; prohibióse comerla.

Mientras hubo fruta, se daba á los caballos la recolectada en los huertos, para suplir la avena, la paja y hasta el salvado, de que se carecía; pero se acabó por guardar la fruta para las personas, y los animales sólo ramoneaban los sarmientos de las viñas y la corteza de los árboles.

Los caballos desfallecían, y los hombres se quedaban en el camino atormentados por la disentería.

A ese paso, pronto se acabó la fruta: dejóse por completo de comer. El soldado bebía agua en el hueco de la mano, cogiéndola en los charcos del camino.

En esas condiciones vieron los franceses emplazarse ante ellos las baterías del segundo y del tercer ejércitos.

Ya se sabe que el de Mac-Mahón había salido de Châlons el 21 de Agosto para ponerse en marcha hacia Reims, por Réthel, el populoso Chêne y Beaumont.

El 30 fué derrotado Faily.

Entonces ocuparon las hondonadas de Givonne, con la derecha en Sedán.

El ataque fué terrible: los alemanes eran dueños de las alturas. Por todas partes tronaba el cañón prusiano. Los franceses se resistían bien.

Á medio día estrechóse el enorme cinturón de fuego. Los franceses seguían combatiendo.

Una hora después el enemigo comenzó sus movimientos envolventes.

Cedió el ala izquierda.

Los prusianos redoblaron sus ataques.

Quedó cortada el ala izquierda.

Dióse la orden de retirada.

—¡Sálvese quien pueda!—gritaban los franceses.

Ochenta mil hombres se desbandaron hacia Sedán.

Los uniformes, hechos jirones, sólo se sujetaban al cuerpo de los infelices soldados por medio de cuerdas y de espigas que hacían las veces de corchetes. Desaparecía su color bajo los barro amarillos que los ensuciaban, y no era posible distinguir los oficiales de los soldados rasos. Muchos se habían cubierto con mantas recogidas en el camino y arrastraban sus doloridos pies envueltos en pieles de animales atadas alrededor.

Á las preguntas que les dirigían, contestaban que habían ido á hacer la guerra sin saber cómo se hace. Habíanles llevado á derecha é izquierda, atrás y adelante, á través de toda clase de maniobras contradictorias; y en el momento en que estaban guisando el rancho y se disponían á descansar, fué cuando se les echó encima el enemigo. Todo lo perdieron: los víveres, las municiones, los oficiales, los generales, y habían echado á correr adelante, combatiendo, abriéndose paso á la bayoneta y disparando, sin jefes, sin tambores, sin voces de mando.

Casi todos llegaron encabestrillados, renqueantes, zanca-

josos, con el brazo dentro del capote, derrengados, arrastrando las piernas, sin ojos, sin narices, hechos una criba á balazos, llenos de rasguños y tajos, cubiertos de sanies y desangrándose como animales de carnicería.

Veíanse algunos que cortaron en pedazos sus propias camisas para vendarse las heridas; otros se pusieron como apósito harapos tiesos por los coágulos de sangre.

Más de uno, agotadas las fuerzas, cayó al entrar en Sedán y murió en la calle, antes de que pudieran darle el vaso de agua que pedía con hipo.

Horribles perros flacos se acercaban entonces á ellos, con las orejas gachas, vidriosos los ojos, el rabo entre piernas, y les pasaban la lengua por las heridas. Esos mismos perros, feroz jauría hambrienta, saltábanse de noche á los ijares de los pobres caballos agonizantes en todas las esquinas de las calles, y les devoraban las entrañas.

Hubo que matarlos á tiros.

CAMILO LEMONNIER.

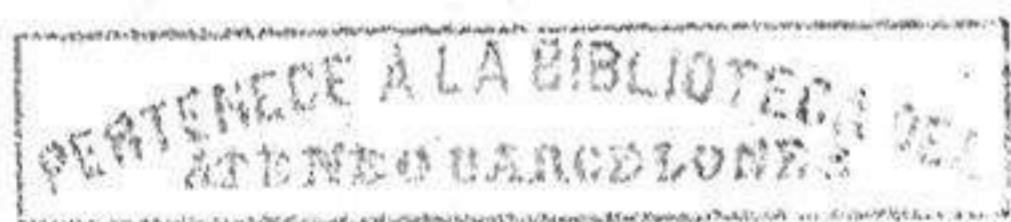
(Se concluirá.)

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

LA LITERATURA CIENTÍFICO-MILITAR DE ESPAÑA

EN LOS DOS ÚLTIMOS AÑOS

(1.º Julio 1895.—1.º Octubre 1897.)



V (1)

ARTILLERÍA DE FUEGO RÁPIDO.—EL CAÑÓN DE DÍAZ ORDÓÑEZ, DE
DOCE CENTÍMETROS

Sin participar, aún en su vasta esfera, de esta universalidad de ideas y de conocimientos, forma en el ámbito de la ciencia militar otro de los brazos más interesantes de los estudios superiores la ciencia del artillero. Con la introducción modernísima de los cañones de tiro rápido, la invención de los nuevos explosivos y fulminantes y la de la pólvora sin humo, ha sufrido y está sufriendo este elemento, el más poderoso de la guerra, una revolución profunda en todos los medios de su eficacia. Lisonjeábanos con justos títulos el haber podido consignar en los fastos científicos de la Artillería española una porción de nombres de eminentes cooperadores de sus glorias, que, sobre los últimos tipos conocidos, habían inventado instrumentos asombrosos de estas armas de combate, con lo que

(1) Véase la primera parte de este estudio en LA ESPAÑA MODERNA del próximo pasado Enero.

habían repasado en alas de la fama la frontera, los de Plasencia, Sotomayor, Hontoria y otros no menos insignes. Pero todos aquellos tipos que se tuvieron por formidables, ceden su puesto á los de nueva invención, con los que se han trastornado las ideas científicas del mundo.

El Capitán de Artillería del 4.º montado, D. José Losada Canterac, Conde de Casa-Canterac, se propuso compendiar en breve inventario las nuevas armas, clasificarlas, describirlas y hacer una relación sumaria de los resultados obtenidos en las experiencias que con cada una de ellas se han practicado, analizando á la vez sus detalles de construcción y las condiciones para su empleo.

Dividió el conjunto de la materia de su estudio en tres secciones principales; es decir: en ametralladoras, cañones revólvers y cañones automáticos y semi-automáticos; cañones de tiro rápido de pequeño calibre, y cañones de tiro rápido de grandes calibres. Respecto á todas y á cada una de estas armas, estudió las condiciones que habían de satisfacer sus proyectiles, cartuchos, aparatos de cierre y mecanismos de obturación, los aparatos para sus montajes y los que se habían de emplear para impedir el retroceso, toda vez que ésta es una de las bases para obtener la rapidez del tiro, á causa de no ser preciso rectificar la puntería en cada serie de disparos.

Respecto á las ametralladoras, describió las de los sistemas Mortigosi-Gardner-Gadlind-Wimbor-Palmerantz; las de Nordenfelt, de tres y cinco cañones; las de Maxim, de varios calibres, la del Archiduque Carlos Salvador y la del Mayor Vandormes.

De los cañones revólvers, automáticos y semi-automáticos, hizo la descripción del cañón Felbd, de los cañones Hotchkiss de varios calibres, y sus ajustes para la Marina y campaña; y la de los automáticos y semi-automáticos de Maxim, explicando su manejo con suma claridad.

Y como los cañones de tiro rápido de pequeño calibre, ó sea de menos de 6 centímetros, son el armamento ya comple-

mentario de todos los buques de guerra modernos, y muy útiles en algunas obras defensivas, el Conde de Canterac, discutiendo acerca de ellos, trató de dilucidar: primero, si deben emplearse también en campaña; segundo, si, en caso afirmativo, debían considerarse como arma de Infantería ó como verdaderas piezas de Artillería, resolviéndose por esta última afirmación.

De estos cañones de pequeño calibre, procedió al análisis completo de los Hotchkiss, de 37, 47 y 57 milímetros, acerca de su mecanismo de cierre, modo de hacerlos funcionar, datos numéricos de dimensiones, peso, montajes y proyectiles, y en los de Nordenfeld, de diferentes calibres, estudió muy prolijamente sus montajes de campaña y de Marina; su empleo en las caponeras y otras obras defensivas; sus montajes de retroceso y sin él, y los montajes acorazados.

A los cañones de fuego rápido de gran calibre, entre 6 y 15 centímetros, consagró la parte más extensa de su obra, estudiando las condiciones de estas piezas y su posibilidad de ser llevadas á los campos de batalla.

Del número analizado de estas armas por el Conde de Canterac, son los cañones Hotchkiss, de 6,5 centímetros y de 10 centímetros, con montaje de retroceso limitado; los de 12 centímetros en ajuste naval, y los de 7,5 de campaña.

La artillería Canet la analizó bajo las condiciones características de estas piezas, debidas á la forma especial de sus tubos de acero y manguitos, así como á la del ánima y rayado y mecanismo de cierre. Estudió diferentes modelos de este sistema, ilustrando sus observaciones con tablas de dimensiones de sus diferentes partes, pesos de cañón, carga, proyectiles y montajes, y datos balísticos y tablas de tiro, calculados por el resultado de las experiencias verificadas.

Otro análisis muy minucioso sobre sus condiciones balísticas empleó en el estudio del cañón de fuego rápido de siete centímetros del sistema Skoda, y los cañones y obuses de Gruson-Amstrong-Krupp y Scheneider fueron estudiados en el

método de su construcción y en los metales que en ellos se emplean, en los mecanismos de cierre y obturación, en los montajes y ajustes, torres acorazadas y datos numéricos de las experiencias realizadas.

Con todo, en materia de tablas numéricas y datos de la experiencia, como no se habían verificado en presencia suya, caminó muy prudentemente, como no fueran muy conocidos, abandonando su responsabilidad á sus constructores, que por ponderar los méritos de su producción industrial siempre los exageran.

El Conde de Canterac no había tenido ocasión de hacer este estudio en presencia de cada una de las armas que describía, y hubo de servirse para su obra, que como inventario de ellas es la más completa que se conoce y condensa cuanto hasta el día alcanza el incesante progreso de la ciencia y de la industria militar, de los abundantes folletos y opúsculos especiales que existen de cada una de ellas y de los que, aunque algunos se hallan reproducidos en las *Revistas* y publicaciones técnicas, no son en su mayor parte del dominio público, porque no están puestos á la venta y no es fácil proporcionarse sus ejemplares, siendo publicación privada de las casas que los construyen.

Con todo, no puede negarse un mérito efectivo á esta especie de recapitulación, á la que el autor ha puesto el sello de su saber profundo en el arte que domina y la rectitud de su juicio en la crítica con que avalora sus estudios. De todas maneras, sistematizando bajo un plan bien concebido y un asiduo trabajo de comparación lo que se halla confusamente diseminado en tantas publicaciones errantes, ha podido dar á conocer completa y exactamente el estado actual de las tendencias que se persiguen en esta clase de artillería, dando á la vez las soluciones prácticas más aceptables para facilitar la industria dedicada á estas especialidades. La obra, en su género, es un servicio notorio rendido á la patria y una expresión muy elocuente del progreso científico militar de nuestro país.

E. M.—*Febrero* 1898.

Con un conocimiento más práctico de la materia han escrito sus Memorias sobre *Artillería de tiro rápido* los tenientes coroneles de Artillería D. Rafael de Vargas y Oviedo y D. Onofre Mata Maneja. Este último ilustre jefe de la Artillería española es inventor de piezas concebidas y calculadas por él, entre ellas un mortero que ha sido declarado reglamentario en España para el tren de sitio y que está considerado en el más alto valor y aun mejor que los análogos de otros ejércitos. Tomó una parte muy principal en el desempeño de la Comisión encargada de estudiar las armas portátiles de fuego y modificaciones del Maüser, y por cuatro veces ha sido comisionado al extranjero para practicar este género de estudios: la última para reconocer en Alemania el material de artillería de montaña contratado con la casa Krupp con destino al ejército de operaciones de la isla de Cuba.

En 10 de Enero de 1895, Vargas Oviedo y Mata Maneja recibieron del Ministerio de la Guerra la comisión de estudiar en diversos puntos de Europa las piezas de los sistemas más autorizados que se construyen en las principales fábricas, pues se trataba de proceder á la reforma de nuestra artillería de campaña y de montaña. Los ilustres comisionados empezaron su peregrinación científica por los establecimientos franceses, *Forges et Chantiers de la Marine*, en Saint Chamond, *Forges et Chantiers de la Méditerranée*, en el Havre; *Hotchkiss*, en Saint Denis; el belga de John Cokirili, donde se construye el material de la Sociedad Nordenfelt, el de la casa Maxsim Nordenfelt, de Londres, con sus dependencias de Darfforth Eris Birmingham y Sheffield, y la casa Krupp, en Alemania. Estas eran las casas constructoras que, en su concepto, fabrican lo mejor que hoy se hace en artillería. Pero además ampliaron su visita á la fábrica de pólvora sin humo de Volf de Walsrode, en Hannover, cuya fábrica era á la sazón la encargada de la construcción del sistema de pólvora propuesto y estudiado por la Comisión de experiencias.

Al evacuar comisión tan importante como la que llevaban;

se propusieron estudiar, no sólo las piezas que los constructores de las principales fábricas referidas consideraban mejores, sino que, generalizando los datos del problema, se elevaron á buscar los principios á que deberán obedecer las piezas de tiro rápido que examinaban. Para resolver sobre la elección de un tipo reglamentario, aplicaron á su exámen, á su observación y á su crítica los procedimientos que con tan felices resultados se pusieron en práctica para la adopción del arma portátil de fuego que usa ya nuestro ejército en todos sus institutos con éxito tan seguro y ventajoso por su reconocida superioridad; y así concordaron sentar como datos ó bases de acierto: primero, en que las piezas que hubieran de proponerse á la resolución de la superioridad, estuvieran dotadas de la movilidad necesaria para ser arrastradas con sus carros por seis caballos ó mulos; segundo, que su potencia no fuera menor á la del cañón de 9 centímetros, y tercero, que fuesen esencialmente de tiro rápido: por último, que sirvieran para la Artillería á caballo y la de montaña y para los fuegos curvos, completando estas condiciones las de los detalles del servicio y condiciones de construcción, mecanismo de cierre, clase de cartucho, etc.

No pueden ser conocidas públicamente las conclusiones aceptadas en definitiva para la adopción de la nueva artillería reglamentaria, deducidas del estudio de estos dignos jefes; pero, dejando á la apreciación de las Juntas superiores y técnicas, de quienes estos negociados dependen, los razonamientos útiles y los datos muy preciosos que expusieron para la solución del problema, de la parte relativa á lo que su comisión debía reflejar en la ilustración y noticia del Cuerpo, resultó la obra ó *Memoria* que sobre la *Artillería de tiro rápido* redactaron, y en la que, después de un breve bosquejo histórico del desarrollo de la artillería de tiro rápido de campaña y de montaña, consignáronse los datos balísticos de los mismos cañones, según las experiencias vistas, y se hizo una comparación muy importante de los mejores modelos que examinaron.

Esta *Memoria* se completó con cuatro apéndices: 1.º Sobre los obuses de campaña de 120 milímetros, de tiro rápido, sistema Schneider del Cruzot; el del mismo calibre, sistema Darmassières, construido por la Sociedad *Haut Fourneau* de Saint Chamond, y el de igual calibre de la casa Krupp.—2.º Sobre la cartuchería metálica para la artillería.—3.º Sobre la pólvora sin humo de la casa Volf.—Y 4.º Sobre la cureña ecípse para cañón de 12 centímetros, montada sobre plataforma, que pueda marchar por vía férrea.

Viene á completar esta sumaria reseña, ya por los datos apuntados suficientes para poder aquilatar la elevada graduación de la cultura científica de nuestro brillante cuerpo de Artillería, la *Memoria sobre el cañón de tiro rápido de 12 centímetros*, inventado y construido bajo su dirección por el Coronel del mismo Cuerpo D. Salvador Díaz de Ordóñez y Escandón, escrita por el mismo. El nombre del artillero español Ordóñez, no sólo es familiar en todos los altos centros científico-militares é industriales-militares de Europa, sino que, con el elevado concepto que disfruta, es hoy una de las primeras autoridades del Arma en todas las naciones cultas. Débense á él importantísimos inventos. Fué suyo el proyecto de cañón H. E., de 12 centímetros, con montaje móvil de plaza; suyo el de los cañones de 21, 22 y 30'5 centímetros; suyo el de los obuses de los mismos calibres declarados reglamentarios; suyo el del cañón H. R. y E., de 15 centímetros, para servicio de plaza y costa, y suyo el que se describe en esta *Memoria*. Su espíritu observador, su genio inventivo y su laboriosidad infatigable, no sólo han acudido á la concepción de estos altos modelados de la escultura militar, sino que, descendiendo al detalle, de su invención son los estopines, obturadores para piezas de plaza y costa, la granada de metralla para el cañón H. E., de 15 centímetros, del cañón de 25 centímetros para aprovechamiento de tubos existentes, de dos grúas de 5 y 20 toneladas, y de otro cañón de 15 centímetros.

Mas de todas estas invenciones, la obra hasta ahora ente-

ramente maestra es el *Cañón de tiro rápido*, de 12 centímetros, para la defensa de las fortificaciones terrestres y marítimas. Con él se ha llenado un vacío de nuestro regenerado material de guerra, pues las piezas de Nordenfelt, de 57 milímetros, que hasta ahora se han adquirido, no respondiendo por completo á todas las indicaciones á que había que atender, colocaban á nuestro país en una situación desfavorable para contrarrestar en una lucha los efectos de las piezas similares de que se hallan dotadas la Artillería y la Marina de las demás naciones.

Los cañones de tiro rápido, que en un principio fueron de calibre reducido, se han ido perfeccionando incesantemente, como por los cuadros anteriormente expuestos se ha visto, alcanzando en la actualidad el de 16 centímetros y constituyendo para las escuadras un poderoso medio de defensa y de ataque contra los torpederos y las fortificaciones terrestres, siendo además un elemento indispensable para el flanqueo de los fosos y de las brechas, y para el combate de artillería á corta distancia.

Nordenfelt, Hotchkins, Canet, Crusson, Amstrong, Scheneider y otros varios han dedicado su inteligencia inventiva á perfeccionar las nuevas piezas, consiguiendo resultados notables y logrando que la energía del proyectil por centímetros cuadrados de sección transversal iguale á la que tenía hace pocos años el cañón Krupp de 30 á 50 centímetros. En la Artillería naval de los Estados Unidos de América recientemente han sido declarados reglamentarios los cañones Dastriell, de los calibres 102, 127 y 152 milímetros, que disparan proyectiles de 15, 22 y 25 kilogramos, animados de una velocidad inicial de 762 metros. Mas las piezas inventadas por el español Ordóñez constituyen un adelanto sobre las actualmente conocidas, pues obtienen para su proyectil de 25 kilogramos una velocidad inicial de 740 metros, y una energía por centímetro de sección de 6'19 centímetros, y de 100 tonelámetros por kilogramo de pólvora, ó sea una energía total de 700 tonelámetros. Como razona muy bien la Junta superior consultiva de Guerra, es-

tos datos, comparados con los de las piezas análogas, como las de Crusson, Nordenfelt, etc., revelan una superioridad marcada en favor de las del distinguido Coronel Ordóñez.

La *Memoria* de este ilustre jefe de la Artillería española se completa con un estudio sobre los progresos realizados en las pólvoras hasta llegar á la pólvora sin humo, en que sería lícito detenernos como merece, si ya no nos hubiéramos referido á esta materia al tratar de la *Química é industria militar* del Teniente Coronel Comandante del mismo Cuerpo, Mas y Zaldúa.

La parte que el Coronel Ordóñez consagra á esta materia es también fundamental. Son curiosas las noticias que da sobre los empeños sostenidos por el Gobierno francés en conservar el secreto de la composición de las que emplea el Estado, y en facilitar á los particulares un explosivo que, siendo distinto del destinado al uso del fusil Lebel y de su artillería, resulte superior á la cordita y á la balistita. También es interesante el examen y análisis que hace de estas diversas pólvoras y de las Turpin, Wetren, Gaun, Wolf, Maxim, Hingts, Nobel y Abel, las que somete á una nueva clasificación; es decir, dividiendo las compuestas de nitroglicerina, nitrocelulosas y sus disolventes de las que no contienen nitroglicerina, disolviendo la nitrocelulosa por medio del éter acético ó la nitrobencina.

Este estudio es inherente en las experiencias que ha practicado al total de la pieza de su invención, pues de los cuadros en que constan los recorridos del proyectil en calibre y densidades, los volúmenes ocupados por los gases en 3 decímetros, presión de los gases, resistencia elástica tangencial, expansiones de los gases, densidad de carga, presión, energía y en relación con la carga y el trazado de las curvas correspondientes, deduce, mediante atinadas observaciones y tras estos laboriosos cálculos, todos los datos necesarios para la construcción del cañón y su montaje, expresándolos gráficamente en las láminas que acompañan á la *Memoria*.

Como antes se ha dicho, la Junta consultiva, al examinar

lo atinado de las soluciones propuestas por el Coronel Ordóñez, los laboriosos cálculos en que las funda y las bien meditaciones con que salva las dificultades del problema que aspiró á resolver, ha atribuído tal importancia á la invención de este cañón, que no ha podido menos de hacer sobre él estas dos terminantes declaraciones: primera, que el cañón de tiro rápido de 12 centímetros, inventado y construído por el Coronel Ordóñez, llena un vacío que se hacía sentir con urgencia en nuestro material de guerra; segunda, que la pieza proyectada logra indudable superioridad sobre las actualmente conocidas.

No son verdaderamente cuestión de literatura estos resultados de nuestros evidentes progresos científico-militares en estos últimos años; pero sin ese progreso en las ciencias que determinan tales adelantos, tales concepciones y tales resultados, no se producirían obras como la que en la *Memoria* del Coronel Ordóñez se describe, que son notoriamente orgullo de nuestra reputación científica en el mundo.

VI

MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN.—BALÍSTICA ABREVIADA.—MINAS MILITARES.—EL BATALLÓN DE TELÉGRAFOS

Las últimas obras científico-literarias de la Ingeniería militar en España sostienen la misma altura de crédito y laboriosidad en el no menos brillante Cuerpo que las produce. Cuéntanse en ellas algunas elementales, aunque no en el sentido general que se da á esta palabra, y algunas reglamentarias, de las que siempre se informan. Pero en el grupo se destacan las que verdaderamente merecen considerarse en la categoría de los estudios superiores del arte.

En el concepto de trabajos reglamentarios puede estimarse, por ejemplo, el *Proyecto de reforma de los fuertes de tie-*

rra, arreglo y terminación de los caminos de ronda y glasis de la fortaleza de Isabel II, en la isla de Mahón, redactado en 1896 por el Teniente Coronel del Cuerpo D. Ramón Táix y Fábregas; en el concepto de elementales, el opúsculo sobre *El hierro y el acero en las construcciones*, del Comandante don Francisco Jimeno y Ballesteros; y aun en el mismo concepto se graduaría la obra *Materiales hidráulicos* y la Memoria *Los laboratorios de ensayo de los materiales de construcción*, del también Comandante D. Manuel Cano y León, si acerca de estos últimos no hubiera que recoger algunos datos de excepción, por haber contribuído estos escritos, así como la actividad y la perseverancia personal de su autor, á la creación y establecimiento del Gabinete formado en Carabanchel, y á la conservación y ampliación, con carácter oficial, de este necesario centro de experiencias, primero que se ha instalado en España para el servicio general del Cuerpo.

Ya anteriormente, el Teniente Coronel de Ingenieros don Pedro León de Castro había proyectado realizar esta nueva mejora, trabajo en que le ayudó con sus escritos el Ingeniero militar D. Nicolás Valdés. No obstante, por mucho tiempo sólo existió el laboratorio que para la enseñanza de sus alumnos tenía la Academia de Guadalajara, y aun el establecido en 1893 en el Hospital de Carabanchel fué desde su origen insuficiente.

Los estudios del Comandante Cano y de León, compilados en su *Memoria* de 1895, después de haber visitado el Instituto de ensayos de materiales de Zurich, los de Malinas, en Bélgica, y los de Francia, han contribuído á la mejora y ampliación del Gabinete de Carabanchel, pues era verdaderamente deprimente para la idea de nuestros adelantos, que España casi fuera la única excepción en Europa en carecer de estas dependencias de su Ingeniería militar, cuando tal grado de esplendor logran los Institutos militares de ensayo en Inglaterra, Alemania, Austria, Rusia, Italia, Portugal y los Estados Unidos.

De la condición elemental de estos estudios levantábase en los dos últimos años nuestros Ingenieros militares á las altas cimas de su ciencia, ya con las obras y opúsculos de su Teniente Coronel D. Joaquín de Lallave y García, *Balística abreviada; Étude de balistique sur le fusil Lebel: Estudio balístico sobre el fusil de 7 milímetros, modelo de 1893* (Maüser español) y *Nueva tabla de balística, tipo Siacci*; ya con las *Minas militares*, del Coronel Comandante D. Carlos Banús y Comas; ya, en fin, con la *Memoria relativa á la organización del batallón de Telégrafos*, del Coronel, su jefe, D. José Suárez de la Vega y Lama, ó con la del Geodesta, Comandante del Cuerpo, D. Eduardo Mir y Miura, sobre los *Mareómetros y mareógrafos* de su invención.

El nombre del Teniente Coronel Lallave es uno de los que disfrutaban el lisonjero prestigio de ser casi más conocido como científico fuera de España que dentro de su país, donde, sin embargo, es una verdadera autoridad.

El *Memorial de Ingenieros*, el *Memorial de Artillería*, la *Revista científico-militar*, la *Revue du Cercle Militaire Belge* y otros periódicos profesionales le cuentan por asiduo colaborador. Desde 1874 su pluma y su actividad científica y literaria no descansan. En 1877 publicó unos *Apuntes sobre la guerra de Cataluña*, que en 1881 se tradujeron al francés; en 1879 escribió sus *Reductos de campaña*, y el mismo año su *Fortificación de campaña*, tema que le había servido para dar algunas conferencias; en 1880, en colaboración con Roldán, redactó sus *Apuntes sobre la fortificación de las costas*, sobre los que al año siguiente de 1881 publicó un suplemento al adoptarse la artillería Ordóñez; en 1888 dió á la estampa sus *Nociones de fortificación permanente*, y con posterioridad ha publicado sus *Estudios sobre nuestra artillería de plaza* y sus *Lecciones de fortificación* para la Escuela superior de Guerra, de que es profesor.

Las últimas producciones de mano tan fecunda y tan útil son las arriba enunciadas. Del libro de *Balística abrevia-*

da son como un complemento los folletos sobre los fusiles Lebel y Maüßer, apreciando las observaciones que en ellos consigna como ejemplos prácticos de los enunciados científicos de su obra fundamental. No es la vez primera que este libro se ha publicado. En 1883 lo dió en cuadernos unidos al *Memorial de Ingenieros*, y así corrió dentro y fuera de España. No se propuso entonces otro objeto sino el de que sirviese de manual práctico á sus compañeros del Cuerpo, así como á los que, no conociendo con gran extensión la analítica, cálculos y las demás ciencias en que se funda este caso particular de la mecánica, necesitasen para sus trabajos resolver problemas relacionados con el tiro. El éxito que obtuvo fué completo. Entonces se animó á dar su tratado de *Balística práctica*, que fué como una compilación inteligente y ordenada de los métodos balísticos más en boga y que actualmente se usan en los cálculos.

Así en la obra antigua como en la nueva, la parte original del autor es mucha, llamando especialmente la atención las fórmulas que propone para calcular los efectos de los proyectiles, ó sea para formar parte de lo que llama *balística de efectos*. Son estas fórmulas puramente empíricas, pues no están basadas sobre ningún fundamento científico; pero han sido calculadas por tanteos, comparando los datos y los experimentos por el autor conocidos. Y aunque no parece aceptable someter á fórmulas de la índole referida la determinación de los volúmenes de los embudos medios de la explosión de los proyectiles en los macizos de tierra y la progresión en la destrucción de los parapetos, sucros y bóvedas, han sido tomadas en consideración por cuantos se ocupan de ciencias militares, así por la autoridad del ingenioso escritor español, como por la falta de otras fórmulas más científicas de demostración. Así, pues, resulta un honor para la ciencia militar española que hayan sido recogidas y las hayan aceptado con recomendación lisonjera Vallier, el italiano Mabley y el Comandante de Artillería D. Juan Ugarte, que las ha reproducido en el apéndice á su libro de *Memorias*, publicado en 1895.

Débase al Teniente Coronel Lallave el haber introducido la ciencia militar española en punto á balística en Italia, Francia, Holanda y Rusia, donde el artillero Zabudaki ha saludado con honor sus estudios, reproduciendo el grupo de las ocho fórmulas monomios de su nueva tabla balística, que representan la resistencia del aire al movimiento de los proyectiles, desde las velocidades más pequeñas hasta la de 1.460 metros por segundo; aunque, en realidad de verdad, sólo la octava de estas fórmulas es la nueva y propuesta por nuestro ilustre ingeniero.

Al grado de saber y de laboriosidad de Lallave se remonta otro digno oficial del mismo Cuerpo, el Coronel Comandante D. Carlos Banús y Comas, cuya producción científica y literaria desde el principio de su carrera corre parejas en número é importancia con la de su insigne compañero de armas. De Banús son las obras técnicas siguientes: *Agentes explosivos; Apuntes para un manual del minador; Política de la guerra; Organización de los ejércitos; La guerra en pequeña escala; Aplicaciones de la física al arte militar; Geografía militar de Francia; Apuntes sobre la táctica de las tres armas; Telegrafía militar; Magnitudes eléctricas; La dirección de los globos; Proyecto de estación telegráfica en campaña y aplicación de la luz eléctrica á las ambulancias; Estudios de arte é historia militar; Táctica elemental; Organización de los ejércitos de operaciones; Movilización y concentración militar; Estrategia, marchas, acantonamientos y vivaques, y Gran táctica.* Pero en este largo catálogo bibliográfico de sus trabajos técnicos intelectuales, la obra que ha adquirido mayor relieve y reputación es la que lleva por epígrafe *Minas militares*.

La *Mina militar* es la que desde los tiempos más remotos imprime carácter á la institución del Ingeniero, después de la arquitectura militar. Al aparecer la pólvora, transformando la táctica y la condición de la guerra, un nombre ilustre español, al que desde entonces no ha igualado ninguno, el de Pedro Navarro, Conde de la Oliva, aparece en la cima de este

ingenioso invento de destrucción de ejércitos, de obstáculos, de defensas y de fortificaciones. La *mina* es la suprema astucia de la guerra y su más destructor elemento.

Desde la quema de los cuentos hasta la aplicación del conductor eléctrico para la inflamación de las cargas, este recurso de la ingeniería militar ha ido en un constante perfeccionamiento. La invención de los últimos explosivos le imprime para las guerras del porvenir el sello más aterrador.

Banús se propuso escribir un nuevo libro de texto para la Academia de Ingenieros, y su obra resulta un trabajo fundamental. En el método con que expone sus estudios demuestra su vasta erudición y su vasta capacidad. El estudio de los explosivos reviste una forma muy distinta de la en que los artilleros Más y Zuldúa y Díaz Ordóñez trataron esta materia como elemento esencial de la artillería. Los agentes explosivos llenan en la mecánica y los efectos de la mina casi todo su papel. Su conocimiento y el de sus efectos ofrece, por lo tanto, un campo más vasto de estudio, de aplicación y de observación.

Todas las teorías que Wallier, Belidor, Lebrun, Lebreen y Dambrum han formado sobre los efectos producidos por la explosión de la pólvora y sus consecuencias, están presentadas y discutidas por Banús con un alto espíritu crítico; todos los agentes explosivos, las pólvoras rompedoras, vivas y lentas, están examinados con minuciosidad, detallando los productos de la explosión, el calor desarrollado, el volumen de los gases, las presiones específicas y máximas, su sensibilidad, la velocidad, la inflamación, la onda explosiva y las causas que contribuyen á que se extienda á mayor ó menor distancia. Los procedimientos para la inflamación, pirotécnicos, por salchichas, por cohetes, por portafuegos, por espirales, por espoletas de tiempo, por electricidad, por pilas, por máquinas dinamo-eléctricas y por explosores, están analizados y descritos con natural maestría; así como en los efectos devastadores, las brechas, las demoliciones, la destrucción de los caminos,

los barrenos; en una palabra, lo que nunca cambia en la mecánica tradicional del arte, y lo que incesantemente lo modifica.

Si en estos estudios lo esencialmente nuevo es lo que se debe, por el progreso de la ciencia, á los adelantos de los agentes modernos que la química y la electricidad han introducido, todo resulta palpitante de interés para nosotros, en la *Memoria relativa á la organización del batallón de Telégrafos*, escrita por su jefe el Coronel D. José Suárez de la Vega y Lamas.

Desde 1839 se empezó á bosquejar en nuestro ejército el empleo de los medios telegráficos de comunicación en campaña. Nuestros progresos han sido tan lentos, que nos han obligado á ir á la rastra de los demás ejércitos de Europa. Mas desde 1884 arranca la transformación que ha colocado este servicio en su situación actual, si no tan brillante como en las potencias de primer orden, bastante para merecer la general consideración. Por Real decreto de 15 de Diciembre del año referido, se dispuso la reorganización de la sección de ingenieros militares consagrada á este servicio como unidad independiente, y paulatinamente se ha logrado la del batallón de su nombre, que, aunque susceptible todavía, como siempre lo son todas las cosas humanas, de sucesivas mejoras, ya puede prestar sus servicios en las condiciones de rapidez y seguridad que pueden ser deseadas.

En gran parte la organización se ha debido á este digno jefe. Desde luego redactó las *Cartillas del material eléctrico y óptico*, que han sido la base de la instrucción de su tropa y clases, aunque no han recibido de Real orden su aprobación oficial hasta fecha muy reciente. Después se ha redactado la *Memoria*, en la cual, con los frutos del estudio, de la observación y de la experiencia, se rectifican algunas de las disposiciones del Real decreto orgánico, opinando por la división indispensable del material de servicio entre el de montaña y de campaña y el óptico; es decir, el de líneas aéreas de alambre con

conducto fijo sobre postes, y líneas establecidas con cable tendido sobre el suelo, y á trozos enterrado ó sumergido; y líneas con servicio enteramente distinto del de las anteriores, y no consideradas como auxiliares de las eléctricas, para los casos de averías. Son cuestiones puramente técnicas á discutir. Lo que en su obra es más interesante, es el estudio profundo del material de telégrafos.

VII

CIENCIAS ASIMILADAS.—ESTUDIOS DE ADMINISTRACIÓN MILITAR.
CIRUGÍA DE URGENCIA.—ANATOMÍA QUIRÚRGICA Y TRAUMATOLOGÍA CRANEAL.

Cuando á una rueda poderosa de la máquina social se le imprime un movimiento determinado, todas las demás piezas adquieren la misma dirección y la misma celeridad: por manera que impreso á nuestros institutos especiales militares el movimiento de emulación y progreso que se bosquejan en los cuadros anteriores, no es extraño encontrar el mismo vigoroso motor en los cuerpos de asimilación. La Administración Militar y la Sanidad Militar, son entre estos institutos los que más se individualizan por su anhelo de seguir la marcha del progreso científico para colocarse á la altura que por su misión respectiva les pertenece.

Ya el general D. Angel Aznar y Butigied redactó hace pocos años unas *Bases para la reforma de la administración de los Cuerpos y su detall*, que fueron muy bien recibidas y comentadas con lisonja en los altos centros militares, y aunque desde entonces son varios los trabajos muy interesantes que se han producido en la parte de tiempo que abraza la jurisdicción literaria de esta ligera reseña, se han hecho notar, como libro didáctico, las *Nociones de Derecho civil*, escritas por el Comisario de Guerra de segunda clase D. Martín Gar-

cía-Vao y Camuñas, para la enseñanza de la asignatura en la Academia del Cuerpo de Administración Militar, arreglándolas á la legislación que arranca del nuevo Código civil de 1889 y los tratados existentes; y, como obra descriptiva, los *Apuntes administrativos para la información de la Comisión militar sobre la Exposición Universal de Chicago de 1893*, del Comisario de primera D. Fernando Aramburo y Silva.

Este último jefe alcanza ya una satisfactoria reputación por sus trabajos técnicos anteriores al informe referido, y cuya mera bibliografía basta para acreditar su celo, su aplicación, sus conocimientos y su laboriosidad. En efecto, de Aramburo son, el *Album de armas blancas, de fuego, portátiles y artillería de campaña*, que formó en 1876. En 1878, y en colaboración con D. Augusto Muñoz, hizo otro *Estudio administrativo militar de la Exposición Universal de París*, y desde el año de 1883 casi no pasa ninguno sin que aparezca en las prensas alguna nueva producción de su pluma. Este último año publicó su *Examen microscópico del trigo y de la harina*; en 1885 la *Molinería y panadería en Alemania*; en 1887 otro trabajo muy curioso sobre *Hojalatería y fumistería*; en 1888 sus *Motores de viento*, de indudable utilidad é importancia; en 1890 el *Cálculo gráfico elemental*; en 1891 la *Tecnología microscópica de las fibras textiles*, y en 1893 la *Cartilla nemotécnica para los servicios de subsistencias, utensilio, campamento y transporte*, el trabajo más importante de su profesión militar.

Aunque pueda argüirse que ninguna de estas obras es bastante para el descubrimiento de ningún nuevo continente, es justo repetir que denotan en el autor apreciables condiciones de laboriosidad dirigida á fines útiles, instrucción sobre cosas en que el mayor número pasa sin advertir la importancia intrínseca que en sí tienen, y recta inteligencia para presentar los temas, que desenvuelve por su lado más práctico y de una inmediata eficacia.

Donde vuelven á aparecer los vuelos de la alta ciencia es en los trabajos que desde que estalló la guerra insurreccional

de Cuba, que todavía nos agobia, se han apresurado á redactar y publicar los Médicos Mayores de Sanidad Militar D. Jerónimo Pérez Ortiz, Médico Mayor del Hospital Militar de Madrid, D. José Reig y Gascó, D. Marcelino González y Rodríguez y el Médico primero del Cuerpo D. Miguel Sloker y de la Pola.

El Sr. Pérez Ortiz, que era ya ventajosamente conocido en las lucubraciones de la ciencia por su *Album clínico de enfermedades de la piel*, inauguró brillantemente la campaña en que lidian con noble emulación los progresos y el magisterio de la ciencia con los delicados sentimientos de la humanidad, con su libro *Cirugía de urgencia*, puesto en sus conclusiones clínicas al alcance del último soldado que pueda hacer sobre el campo de batalla la primera cura provisional al compañero herido, mientras llega la asistencia facultativa. Su aforismo predilecto, que en su espíritu forma como un lema, es que cualquier solución de continuidad de la piel es una puerta de entrada para la muerte; y definiendo con el mayor laconismo posible los traumatismos y sus clasificaciones, sólo se preocupa en enseñar cómo deben curarse los traumatismos abiertos, heridas ó contusiones, por cualquier medio que se pueda. Claro es que este procedimiento es puramente provisional, y en tanto que el herido ó contuso se halla en posición estable de que se le aplique la cura antiséptica, única que aconseja para todos los casos de la cirugía de urgencia. Y como este es su método de predilección, su obra ocupa una gran parte de su texto en la enumeración y descripción de todos los aparatos indispensables.

El examen de las diversas clases de heridas, según el arma ó los accidentes que las causaron, es lo suficientemente detallado para establecer así su clasificación genérica como la de su graduación clínica, y sólo se detiene mucho en lo relativo á las primeras curas en las ambulancias militares, porque también sienta como principio inconcuso que la suerte del herido depende del cirujano que primero le cura. La obra, que es

eminentemente práctica, da toda suerte de indicaciones para atender á las quemaduras, á las congelaciones, á las fulguraciones, á las diversas formas de la asfixia y á todas las complicaciones de los traumatismos, proponiendo las transfusiones sanguíneas, las inyecciones salinas intravenosas, el suero artificial, y cuanto debe hacerse con un herido desde que es recogido de la línea de fuego hasta que pueda darse de alta en el hospital. La ciencia no tiene más que un fin en los campos de batalla: salvar á toda costa la vida de los que caen, sin ser víctimas necesarias de la muerte.

Reig y Gascó traduce del extranjero los *Primeros socorros en los accidentes repentinos*, pero simultáneamente publica, en propia Memoria, su *Instrucción sanitaria para el soldado* y *El tirante elástico como aparato hemostático*.

Todas estas obras, y principalmente la segunda, pues la primera no es original, no tienen otro fin que la de Pérez Ortiz, de que hemos tratado: es decir, poner al alcance, no sólo de los sanitarios, sino de los sargentos, cabos y hasta soldados de mediana instrucción en las heridas de campaña en general, los medios más sencillos de temporal curación, mientras alcanza al paciente el patrocinio de la ciencia, y dar las más importantes instrucciones para la curación preventiva hasta en las fracturas y luxaciones. También es parte muy importante de la *Instrucción sanitaria para el soldado* lo que concierne al transporte de los heridos, bajo el punto de vista de la ciencia y de la humanidad.

Otra obra de oportunidad en las circunstancias por que atraviesa la nación, ha sido el libro de González y Rodríguez, titulado *Servicio médico de guarnición*. De este profesor existía ya otro libro semejante: *Servicio médico de campaña*. Uno y otro equivalen á manuales prácticos de los nuevos Médicos y cirujanos que la urgencia del momento ha llamado al Cuerpo de Sanidad Militar para su más rápida instrucción.

Tienen carácter muy distinto de las anteriormente mencionadas, aunque no por eso dejan de llenar un objeto de uti-

lidad inmediata y práctica, cual es imponer á sus compañeros noveles en todos los deberes de su nuevo estado y sobre todo en los militares de asimilación y de subordinación. También expone la práctica de los servicios técnicos de cuartel, de plaza y de campaña.

La última, y por su especialidad más importante bajo el punto de vista de los estudios superiores de la ciencia, de estas obras, es la *Anatomía quirúrgica y traumatología craneal*, del Médico primero Sloker y de la Pola. También de este profesor ya existe un *Estudio crítico-gráfico de topografía cráneo-cerebral*, cuyo tratado, por su mero epígrafe, explica y demuestra el ramo predilecto de la ciencia á que Sloker consagra sus especiales estudios, y el grado de extensión y de profundidad que alcanza en ellos.

Una y otra obra son fundamentales en la ciencia especulativa que profesa, y exaltan de una manera magistral el movimiento científico de nuestra patria, que por trabajos como el que describimos se pone al nivel de los países más adelantados. La *Anatomía quirúrgica y traumatología craneal* completa y perfecciona en el progreso constante de la ciencia en Europa las producciones de Mieller, Champonniere y Broca, Giacomini, Reiel, Horslay y Tham, Anderson y Makins, Possier y Clado; y aunque no se resuelven en ella todos los abstractos problemas que ofrece el estudio complejo y difícil de la traumatología craneal, la originalidad de las ideas que el autor expone, sugeridas de la meditación de sus propias experiencias, el método racional que sigue en ellas, desligándolas de la peligrosa afición á las hipótesis y procurando no interpretar los hechos que describe, sino presentarlos en su natural desnudez dentro del radiante estadio de la experimentación, acrecienta su mérito imprimiéndoles un sello de incontrovertible solidez.

La gravedad general de todas las heridas del cráneo, y las dificultades de su diagnóstico por la falta de relación que frecuentemente existe entre la causa apreciable y el efecto, es

un hecho evidente. En muchos casos la gravedad de estas heridas está en razón inversa con el impulso traumático primitivo. Su sistema consiste en el estudio anátomo-fisiológico de la parte lesionada, y sobre la base de sus investigaciones, fija, para determinar los procedimientos operatorios, ciertos puntos constantes y permanentes, que son el fundamento de su sistema. En ellos apoya la subdivisión de su obra, que comprende el estudio anatómico topográfico, los traumatismos craneales en sí y su entrada y localización.

Aun estudiadas así las heridas y contusiones, quedan al interés de su estudio los accidentes primarios y secundarios que de ellas emanan. Sobre la conmoción cerebral, emite una teoría propia y enteramente nueva, aunque necesita que la práctica la confirme. Esta teoría es la de que, existiendo varios tejidos entre el continente del cerebro y el mismo cerebro, la violencia recibida por el primero comunica las vibraciones por los tejidos al contenido, ó sea á la masa encefálica, constituyendo la verdadera conmoción.

En los accidentes secundarios también es muy prolijo; y llaman extraordinariamente la atención los capítulos que consagra á la supuración intracraneal, á los abscesos cerebrales, á la hernia cerebral, á las complicaciones remotas ó tardías, colocando entre éstas las perturbaciones motoras, sensitivas, sensoriales y mentales y haciéndolas depender de la zona cerebral lesionada.

Después de determinar las indicaciones para la oportuna intervención quirúrgica en los variados traumatismos del cráneo, se dilata en la técnica operatoria y en el instrumental quirúrgico, y fija las reglas con juicios razonados para los tratamientos sucesivos.

Prescindiendo de la importancia permanente de una obra de este alcance, pues los traumatismos cerebrales son frecuentes, los mismo en la paz que en la guerra, y prescindiendo también del grado de importancia efectiva que la obra del señor Sloker tiene bajo el aspecto progresivo de nuestra literatura

científico-militar, que es el objeto de esta reseña, á primera vista resalta el beneficio que su publicación ha reportado en los momentos actuales á los individuos de Ejército que en Cuba sufren los cruentos accidentes de la guerra. En este sentido la obra reseñada ha sido también un servicio eminente prestado al calor de la ciencia, al amor de la patria.

VIII

CONCLUSIÓN.—LA CARTUCHERÍA DEL MAÜSER.—LA REFORMA DEL
REMINGTON

Acaso involuntariamente hayamos incurrido, en el cuadro general que dejamos bosquejado, en omisiones que, de existir, sinceramente deploraríamos, pues nuestro objeto ha sido contribuir en la medida de nuestras fuerzas á la merecida exaltación de los beneméritos colaboradores de la resurrección de la literatura científico-militar en España que en los dos últimos años se han hecho acreedores á la gratitud y á las recompensas que ya les ha otorgado la patria dentro de las disposiciones vigentes. De cualquier modo, cuando la actividad generadora deserta de otras cátedras, de otras escuelas, de otros organismos sociales y de otras iniciativas, lisonjero es presentar á la faz del mundo, cuya espectación España tan poderosamente ha despertado desde la fecha regeneradora de la restauración de la monarquía, el movimiento creciente de la inteligencia ilustrada, que no se contrae á la gestación productora de las obras de imaginación y recreo que inundan el teatro y á las frívolas inspiraciones y á los dorados bibelots de la poesía; sino que aborda, en palenque inmenso de meditación y estudio, los problemas más arduos de la ciencia, dirigidos, no á escritos de mera especulación, sino á fines inmediatos y de utilidad suprema,

como son el mejoramiento práctico en la ilustración moral, intelectual y material de nuestro Ejército.

Habiéndonos encerrado en un espacio de tiempo determinado, no hemos podido hacer mención de otros trabajos de análoga importancia de otros dignos autores militares, que por haberse producido en fecha muy inmediata á la por nosotros escogida, podrían aparecer como entregados á un inmotivado olvido. Nada más lejos de nuestro ánimo. Ilustres amigos nuestros, con quienes compartimos desde hace tiempo las gratas emociones de la más cortés simpatía, no han podido entrar en la composición de nuestro cuadro, por no corresponder sus obras al tiempo limitado de la jurisdicción de nuestro empeño. Aun de los mismos autores que hemos citado, hemos tenido que preterir con pena obras como las *Notas de estudio militar*; las *Evoluciones de combate con las tres armas reunidas*; la *Estética de la guerra* y *La guerra y el arte*, de Berenguer y Ballester; los *Estudios de organización y movilización, principalmente de la artillería*; y la *Conexión entre las diferentes armas*, de Oliver-Copons. Y hasta por parecernos ya fuera del alcance trazado, no hemos incluido algunos trabajos interesantes sobre el Maüser.

No obstante, de 1896 es la *Memoria* presentada por el Capitán de Artillería D. Juan Martínez Añibarro, que fué á Alemania comisionado por el Ministerio de la Guerra para conducir la comisión de maestros de fábrica y obreros de la de Armas de Toledo, para estudiar la fabricación del cartucho para este fusil; *Memoria* interesante á que acompañan los *Cuadernos* firmados y redactados por los mismos ajustadores Constatino Ponselet y Malingre, Leonardo Reig y Rey, León Raboso de los Silos, Antonio Romero Ruiz y Pascual Rodríguez Fernández; por los maestros torneros José Fernández y Fernández, Ramón Corrales y Sánchez y José González Urdich; por el forjador Fernando Camacho y Garrido, y el obrero Manuel Méndez Expósito. A diez y nueve llegó el número de estos cuadernos, en que no sólo se llevó el diario

de la recepción del material é instrumentos de fabricación en la *Deutsche Metallpatronenfabrick*, de Karlsruhe, sino la anotación de todos los detalles de la fabricación.

Por igual motivo hemos dejado dormir del mismo modo otra *Memoria para estudiar y ensayar la reforma del fusil Remington*, también escrita en 1896 por el Teniente Coronel de Artillería D. Joaquín Santa María y Pizarro. Este digno jefe, cuya aplicación no hay palabras que la recomienden, es, sin duda, uno de los más beneméritos del Arma en que sirve, del ejército de que forma parte y de la patria, á quien dedica toda su vida, todo su pensamiento, todas sus facultades. La cruz laureada de San Fernando que honra y decora su pecho, demuestra que en el cumplimiento de sus deberes sabe tocar á la altura de los héroes en los campos de batalla. Los *Apuntes sobre Gibraltar*, que publicó en 1883, reflejan en su espíritu los pensamientos recónditos de las reivindicaciones patrias. Sus trabajos, ya de Cuerpo, ya de oficina, nunca entorpecieron sus estudios en los libros, sus estudios en los archivos de la nación, sus estudios en la meditación y en la labor infatigable de su inteligencia. Se adhirió á todas las emociones de sus compañeros de armas y de Cuerpo, cuando el Gobierno español trató de dotar á nuestro ejército de un arma reglamentaria portátil á la altura de las exigencias generales del tiempo. Concurrió á todos los ensayos previos que se practicaron en el polígono de Carabanchel, y se asoció con entusiasmo á las reformas que en el tipo original se propusieron para constituir el tipo reglamentario español.

Había sido esta una cuestión de suma importancia, que interesó el espíritu de nuestro Ejército, conocedor del sacrificio que se imponía á nuestro extenuado Erario con una transformación de armamento, que en el progreso incesante de nuestro tiempo, y en los cambios radicales que sufren de la noche á la mañana y á cada nueva invención ó á cada nuevo descubrimiento todos los instrumentos de la guerra, nunca puede adivinarse el tiempo que prolongará sus condiciones de supe-

rioridad. Porque si desde la introducción de la pólvora en los elementos de combate hasta el siglo XVIII apenas se registra una revolución completa en la sustitución de estas armas, la motivada por la adopción del fusil sobre el mosquete, desde el primer tercio de este siglo, y desde la introducción de las cápsulas de fulminatos proscribiendo las llaves de eslabón y de chispas, todas las naciones militares de Europa, Francia, Prusia, Inglaterra, Austria, Rusia y hasta Suiza, no se han dado punto de reposo en ensayar nuevos adelantos, en 1831, en 1865, en 1866, en 1867, y desde entonces casi sin cesar, produciendo tantos sistemas que han gozado el aura de la superioridad por algún tiempo, como el Lindú, el Remington, el Berdan, el Winchester, el Martini, el Enfield, el Chassepot, el Dreyse y otros; pero que al cabo en su mayor parte ó se han modificado ó se han proscrito.

Estas prescripciones no pueden menos de ser onerosísimas para el Tesoro de las naciones que tienen que sancionarlas. En España espanta la cifra á que asciende el cambio del Remington, de que estaba dotado nuestro Ejército, por el Maüser. Esta consideración, y la suma de observaciones hechas en los ensayos del Maüser, hizo pensar al Teniente Coronel Santa María en la posibilidad de la reforma del Remington, otorgándole análogas condiciones á las del nuevo fusil reglamentario, y conquistando en favor del Estado una considerable economía. No le arredró saber que Suecia no había conseguido el éxito de esta reforma, que tuvo que abandonar después de haber transformado 20.000 fusiles. Calculó las suyas, las propuso al Ministerio de la Guerra, y, autorizado para los experimentos y ensayos, alcanzó éxitos bastante satisfactorios. E indudablemente, de no haber las insurrecciones coloniales obligado al Gobierno á apresurar la uniformidad del armamento entre todos los institutos armados, para responder inmediatamente á las exigencias de la guerra en Cuba y en Filipinas, los proyectos del Teniente Coronel Santa María, recomendados por los ensayos que se han hecho, habrían podido

atenuar los costosos dispendios á que las necesidades de la campaña nos han compelido.

La *Memoria* que detalla estos proyectos, los cálculos en que se basan y los resultados de las experiencias verificadas, de tal modo se han impuesto al equitativo y alto criterio de la Junta consultiva, que el Sr. Santa María ha sido propuesto para la merecida recompensa de las disposiciones vigentes.

En este caso, como en todos los precedentes que han sido objeto de nuestro estudio, la base de nuestra tesis se afirma siempre. El libro evidentemente decae por todas partes; pero cuando el libro es útil, el libro determina la escala de nuestra civilización, y el libro se produce y se lee.

Algunas de las obras diseñadas están escritas para el servicio exclusivo de los altos centros militares, contienen datos de reserva y no están destinadas á la publicación. De la importancia de otros de los enumerados para la instrucción del Ejército, habla muy elocuentemente, que, después de los brillantes informes de los Centros consultivos, haya sido propuesta su publicación á cargo del Depósito de la Guerra. Muchos han ido apareciendo por cuadernos en los fascículos de los *Memoriales de Artillería y de Ingenieros*, y en los demás periódicos, publicaciones técnicas y oficiales.

El profano tal vez no vea sino la repetición de unos mismos temas en la materia de que algunas de estas obras están formadas. Un recto discernimiento basta para poder diferenciar, aun en sus indubitables analogías, los puntos esenciales que las individualizan y distinguen, por ejemplo: el estudio de las pólvoras se hace siempre de una manera fundamental en las obras de Mas y Zaldúa, de Díaz Ordóñez, y de Banús y Comas. Pero en ninguna de las tres obedece á una misma base de aplicación ni á un mismo aspecto científico. Mas y Zaldúa atiende principalmente á los elementos de su composición respectiva y á los sistemas para su fabricación, aunque no de analizar las cualidades intrínsecas y extrínsecas de cada especie de ellas; Díaz Ordóñez las relaciona más profunda-

mente con su aplicación y sus resultados en la balística de la Artillería, y Banús y Comas las estudia en los formidables efectos de sus expansiones en las minas militares.

Lo propio acontece con las tres *Memorias* reseñadas sobre artillería de tiro ó fuego rápido. Canterac forma su clasificación y su inventario, y así las describe; Vargas Oviedo y Mata Maneja, la analizan individualmente en sus resultados prácticos dentro de las mismas fábricas donde se forjan, para proponer á la superioridad el mejor tipo y que se declare reglamentario, y Díaz Ordóñez, creador feliz de tantos inventos laureados en el Arma, expone su cañón de 12 centímetros, de invención enteramente española, y superior en todas sus condiciones á cuantos hasta el día la ciencia militar ha calculado y la industria militar ha construído.

Algunas obras de las enumeradas serán juzgadas de concepto común ó elementales; pero de cualquier modo, es un cuadro que llena de orgullo el prestigio científico-militar de España, que en dos sólo años, y en medio de los aflictivos empeños por que pasa nuestro Ejército en Cuba y en Filipinas, produce un catálogo de libros de alta ciencia, que quedarán permanentes en los anales de nuestro progreso intelectual, en el que se comprenden en materia táctica, el *Reglamento para la instrucción de las tropas de Administración militar*, de Bringas Azpilcueta; la *Memoria de la organización del Batallón de Telégrafos*, de Suárez de la Vega, y las *Cartillas*, de Gallego Carranza; en materia didáctica, la *Geometría analítica*, de Berenguer, y la *Química é Industria militar*, de Más y Zaldúa; en materia histórica, la *Guerra de anexión de Portugal*, del General Suárez Inclán, y en materia de altos estudios técnicos, el *Servicio de Etapa*, de Correa Oliver; el *Memorándum del Oficial de Estado Mayor*, de Victory y Taltabull; las tres obras sobre *Artillería de fuego rápido*, del Conde de Canterac, Vargas Oviedo y Mata Maneja y Díaz Ordóñez; las *Minas militares*, de Banús y Comas; la *Balística abreviada*, de Lallave García, y la *Anatomía quirúrgica y traumatología craneal*, de Sloker y de la Pola.

Pocas literaturas científico-militares de Europa, ni aun incluyendo las grandes potencias que más se destacan en los progresos del arte militar, ofrecen en el espacio de dos años una bibliografía más varia, más profunda y más importante. Claro es que la nuestra corresponde al grado de instrucción y cultura militar que nos corresponde; pero aun así, el paso está dado, y á todos los que se interesan por el prestigio de nuestro Ejército, que siempre es uno de los factores más importantes por los que se avalora el poder de las naciones, importa que este movimiento ni se interrumpa ni se debilite.

El General Azcárraga, para fomentarlo en los dos años últimos, ha sabido hacer el mejor uso, con el tacto y la moderación que le distinguen, de los medios de emulación y de estímulo que las disposiciones vigentes sobre recompensas ponen en las manos de los que llevan la suprema dirección administrativa de la Guerra. Que su ejemplo inspire á los que le sucedan, y que la patria pueda apreciar dentro de otros dos años análogos ó crecientes resultados.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

DE ALGUNAS COSTUMBRES DE LOS MAHOMETANOS

EN LOS ENTIERROS Y FUNERALES

Siempre que la casualidad, como principal agente de toda investigación arqueológica dentro y fuera de España, ha puesto al descubierto inopinadamente restos de sepulturas mahometanas, y con ellos, en ocasiones, algún que otro monumento litológico, de forma y dimensiones diferentes,—hemos sentido estimulada nuestra curiosidad con el anhelo de conocer, si tal era ya posible, la tradición al menos seguida por los musulmanes españoles en sus enterramientos y macboras.

El lapso del tiempo; las vicisitudes de todo género experimentadas por las poblaciones en el flujo y reflujo constante de la Reconquista; el crecimiento y natural desarrollo de aquellas, antes y después, principalmente, de su definitivo rescate; las diversas transformaciones de las mismas, y aun el odio que desde el siglo XVI principalmente hubo, de inspirar á los cristianos cuanto dijera en algún modo relación con prácticas y costumbres del pueblo muslime,—ya entonces morisco,—entre otras varias particulares, han sido causa de que en nuestros días no nos haya sido dado conocer ninguno de aquellos monumentos funerarios, de mayor ó menor suntuosidad y riqueza, que fueron ornamento y gala en los cementerios privados y en los públicos de los musulimes.

Por las dimensiones y formas de las lápidas y de los epígrafes sepulcrales descubiertos hasta el presente—supuesta la natural influencia ejercida por unos pueblos sobre otros—compréndese, sin grave dificultad ni esfuerzo, que los musulmanes no siguieron siempre ni se acomodaron tampoco á un solo y único sistema para la inhumación de los cadáveres, y que, por tanto, las tumbas, según la categoría y los medios de las personas, afectaban también formas diferentes conforme ocurre en todas partes.

Como pueblo que cree en otra vida, donde ha de recibir el premio ó el castigo á que el mortal se haya hecho acreedor en ésta, los mahometanos consideran sus enterramientos lugares de tránsito y de residencia provisional (1), en los cuales ha de aguardar la criatura el momento terrible y supremo de la resurrección, para comparecer ante Alláh, el dios único, cargada con el fardo de sus culpas, y esperar el juicio divino que, ó ha de conducirlo á las estancias del Paraíso para gozar en ellas toda suerte de dichas y deleites, ó ha de precipitarle en las horribles llamas devoradoras del infierno, para recibir toda clase de tormentos y castigos.

Guía y norte de las acciones del muslime, son fundamentalmente los preceptos contenidos en el Korán, la *Sunna* y los *Hadits* ó tradiciones piadosas, con la práctica de las virtudes; y como todo buen musulmán procura ostensiblemente cumplir por lo menos los cinco mandamientos principales de la ley que profesa, y que simboliza en la mano abierta,—con tanta fre-

(1) En la inscripción cúfica de un *channabiat* de mármol onix, de contornos prismáticos, que al lado de la tumba de Abú Hammu halló Mr. Brosselard en Tremecén, entre otras sentencias se lee la siguiente: «*El sepulcro es un lugar de descanso destinado al viajero*» (*Mémoire épigraphique et historique sur les tombeaux des émirs Beni-Zeiyan*, página 69), y más claramente lo atestigua el Korán, donde repetidas veces se lee esta sentencia: «La vida de este mundo no es más que un juego, un pasatiempo; vale más, para aquellos que temen á Alláh, la vida futura» (Sura VI, aleya 32).

cuencia reproducida á modo de emblema en los monumentos granadinos de todo género,—espera siempre con tranquilidad ejemplar, y hasta cierto punto orgullosa, la hora de la muerte, sin que arredren ni conturben su ánimo los temores de cuanto ha de pasar su alma antes de comparecer á la presencia divina.

Para los fieles en la ley del Islám, la muerte es una puerta por donde todos han de pasar indefectiblemente; es el término natural de lo creado; el brebaje que ha de gustar todo nacido; el camino que han seguido en su peregrinación por la tierra los primeros, y el que seguirán los últimos, sin duda alguna. Y como es inevitable, y está escrito, y ha de suceder siempre así hasta la consumación de los siglos, resígnanse con más ó menos piedad, y no tiemblan ni desmayan cuando la hora fatal se acerca, seguros de la justicia de Alláh, y más aún de la inagotable clemencia divina, la cual impetran por la mediación del profeta Mahoma, condiciones en que se diferencian bastante los musulmes de la generalidad de los cristianos (1).

Cuatro son las clases de muerte que distinguen los islamitas, dando á cada una de ellas denominación diferente. Llaman *la muerte roja* (*al-maút al-ahmár*) á la que sobreviene con efusión de sangre; *la muerte blanca* (*al-maút al-abiadh*) á la natural y sin violencia; *la muerte negra* (*al-maút al-asquad*) apellidan la producida por estrangulación; y finalmente, *la muerte verde* (*al-maút al-ajdhrá*), la que para el mundo sobreviene, cuando el musulmán se consagra lejos de sus semejan-

(1) D. José María de Murga, el *Moro Vizcaino*, apellidado el Hach Mohamed el Bagdady, hablando de los moros propiamente tales, dice, con efecto: «El Mahometano ve acercarse su última hora sin temor, con una indiferencia completa, por no decir alegría; y diciendo su profesión de fe, ó invocando tan sólo el nombre de Dios, espira con una tranquilidad, que es menester haberla visto para poder llegar á comprenderla» (*Recuerdos marroquíes del Moro Vizcaino*, Bilbao, 1868, pág. 25 de la monografía *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos*).

tes á la vida contemplativa en alguna *zaguya*, ó lugar retirado de poblado, ó entrando en cualquier congregación religiosa, en la que hace dejación más ó menos absoluta y perpetua de su personalidad, con el sacrificio de su vida.

Fuera de los casos en que es producto del crimen ó resultado de sentencia judicial, la *muerte roja*, como la más aceptada y agradable á Alláh, debe de ser también para todo buen musulme la preferida y más honrosa, siempre que la reciba combatiendo con fe por la causa de Alláh, en defensa de la religión y en el camino derecho, que es la ley del Islám, pues reiteradas veces Mahoma lo expresa y determina solemnemente, ora declarando que á los que combaten en el sendero de Alláh les espera en la otra vida recompensa superior á la que han de recibir los demás fieles (1), ora que ocuparán puesto más elevado y preferente en la presencia de Alláh (2), y vivirán entre los encantos del Paraíso eternamente y para siempre (3), y por último, manifestando que aquellos que han sido muertos en el sendero de Alláh son inmortales (4).

Mártires de la fe, purificados quedan desde luego con la sangre que han derramado por sus heridas, y no habrá á los ojos de Alláh, el día que ante Él comparezcan, cosa que le sea más grata ni de mayor pureza que las vestiduras desgarradas y manchadas de sangre, con las cuales se presentarán los que hayan sucumbido por la causa santa, y que atestiguarán de su martirio. Les serán perdonadas todas sus culpas, al ser el alma separada del cuerpo; y cuando el ángel *Azrafiel*, llamado por otro nombre el «ángel de la bocina», reciba el alma de los mártires, ó recojan su último suspiro *Nakir* y

(1) *Korán*, Sura IV, aleya 97.

(2) *Id.* Sura IX, aleyas 20 y 89.

(3) *Id.* *id.*, aleyas 22 y 90.

(4) *Id.*, Sura II, aleya 149: «No digáis que aquellos que han sido muertos en el camino de Alláh, están muertos. Están vivos; pero no lo comprendéis vosotros.»

Monkir, á quienes dan nombre también de «enviados de Alláh», hallarán expedito y franco el paso á los jardines delectables del Paraíso, donde les esperan por una eternidad goces sin fin, y donde, tanto tiempo cuanto duren los cielos y la tierra (1), permanecerán en brazos de aquellas criaturas extraordinarias y de todos colores, que por voluntad divina han de ser siempre vírgenes para los bienaventurados.

La *muerte blanca*, es decir, aquella que sobreviene naturalmente y por decreto de Alláh, ó lo que es lo mismo, cuando *Azariel*, el angel de la muerte (*malak-al-maút*), que vive en el tercer cielo, según Mahoma, y es el confidente de Alláh, borra del libro de la vida, puesto á su cuidado, el nombre de las criaturas que han llegado ya al término de la existencia (2), lleva consigo exigencias distintas que la *muerte roja*. Partiendo del principio de que, conforme en el Korán se indica, todos los que creen en Alláh y le temen tienen constantemente á su alrededor ángeles encargados de velar por ellos (3) y protegerlos, y de que Alláh ha de pagar á todos el precio de sus obras, porque está al corriente de ellas (4),—necesita, sin embargo, el musulmán hacer la protestación de fe indispensable, invocando el santo nombre de Alláh y el de Mahoma, y pedir el perdón de sus culpas, arrepintiéndose de ellas.

(1) *Korán*, Sura XI, aleya 110.

(2) Este ángel, que es de tan prodigiosa estatura que de su ojo derecho al izquierdo no hay menos de sesenta mil jornadas de distancia, tiene por misión la de escribir en el libro de la vida los nombres de los que han de nacer, calcular los días de los vivientes, y borrarlos del libro á medida que llegan al término prefijado por sus cálculos. Para cumplir sus mandatos tiene á sus órdenes cien mil ángeles que le obedecen, y cada uno de los cuales es más fuerte por sí solo que cien mil batallones de guerreros aprestados para el combate (Malo de Molina, *Viaje á la Argelia*, pág. 222). El alma viva no muere sino con el permiso de Alláh, con arreglo al libro que fija el término de la vida (*Korán*, Sura III, aleya 139).

(3) Sura XIII, aleya 12.

(4) Sura XI, aleya 113.

Purificada el alma por medio de las buenas obras ejecutadas en vida por el difunto, por el cumplimiento de los preceptos koránicos y por la perseverancia en la fe del Islám, hácese indispensable purificar también el cuerpo, á fin de que el día de la resurrección comparezca sin mancha alguna á la presencia de Alláh, y en este caso se procede en la misma forma ritual empleada para con el cadáver de Mahoma, el cual fué primeramente lavado con agua pura, y después de haberle enjugado bien y espolvoreado con alcanfor, fueron perfumadas con esencias escogidas las siete partes que tocan la tierra durante la oración, es decir, los pies, las rodillas, las manos y la frente, y según el rito del *quaddo* ó ablución sagrada, humedeciéndole luego el semblante, los brazos, las palmas de las manos y las plantas de los pies (1).

Según la *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y Çunna*, recogida y recopilada por el «onrrado sabidor, moftí y alfakí del aljama de los moros de la noble y leal ciudad de Segovia Don Iça Jedih», Chébir ó Xébir, en los varios manuscritos de que se sirvió el docto Gayangos para la publicación de aquélla (2),—«el bañar al muerto no ay tasa cierta en ello; mas báñelo quien mejor supiere, de manera que quéde limpio: prímanle (3) su biente piadosamente porque salga la rudeza que se le remobió con las congoxas de la muerte, cubierto su cuerpo con una sábana, y echen agua sobre él, bañándolo como cuando se baña el bibe con su *alquaddo*, bolbiéndolo del un cabo al otro.» «Bien passa que bañe el marido á la mujer y la mujer al marido, y la mujer al muchacho, quando es de poca edad.» «No le quiten al muerto cabellos, ni uñas, ni lo *hatenen* (4), ni le quiten cosa de su

(1) Véase cuanto respecto de la muerte y funerales del Profeta Mahoma refiere Delaporte, *Vie de Mahomet d'après le Corán et les historiens arabes*, págs. 551 y siguientes.

(2) *Memorial Histórico Español*, t. V.

(3) «Apriétenle, comprímanle» (Nota del Sr. Gayangos).

(4) «Hatenar..... es circuncidar» (Nota del Sr. Gayangos).

cuerpo, sino alímpiendolo quanto puedan.....» «Pónganle olores buenos en los lugares del *çuchud*» (1), ó lo que es lo mismo, en aquellas partes del cuerpo que tocan en tierra al hacer la adoración ó humillación, y que son, cual se indica respecto de Mahoma, los pies, las rodillas, las manos y la frente.

En Argelia, «cuando los últimos momentos se aproximan, que es la ocasión de protestar la fe y de dar el testimonio á Alláh (*xahada*),—uno de los asistentes pronuncia muchas veces seguidas y sin intención ostensible, las palabras: *La-Iláh-ila-Alláh! ¡Sidina Mohámmad rasul-Alláh!* No hay otro dios sino Alláh (el dios por excelencia). ¡Nuestro señor Mahoma es el enviado de Alláh! «Los circunstantes repiten en seguida estas palabras, hasta que el moribundo ó la moribunda dice á su vez, y sin haber sido invitado para ello, la frase sacramental, ó, si no puede hablar, coloca sobre sus labios el índice de la mano derecha señalando al cielo, lo cual basta para indicar que reconoce y proclama el dogma islamita.

«No se debe violentar al moribundo para hacer la recitación del testimonio ó confesión, y si la muerte sobreviene sin que la profesión de fe musulmana haya sido hecha, créese que el desdichado ó la desdichada han salido del mundo sin hallarse en estado de gracia.....» «En seguida de lanzar el último suspiro, un anciano ó un pariente se apresura á cerrar los ojos y la boca del cadáver», y tratándose de la mujer, dice especialmente el autor de quien copiamos estos detalles: «Después de alejar á todo el mundo de la cámara mortuoria, y de sacar los hijos de ella, los parientes salen sollozando, y apenas han salido, cuando dos mujeres de edad, conocidas por su piedad y su destreza en hacer las abluciones según el rito, llegan apresuradamente, y con jabón, agua caliente, tiras de tela de lana, ó simplemente un pedazo de tela de algodón, proceden á lavar todas las partes del cuerpo, enjugándolas después para

(1) *Mem. hist. esp.*, t. V, págs. 299 y 300.

vestir en seguida el cadáver con religioso esmero, *toilette* funeraria en que el alcanfor no es olvidado» (1).

Practicadas estas ceremonias litúrgicas preliminares, y siguiendo siempre el ejemplo de cuanto se hizo con el cuerpo del Profeta en Medina, se procede á amortajar el difunto «en tres lienços, ó cinco, ó siete, blancos, hechos tiras, ó camisas una sobre otra de grado en grado», prescribiéndose, á lo menos por lo que en España á Castilla en especial se refiere, que «no sea amortajado en seda nin en sirgo, ni le metan oro ni plata ni otra cosa» (2), pues Mahoma fué amortajado con tres vestidos, de los cuales, los dos primeros, la camisa y la túnica, eran blancos, mientras el tercero era un traje de tela rayada del Yémen, que fué colocado sobre los otros (3).

La mujer, en el África argelina, después de la ablución, es amortajada con una camisa de algodón muy larga, que ha de cubrirle el pecho, los brazos y las rodillas, poniéndole después un pantalón que llega sólo hasta el tobillo, y colocando por encima una amplia *alcandora* (4); el rostro queda oculto por un velo ligero (*jemar* ó *jimar*) (5), y la parte superior de la cabeza desaparece bajo un enorme gorro llamado *cófia*, terminando estos detalles con envolver el todo en una gran tela que se ata en el occipúcio, á la altura del cuello, del pecho, de las caderas y á la parte inferior de los pies, en cinco lugares distintos, por que Alláh, siendo único, ama la unidad y la imparidad. «Durante todas estas operaciones, se rocía la mortaja

(1) El General E. Daumas, *La vie arabe et la société musulmane*, páginas 135 y siguientes.

(2) *Mem. hist. esp.*, t. V, pág. 300.

(3) Delaporte, *Op. et loc. cit.*

(4) Camisa de tela blanca y ligera.—Probablemente, según Simonet se deriva del latín *candidula*. Los moros granadinos las usaban de seda, paño, lino, algodón y estopa.

(5) Velo de mujer, según Golius, que oculta la garganta, la barba y la boca, y que se anuda sobre la cabeza Dozy, *Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les arabes*, págs. 169 y 170).

con aguas aromáticas y agua del pozo Zem-Zem», debiendo advertir que las gentes ricas cubren el cadáver con cuatro camisas, cuatro *alcandoras* y cuatro grandes telas de las que se llaman *kexer*, y que para expresar que una mujer pertenecía á una gran familia, se dice que *ha sido enterrada con cuatro mortajas* (1).

Abd-el-Cader, contestando ciertas preguntas relativas á este asunto, que le habían sido dirigidas por el autor de quien tomamos estos detalles, afirma, contra lo prevenido por el faquíh de la Aljama de Segovia don Içe Gebir, que «está permitido por la ley enterrar las mujeres con vestidos de seda, mientras está prohibido para los hombres, y que los ricos pueden, si quieren, adornar las mujeres con telas las más suntuosamente bordadas», corroborando su aserto con la anécdota siguiente: «Cuéntase que un árabe, descendiente de una familia muy rica, viéndose por consecuencia de inmerecidas desdichas reducido á la mayor miseria, se decidió á hacer abrir los sepulcros de sus antepasados. Cuando llegó á los de las mujeres, sus parientes, halló en ellos tal cantidad de telas preciosas, que, haciéndolas quemar, obtuvo bastante oro y plata para pasar el resto de su vida con gran desahogo» (2).

«El oro y las pedrerías están prohibidos á la mujer en la tumba, siendo despojado el cadáver de los zarcillos y de los collares; pero puede dejársele los anillos que llevaba en su última hora» (3); y aunque esta costumbre argelina está conforme con lo prevenido por el alfaquíh segoviano á quien arriba hemos aludido, no debió, sin embargo, ser práctica constante en todos los países mahometanos, á juzgar por lo que se refiere en algunos de los cuentos de *Las mil y una noches*, por más que con relación á España lo compruebe el hecho de no haber hallado en las tumbas musulmanas sino anillos, generalmente

(1) Daumas, *Op. et loc. cit.*

(2) Idem, *Op. cit.*, pág. 145.

(3) Idem *id.*, pág. 136.

de plata, y con ellos, por excepción, sencillísimos zarcillos de aquel metal, que no revelan riqueza seguramente en la persona que hubo de usarlos.

«El marido que acaba de perder una esposa querida—continúa el general Daumas—no olvida nunca colocar sobre la cabeza de la difunta un escrito que se ha proporcionado de algún marabut, reputado por su santidad; lleva este escrito el nombre de *berát-us-sual*, la respuesta á la interrogación, y está destinado al ángel que debe ajustar la cuenta de la vida pasada, teniendo por objeto conquistar su benevolencia. He aquí lo que ha de preguntar invariablemente el ángel del último día:

«¡Oh tú, que fuiste tan presuntuoso durante tu vida!

¿Cuál es tu dios?

¿Cuál es tu religión?

¿Cuál es tu *quiblah* (1)?

¿Cuál es tu guía?

¿En quién has colocado tu esperanza?»

«La difunta debe responder:

«¡Mi dios es Alláh, el único!

La religión musulmana es la mía.

La Mecca es mi *quiblah*.

El *Korán* es mi guía.

Yo he puesto mi sola esperanza en la misericordia de Alláh» (2).

Esta costumbre, reservada hoy en la Argelia exclusivamente para la muerte de las mujeres, parece hubo de ser en algunas partes de España usada también para los hombres, pues don Içe Gebir escribe: «Algunos usaron abisar la demanda y respuesta de la fuesa del defunto después de sepultado» (3),

(1) Lugar hacia el cual deben volver los musulmanes en sus oraciones.

(2) Daumas, *Op. cit.*, pág. 137.

(3) *Mem. his. esp.*, t. V, pág. 302.

lo cual implica que no se hizo por igual procedimiento, sino que acaso, después de inhumado el cadáver, los parientes, ó el más cercano, pronunciarían delante del sepulcro las palabras que debían servir de respuesta á las preguntas que el día del juicio habrá de dirigir el ángel Azariel á los muertos.

No debe acercarse á éstos persona que no tenga *tahor*, ó lo que es igual, que no se haya purificado por medio de la ablución después de ocurrido el fallecimiento (1), y una vez terminadas estas operaciones preparatorias para el entierro, deben conducir el difunto al cementerio «quando aya pasado la ora del *açala* (oración) sobre él, y si oviere mortandad, no aguarden á ninguna ora del *açala*, y bayan delante del *alchaneza* ó funeral, y no detrás; ni siga *alchaneza* quien no lleve *tahor*; ni baya muger ninguna si no sea muger, madre, hermana, ó *ama* ó *hala* ó su semejante» (2).

Aly Bey el Abbassí (D. Domingo Badía y Leblich), hablando de las costumbres funerarias de Tánger, refiere que «luego que muere un musulmán lo colocan en unas parihuelas, cúbrenlo con su *hhaik*, y algunas vezes con ramas de árboles; condúcenlo cuatro hombres y le acompaña gran número de personas, sin guardar orden entre sí ni dar alguna señal de luto, y marchando á pasos precipitados.» «La comitiva se dirige hacia la puerta de una mezquita á la hora de la oración del medio día; terminada ésta, el imám anuncia que hai muerto á la puerta; todos se levantan para orar brevemente en común por el reposo del alma del fiel creyente; pero el cadáver no entra en la mezquita» (3).

En Argelia, «una vez purificado el cuerpo de la difunta, encienden cirios y hacen entrar en la cámara mortuoria á los *tolbas* (lectores del Korán) que han sido convocados para reci-

(1) *Mem. his. esp.*, tomo V, pág. 299 citada.

(2) *Idem*, id., pág. 300. *Ama*, ó mejor *amma*, es la tía paterna, hermana del padre; *hala*, la tía materna, hermana de la madre.

(3) Viajes de Alí-Bey el Abbassí, t. I, pág. 32.

tar allí invocaciones, y decir de memoria fragmentos del Korán, y algunas veces el Korán entero. Cumplido este deber, pronuncian el *fatah*, el *taquebir*, y por último el *daa* (los votos)..... y salen después de terminada su misión, siendo reemplazados por una improvisadora (*guala*), mandada algunas veces desde muy lejos por la familia», y que en medio del desconcierto producido por las lamentaciones de los parientes, improvisa una serie de alabanzas en honor de la muerta, parecidas á nuestras letanías, las cuales duran una hora ó dos, hasta la del entierro, que se verifica ordinariamente el mismo día del fallecimiento, ó al siguiente muy de mañana si aquél ha ocurrido al principio de la noche, pues Alláh ha dicho: «Apresuráos á enterrar vuestros muertos á fin de que gocen pronto de la dicha eterna, si es que han fallecido siendo virtuosos, y con el propósito de alejar de vosotros criaturas condenadas al fuego, si su vida ha acabado en el mal y en el pecado.»

«De conformidad con este precepto, los parientes, los amigos y los vecinos son prevenidos á tiempo, y en la vecindad se dice: Fulano entierra á su mujer hoy, á tal hora; y hombres, mujeres y niños, ricos ó pobres, llegan de todas partes, á pie ó á caballo, sobre mulas ó sobre camellos, siendo siempre la concurrencia numerosa, porque conducir un muerto á su última morada es una acción meritoria, que se considera como una buena obra en el otro mundo. La ley prohíbe la oración fúnebre en las mezquitas, y los muertos son directamente conducidos desde la casa ó la tienda en que han fallecido á los cementerios públicos» (1).

La ceremonia de los funerales en Turquía, por lo menos en lo que se refiere á Constantinopla, tiene en medio de su sencillez algo de patético, según afirma un escritor moderno: luego de lavado el cuerpo conforme previene el ritual prescrito, es envuelto el cadáver del varón en tres sudarios, y en cinco si

(1) Daumas, *Op. cit.*, págs. 139 á 141.

es hembra, quedando reservado para la cabeza el *ikhrám* ó velo con que el difunto, como los demás que han hecho la peregrinación á la Mecca, se cubren la cabeza durante el cumplimiento de sus devociones y ceremonias alrededor de la Cãaba. Amortajado de tal suerte, el cuerpo es colocado sobre unas andas, y conducido á pasos precipitados al cementerio por los parientes y los vecinos, cortejo al cual se agregan con frecuencia las gentes, ociosas ó no, que le hallan en su camino. Una vez llegados al borde de la fosa, el imám, ó en su defecto el heredero natural del difunto, ó su más próximo pariente, retira de las andas con precaución el cadáver, y lo deposita en el suelo, de costado, con el rostro vuelto hacia la Mecca, pronunciando luego la oración fúnebre; y después de haber llamado tres veces consecutivas al muerto por su nombre y por el de su madre, le cubre de tierra, excepto la parte superior que queda preservada de contacto con la tierra por medio de un puentecillo de madera ó de cualquiera otro material utilizable, haciéndose, por último, en la superficie una excavación destinada á las flores y las plantas que los parientes del difunto depositan en su tumba (1).

Por lo que antecede, échase de ver la diferencia de costumbres entre las actualmente seguidas en Argelia, las de Tánger, las de Turquía y las españolas, pues la *Sunna* previene para Castilla que «lleben el *alchaneza* lo más que puedan de cara al *alquibla* en el *annâx* (litera, féretro); y si hay muchas *alchanezas* ó más de una, póngalas el *alimem* (*imám*, sacerdote) á par de sí, y los barones delante y las mujeres detrás, y hagan su *açala* en rogativas y con *adua* (oración, suplicación) de barones; y no bañen ni hagan *çala* sobre quien naciere muerto, que no lloró ni hizo cosa de bibir, pues ni hereda ni es heredero.»

«La doctrina y los actos son los siguientes: ase de poner el

(1) Ubicini, *La Turquie actuelle*, (Paris, 1855), págs. 90 y 91.

alfaquí al hombre á mitad del cuerpo, y á la mujer á sus hombros: para el *açala* echarán las manos, diciendo: *Alláh-ua-aq-bar* (1). Los loores son ad Alláh, que mata y rebilca (2) los difuntos, y á Él son las gracias y las grandezas, y los mayoríos, y Él es sobre toda cosa poderoso! Prosigue el imám la oración invocando la piedad divina para el difunto, y después que a dicho tres veces *Alláh-ua-aqbar*, que con la primera *ataque-bira* (3) serán quatro, y después de todas dichas, diga: ¡Señor Alláh! Perdona nuestros bibos y nuestros muertos, á los presentes y absentes, grandes y pequeños, hombres y mugeres, que Tú sabes nuestros fines; y pues tenemos esperanza en tu piedad, da passada de nuestros yerros y pecados. ¡Señor! Defiéndele del escándalo de la fuesa y de las penas de *Chihana-ma* (4), y danos buen fin de nuestros días! *Amin*. Y después dará *açalam*.» «Si fuere mujer mudará los bocablos como de mujer; si fuere criatura, a de decir que perdone Alláh á sus padres, y les apesgue su pesso el día del juyzio» (5).

En Tánger, acabada la oración, que se dice en la mezquita, «vuelve la comitiva á ponerse en marcha, y camina siempre á pasos precipitados, porque el ángel de la muerte aguarda al individuo en el sepulcro para hacerle sufrir un interrogatorio», lo mismo que en Argelia, «y pronunciar el fallo que ha de decidir de su suerte.» «A cada instante se remudan los conductores, porque todos desean participar de aquella obra de misericordia.» «Mientras dura el camino, todos van cantando versículos del Corán sobre el aire *re do re do*» (6). Por lo que hace á Marruecos, «luego que un enfermo se halla próximo á la muerte, vienen los *Talbes* (especie de sacristanes) que le auxilian cantando

(1) Dios es el más grande (*Allah-ua-aqbár*).

(2) Está por *rebibca*, *revivificar*, resucitar.

(3) El acto de decir *Alláh-hua-aqbar*.

(4) El fuego eterno: el infierno.

(5) *Mem. hist. esp.*, págs. 300 á 302.

(6) *Viajes de Ali Bey el Abbassí*, t. I, pág. 32 cit.

coplillas del Zalah» (1). «Si el moribundo contesta ó tiene aliento para responder, se salva de seguro; sinó, es dificultoso, á menos que el Rey se lo dispense ó haya muerto por pelear contra cristianos, en cuyo caso se canoniza, por haber perdido la vida en defensa de su fe.»

«Luego que espira, le rezan, llaman al barbero que lo afeite, y después le dan un baño, le perfuman y amortajan de blanco, disponiéndolo así con tanto aseo para las bodas que debe celebrar en el Paraíso.» «Puesto el cadáver en el féretro, cubren éste con un grande y blanco lino, colocando también sobre él, si es de mora joven, todas las mejores galas que tuviere.» «Hay entonces gran llanto de las mujeres propias y de cierto número de plañideras, hasta que le llevan á enterrar.»

«Llegado este momento, es conducido al cementerio muy acompañado, y cantando los Talbes en dos coros, *Alláh, Afláh, Jim Alláh*» (2); según otro escritor, «en los entierros, lo único notable es que los muertos son conducidos en parihuelas descubiertas.» «Si el cadáver es de un hombre, ó de un niño, va cubierto con un paño blanco ó con un jaique; el de una mujer se conoce en que en la parihuela van colgadas ropas de vestir, cuyos colores chillones anuncian el buen gusto de la difunta» (3).

Leonardo Frescobaldi, al visitar Alejandría en 1384, refiere que una de las costumbres de los habitantes de aquella ciudad «es la de acompañar con mucha solicitud los muertos á los cementerios, estando éstos situados fuera de la población, en una llanura, hacia la antigua Alejandría.» «Si el difunto es rico—dice—su familia hace seguir el entierro de gran número de sportilleros que llevan carneros, dando con ellos de comer en seguida por caridad á los pobres y á los sacer-

(1) *Ssaláh*, oración.

(2) D. Fernando Amor, *Recuerdos de un viaje á Marruecos* (Sevilla, 1859), págs. 99 y 100.

(3) Adolfo von Conring, *Marruecos, el país y los habitantes*, pág. 230.

dotes musulmanes» (1). Por lo que hace á Damasco, en el mismo siglo XIV, Ibn-Bathuthah hace observar que sus habitantes «guardan un orden admirable al acompañar los cortejos fúnebres, marchando delante del féretro—como en Castilla sucedía, según el faquíh de Segovia—y los lectores van leyendo el Korán con tales modulaciones en la voz, que excitan á llorar, é inspiran tal piedad que arrebatada el alma.» «Hacen oración sobre la *alchaneza* en la mezquita-aljama, delante de la *macssura*.» «Si el difunto es uno de los imames de la mezquita-aljama ó mayor, ó uno de sus almuédanos, ó de los servidores del mismo templo, introducen en éste el cadáver, y continúan la lectura hasta el lugar de la *ssaláh* ú oración; pero si es persona de condición distinta, suspenden la lectura á la puerta de la mezquita, y entran en silencio con el féretro.» «Después, cierto número de acompañantes se reúnen alrededor de la *alchaneza* en la nave occidental del patio, cerca de la *Puerta Al-Barid*, y se sientan, teniendo delante las cajas donde guardan el Korán, y leyendo en él.» «A medida que algún personaje notable de la ciudad viene á incorporarse á las honras fúnebres, levantan la voz para anunciarle, diciendo: *En el nombre de Alláh! Fulano-ad-din,*» etc.; y cuando la lectura ha terminado, los muédanos se levantan y dicen: «Reflexionad y meditaad bien vuestra oración sobre tal individuo, el piadoso, el sabio....., y le describen por sus buenas cualidades, después de lo cual hacen oración por el difunto, y le conducen al lugar destinado para su sepultura» (2).

Cuando á principios del presente siglo visitó la Mecca Baddía y Leblíh (Ali Bey El Abbassí), hubo de notar que allí «los entierros se practican sin ceremonia alguna.» «Conducen—dice—el cadáver al pie de la Kaaba, donde los fieles con-

(1) Defrémery y Sanguinetti, *Voyages d'Ibn Batoutah*, tomo I, página XXXVIII del *Appendice*, citando el *Viaggio di Lionardo Frescobaldi*, páginas 81 á 84.

(2) Defrémery y Sanguinetti, *Op. cit.*, t. I, págs. 244-246.

curren y hacen una corta oración por el difunto, después de la canónica ordinaria; luego cargan con el cuerpo para enterrarlo en un foso fuera de la ciudad», advirtiendo que «para este servicio hay delante de una de las puertas del templo, en la calle pública, gran número de angarillas: la familia del difunto envía por unas, donde coloca el cadáver, revestido de su traje ordinario, sin el menor adorno, y comunmente se le traslada descubierto y sin ataúd. Después de sepultado, vuelven las angarillas á su lugar» (1).

A juzgar por las relaciones de las *Mil y una noches*, lo mismo que en Alejandría y en Damasco, los habitantes de Bagdad mostraban gran solicitud en acompañar los cadáveres desde la casa mortuoria á la mezquita, y de allí al cementerio, con la especialidad, sin embargo, de que si el difunto era del gremio de comerciantes, todos cerraban sus tiendas en señal de duelo, y acudían á la mezquita donde debían celebrarse los funerales (2), advirtiéndose, conforme habrán ya observado los lectores, en esta clase de ceremonias, alguna diferencia entre las costumbres de los musulmanes mogrebinos con relación á los sarracenos ú orientales, por más que no alteren fundamentalmente el rito.

Si bien en todas las poblaciones existen cementerios públicos, no parece obligatorio el dar en ellos sepultura á los difuntos, existiendo también cementerios privados. Por lo común, no obstante, los cementerios, que reciben el nombre de *macboras*, *ráudhas* y *chabbenas*, están situados fuera de las ciudades y á sus inmediaciones; en ellos son inhumados los cadáveres de los pobres y de los ricos, distinguiéndose allí, como en todas partes, los poderosos de los indigentes. Estos son enterrados directamente en la fuesa, y aquéllos poseen cierta especie de panteones, cercados de muros, más ó menos altos, lo mismo en África que en el Oriente; las tumbas de los primeros,

(1) *Viages*, t. II, pág. 347.

(2) V. la historia de *Ganem*, hijo de *Abu Ayyub*, el esclavo de amor.

como testimonios, llevaban, á lo menos en España, piezas de madera levantadas á la cabecera, ó, según ocurre en muchas partes del África, piedras deformes de mayor ó menor tamaño, no siendo hoy posible determinar si en aquellas piezas de madera referidas se hallaba escrito con pintura el epitafio con la profesión de fe, que sirve de respuesta al interrogatorio del ángel de la muerte, y si en las piedras se hace indicación alguna de igual condición y naturaleza.

En España prescribe con arreglo á la *Sunna* el faquíh don Içe Gebir, que al dar tierra á un cadáver, deben decir el alfaquíh y los circunstantes: «¡Señor Alláh! Nuestro hermano dexó el mundo, y *ba enta tí!*» (1). «¡Señor! ¡Afírmale su lengua en la demanda de la fuesa: que Tú eres sobre toda cosa poderoso!» «Hagan la fuesa no honda, sino á medio estado de ombre, y entiérrenlo á las *xusrriba* (2), si la tierra lo sufre, y pongan losas ó adobes delante; donde no, háganlo de madera, y echen tierra dentro.» «Y si fuere necesidad, podrán enterrar en una fuesa más de uno, después de otro, y pongan tierra entre medio; y así mesmo, en la fuesa que largo tiempo habrá pasado, podrán enterrar otros, si fuese necesidad» (3).

Contra lo acostumbrado en los demás países musulmanes, en el territorio argelino las plañideras se incorporan al cortejo fúnebre y le siguen; pero no comienzan sus llantos y demostraciones de dolor sino cuando aquel está ya lejos de la casa mortuoria, cesando en sus lamentaciones poco antes de llegar la comitiva al cementerio; «cuando ésta llega á la fosa, que ha sido preparada de antemano, se detiene: los asistentes, con el mayor recogimiento, se colocan en círculo, y en esta ocasión, el más autorizado y respetable de los *tolbas* pronuncia en alta voz la oración fúnebre», concluída la cual, «se aproxima el cadáver á la fosa, se le hace descender á ella con toda clase de

(1) Cerca de tí, ó donde tú estás (*Nota del Sr. Gayangos*).

(2) Es decir, con el costado para arriba; de costado.

(3) *Mem. hist., esp.*, t. V, pág. 302.

precauciones, y volviéndole la cabeza en dirección á Oriente, dicen todos: *En el nombre de Alláh y en el nombre del pueblo sometido al enviado de Alláh!*»

Procédese en seguida á cubrir el cadáver con piedras yuxtapuestas, y el imám, que ha formado parte de la comitiva, da la señal de llenar de tierra la fosa, arrojando en ella consecutivamente tres puñados de tierra, acción solemne que acompaña con otras tantas sentencias apropiadas al caso. Cada uno de los circunstantes imita su ejemplo, se llena la fosa, y colocan después, una á la cabeza y otra á los pies de la tumba, dos piedras lisas, bastante altas para determinar el sitio de la inhumación, y que reciben el nombre de *xaguahid* ó testimonios. Concluída la ceremonia, el cortejo retorna á la ciudad ó á la tribu con el mismo recogimiento, y destacándose de todos el que ha presidido el duelo, pasan por delante de él cuantos han acompañado el cadáver, diciendo: ¡Alláh es Omnipotente! ¡Que Él te colme de su resignación! A cuyas palabras contesta con voz melancólica: ¡Que Alláh os conserve la salud, y os colme de gracias! (1).

De las indicaciones hechas por don Içe Gebir, y de la descripción que antecede, puede conjeturarse que una vez colocado el cadáver directamente sobre la tierra, es cubierto, ya con las piedras yuxtapuestas, ya con adobes y aun con madera, lecho sobre el cual se arroja luego la tierra que ha de llenar la fosa, no siendo posible, por lo que á España se refiere, comprobar la certidumbre de tal aserto, porque nadie, que sepamos, se ha fijado en semejante circunstancia al hallar en los lugares que fueron antiguos cementerios públicos restos humanos; lo que sí resulta probado es que los cadáveres de los hombres eran enterrados sin ataúd, cosa que no ocurría respecto de las mujeres, con quienes se hacía tal excepción, por más que, refiriéndose á Marruecos en general, no falta quien afirma que «el enterramiento del cadáver se verifica en una

(1) Daumas, *Op. cit.*, pág. 141 á 143.

caja,» y que «en el campo es costumbre, en muchos puntos, colocarlos sobre una corteza de alcornoque, que desprenden del árbol por medio de un hacha» (1).

El diligente investigador Brosselard atestigua, según hemos hecho constar antes de ahora, que «considerada en su disposición exterior, toda sepultura musulmana se compone de cinco piezas esenciales.» «Consta por una parte—dice—de dos piedras derechas, rectangulares, ó de cabo redondo, las cuales son perpendicularmente colocadas una á la cabeza y otra á los pies del difunto, hallándose grabado el epitafio en la primera, y leyéndose en la segunda, ya una inscripción poética, ya ciertas sentencias entresacadas del Korán, y que podrían ser estimadas como alusivas á la situación, pues en ellas se hace siempre referencia á la pequeñez del mundo, á la vanidad de las grandezas humanas, á la necesidad de la muerte y á la esperanza de una vida más dichosa, ó de terribles castigos.»

«Estas dos piezas principales—continúa—son llamadas por los árabes *xaguahid* y *rusiyat*, en la lengua corriente de Tremecén, siendo de notar luego las dos piedras colocadas de plano en los dos costados de la tumba, y que forman su encuadramiento lateral con el significativo nombre de *channa-biat*, y por último, la parte central, cubierta por una losa de mármol, de piedra, de pizarra, algunas veces de ladrillo, y aun con frecuencia simplemente de césped, la cual se denomina *guasth-ul-cabri* (centro de la tumba), no siendo raro encontrar en la losa que cubre estos túmulos una pequeña cavidad dispuesta en una de sus extremidades, á la parte en que reposa la cabeza del difunto, y que ha abierto una mano piadosa para recoger el agua pluvial que debe refrescar la tumba de la persona amada.»

«Éstas son—prosigue—las piezas fundamentales, cuya falta haría que una tumba musulmana no estuviera dispuesta

(1) Conring, *Op. cit.*, pág. 230.

según el rito legal, por cuya razón—asegura—se las encuentra siempre y de igual modo sobre la sepultura del pobre que la del rico, marcándose únicamente la diferencia de condición por la diferencia de los materiales empleados, pues el pobre no tiene piedras esculpidas, ni epitafio, sino simples piedras toscas sin labrar, que cubren su tumba; pero colocadas siempre según la prescripción religiosa, que nunca es infringida» (1).

Afirmación tan rotunda obliga á pensar que ritual semejante sería sólo observado por los musulmanes en Tremecén, pues ni en España ni en el Oriente, á juzgar por lo que refieren los viajeros, tiene aplicación ni uso tal costumbre. Extemando, no obstante, las conclusiones del supuesto, y dado que en España el descubrimiento más reciente de cementerios islamitas fué el verificado en Toledo el año de 1887 (2), como quiera que en éste sólo hayan sido halladas tumbas de ladrillo, de no buena construcción, podría quizás estimarse que cada lado de la sepultura representaba una de las piezas á que alude Mr. Brosselard, siendo la quinta la que cubría la caja sepulcral, como no se dé por cumplida la prescripción religiosa, nunca infringida, cual supone, en las lápidas sepulcrales almerienses, que figuran una puerta—la puerta simbólica, por donde han de pasar las criaturas—con su *farjáh* ó arquitrabe correspondiente y el *arrabaá* que encuadra el conjunto, caso en el cual, según hemos dicho (3), podría con alguna violencia considerarse el tercio superior del *arrabaá* como *rusiyat*; el centro del epígrafe, como *xaguahid*; las dos franjas laterales del *arrabaá* referido, como los *channabiat*, y final-

(1) *Mémoire épigraphique et historique sur les tombeaux des Emirs Beni Zeiyan à Tlemcen*, páginas 19 y 20.

(2) Véase en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* de Mayo de 1897, el artículo que consagramos á este descubrimiento.

(3) *Monumentos sepulcrales de Palma de Mallorca* (*Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, tomo VI, pág. 366).

mente el *farjáh* ó arquitrabe, como el *guasth-ul-cabri*, ó centro de la sepultura.

Un viajero español de nuestros días, al hablar de Constantinopla, dice, describiendo el lugar de reposo de los musulmanes: «Frente á las murallas (de la antigua Bizancio) hay vastos cementerios, sembrados por bosques de cipreses»..... «Este es el paseo favorito de los turcos, que gustan, sin duda, de recorrer la ciudad de los muertos y meditar entre las tumbas sobre lo efímero de nuestra existencia y la vanidad de las pompas mundanales» (1).

«Los cementerios turcos en general—dice otro escritor—no ofrecen por modo alguno el aspecto lúgubre y melancólico á que estamos acostumbrados en Francia y en los países católicos, pues el musulmán no acompaña la idea de la muerte de ningún sentimiento de tristeza ó de terror, siendo como es el mundo á sus ojos vasta hospedería donde se entra y se sale á cada momento, y la vida breve descanso en el desierto. ¿No está escrito: *No levantéis en este mundo tiendas que estén sujetas con piquetes?* Cuando es llegado el momento de liar el petate, no deja escapar la menor queja; los que se hallan cerca de él le acompañan á su última morada sin prorrumpir en lamentaciones, inútiles para el difunto. La idea del castigo eterno, jamás se presenta á su espíritu, pues si hasta los infieles no están excluidos de la esperanza del paraíso, y si él mismo ha ejecutado en vida algunas buenas obras, ¿por qué había de ser condenado á no disfrutar jamás de los goces que deben ser la parte de los verdaderos creyentes?»

«No otra es la razón por la cual la vista de los cementerios no despierta en su alma ninguna idea importuna, y la de que, por el contrario, guste pasear y sentarse á su sombra esperando el sueño eterno. En vez de cerrarlos con muros, de relegarlos á lugares lejanos, sombríos y apartados, escoje el mu-

(1) D. Adolfo de Mentaberry, *Viaje á Oriente. De Madrid á Constantinopla* (Madrid, 1873), página 543.

enlaman el más hermoso emplazamiento para ellos y los siembran de calles, á imitación de los antiguos, como para hacer que los paseantes no olviden nunca el otro viaje, colocándolos con frecuencia en el interior mismo de las poblaciones, confundidos con las habitaciones de los vivos, para demostrar que la vida y la muerte se suceden sin cesar la una á la otra en los designios de la Providencia eterna» (1).

«Aquellas columnas, coronadas por un turbante, ó una losa terminada en punta, según que el sepulcro es de hombre ó de mujer; las columnitas que marcan la tumba de un niño, y los grupos en que se reúnen las familias, imitando á nuestros panteones....., sugieren ideas tiernas y sentimientos de una dulzura penetrante»..... «La forma indicada (de las tumbas) es la más general—prosigue—pero hay sepulcros que tienen distinta estructura: anchas losas de granito ó de mármol, colocadas verticalmente y rematadas en una escultura en forma de hoja, que una cinta de pámpanos ó de otra planta trepadora encuadra perfectamente». «El epitafio está escrito sobre un fondo verde ó azul, orlado de esculturas doradas, sin que aparezca el mármol más que en los filetes» (2).

«Nada hay más pintoresco—añade el escritor francés antes citado—que el aspecto de aquellos cipos en pie, cuya extremidad surge á través del follaje: los unos, coronados de turbantes esculpidos en mármol blanco, cuya forma varía según la condición de los personajes, muftis, mallas, visires, pachás, jueces del Ejército, agás; los otros, sencillamente redondeados en su cima para indicar la sepultura de una mujer; la mayor parte cubiertos de inscripciones de letras de oro sobre fondo azul, y reproduciendo, por la variedad de sus formas y de sus adornos, las diversas transformaciones que el arte oriental ha experimentado, desde las estalactitas y filigranas indias importadas de Brusa, hasta los dibujos del Renacimiento, toma-

(1) Ubicini, *La Turquie actuelle*, págs. 89 y 90.

(2) Mentaberry, *Op. cit.*, páginas 543 á 545.

E. M.—Febrero 1898.

dos de los coronamientos de los hermosos espejos que los venecianos enviaban como presente á los sultanes y á los grandes de la Puerta: el arco en forma de abanico, los vasos de tulipanes, y las cestitas de frutos, imágenes de los placeres de que los fieles gozaban en las orillas del Bósforo y que hallarán más completas y duraderas en el Paraíso; en fin, el gusto más ó menos puro de la reforma, de la que da testimonio la fachada del palacio de Bechik-Tach y de Tchéragan» (1).

Por estas indicaciones, que los viajeros á quienes aludimos hubieron sin duda de adquirir de referencia —pues está prohibido á los cristianos penetrar en los cementerios musulmanes— échase de ver que los turcos, observadores del rito Hannefí, no consideran prescripción religiosa la de las cinco piezas de la sepultura, confirmándolo el testimonio de Ibn-Bathuthah, con respecto á Alejandría, al referir un milagro de Abu-l-Hasán Ax-Xadzily, donde cuenta que cierto año en que iba á hacer la peregrinación que anualmente verificaba á la Mecca, y que fué el último año que se puso en camino, dijo á su servidor:—«Toma una piocha, un cesto, aromas y todo lo que sirve para enterrar los muertos.—¿Por qué, oh señor mío? le preguntó el criado.—Tú lo verás en Homaitsira, le respondió Ax-Xadzily (2).—Cuando llegaron á Homaitsira, el xej Abu-l-Hasán hizo sus abluciones y recitó una oración de dos *ricaâs* (3), y apenas hubo terminado su última prosternación. Alláh le llamó á su seno, y fué sepultado en este lugar.» «Yo —añade Ibn-Bathuthah—he visitado su sepulcro, que está cubierto con una piedra sepulcral, sobre la cual se lee su nombre y su genealogía (*nasba*), que se remonta hasta Hasan-ben-Aly» (4).

(1) Ubicini, *Op. cit.*, pág. 92.

(2) Homaitsira es un lugar situado en el Ssaïd (alto Egipto) en el desierto de Aidzab.

(3) El acto de prosternarse en la oración.

(4) *Op. cit.* págs. 39 y 40.

Tipo y modelo para los musulmanes, todo lo que dice relación con Mahoma ha sido objeto de imitación religiosa por parte de aquéllos; y así como se ha procurado seguir en el bañar y amortajar los difuntos las mismas prácticas observadas para con el profeta, por orden suya—así también la forma en que fué sepultado, dando origen á los cementerios privados ó particulares, es la perpetuada por los muslimes en sus enterramientos. Habiendo resuelto Abú-Beker, el suegro y sucesor de Mahoma, que éste fuera inhumado en el lugar mismo en que había acaecido su fallecimiento, pues afirmaba haber oído decir á su yerno que un profeta no debía ser enterrado sino en el sitio en que muriere,—separado convenientemente el lecho en que aquél había espirado, cavaron debajo una fosa, en la misma casa de Aixa, donde recibió el cadáver sepultura el jueves 15 de Rabiê primera, según unos (1), ó el lunes 13 del mismo mes, según otros (2), del año 2.º de la Hégira, fecha que coincide con el 10 ó el 8 de Junio del año 632 de Jesucristo, respectivamente.

El cuerpo, amortajado de la manera que quedó indicada en otro sitio, fué colocado directamente en contacto con la tierra, cubriéndose luego la fosa con aquella, y sin que hagan los autores indicación alguna respecto á si antes fué resguardado el cadáver con piedras, ni si constaba ó no su sepulcro de las cinco piezas á que Mr. Brosselard alude, por lo cual es de presumir, dada la santidad del difunto, que nadie pensó ni en el *russiyat* ni en el *xaguahid*, que ostentaron después las tumbas de los musulmanes.

«Por lo que hace á la situación del sepulcro del apóstol de Dios—dice uno de sus biógrafos, con relación á los de los dos primeros Califas, sus sucesores, que fueron sepultados también en la casa de Aixa, al lado del profeta,—las opiniones es-

(1) Delaporte, *Vie de Mahomet*, pág. 561.

(2) Kasimirski, *Le Koran*, pág. XXVII de la *Notice biographique sur Mahomet*.

tán divididas.» Sin embargo, la más probable es la fundada en una tradición auténtica de Mohámmad, hijo de Abú-Beker, que dice: «Un día hice á Aixa esta pregunta:—¡Oh, hermana»
 »mía! Dime en qué disposición están colocadas la tumba del
 »profeta y las de los otros dos que reposan á su lado.—Aixa
 »me las enseñó, y ví, en efecto, tres tumbas, cuya superficie
 »era un poco convexa, y que habían sido cavadas en un terreno
 »de color rojizo. La del profeta era la primera; al lado estaba
 »la de Abú-Beker, cuya cabecera no llegaba sino á la altura
 »de los hombros del Apóstol de Alláh; la de Omar estaba en la
 »misma línea que la del profeta, pero tenía la cabecera á los
 »pies de la de Mahoma» (1).

Al visitar Ibn-Bathuthah estos santos lugares en el siglo XIV, ya la casa de Aixa, con las de las demás mujeres del profeta, habían sido comprendidas en la reconstrucción de la Mezquita erigida por Mahoma en Medina, realizada por Omar-ben-Abd-il-Aziz de orden del Califa Al-Gualid, quedando por tanto la tumba del profeta, y las de sus dos inmediatos sucesores, dentro del templo (2). «El santo sepulcro (3)—dice—se halla al Sudeste de la sublime mezquita; su forma es admirable, y no sería posible describirla con exactitud. Está rodeada de mármol maravillosamente tallado y de una calidad superior, mostrándose su superficie realzada por el aroma de las fricciones de almizcle y de otros perfumes, que desde hace mucho tiempo recibe; en su costado meridional tiene un clavo (*mismar*) de plata, que señala el sitio de la noble faz del profeta, pues está colocado delante de ella, y es el sitio en que el público se detiene para hacer la salutación, volviéndose del lado en que está la noble faz, y teniendo á la espalda el qui-

(1) Delaporte, *Op. cit.*, págs. 561 y 562.

(2) *Op. cit.* t. I, pág. 271.

(3) Ibn-Bathuthah emplea la palabra *raudha*, que en otras ocasiones Mrs. Defrémery y Sanguinetti traducen por *mausoleo*. Aquí la hacen inónima de *cábron*, sepulcro.

bláh. Luego de hecha la salutación, el público se dirige á la derecha, hacia el rostro de Abú-Beker, el verídico (ass-ssidic), cuya cabeza está á los pies del profeta, y después marcha á saludar á Omar-ben-Al-Jattháb, cuya cabeza toca los hombros de Abú-Beker (¡complázcase Alláh en ambos!)» (1)

Mientras las palabras *macbora* y *chabbena* designan en general los cementerios públicos, parece que la de *rándha*, jardín en su sentido recto, metafóricamente se aplica á los cementerios reales, á los panteones de familia y á los monumentos funerarios ó mausoleos, los cuales reciben además el nombre de *cobbas*, por estar protegidos por una cúpula como cubierta, cual es denominado *marabút* el erigido para sepultura de los hombres santos. *Las mil y una noches*, las relaciones de Ibn-Bathuthah, y las de otros viajeros, están llenas de indicaciones de esta naturaleza; pero, por desventura, no describen los monumentos sepulcrales, siendo sumamente difícil formar idea de ellos, aunque todo induce á creer que no constaban de las cinco piezas esenciales, según el rito de que Mr. Brosselard habla, refiriéndose á las de Tremecén particularmente.

Por lo general, no se hacía diferencia en los enterramientos por razón del sexo ni de la edad de la persona difunta, si se ha de juzgar por los epígrafes sepulcrales conocidos y descubiertos en España; fuera de las inhumaciones directas en tierra, que debían ser las corrientes y usuales entre la muchedumbre, las sepulturas, como sucede en la actualidad en nuestros cementerios, luego de vaciado el terreno, eran labradas de ladrillos, y en este caso, como el que refiere Ibn-Bathuthah respecto del sepulcro de Abu-l-Hasán Ax-Xadzily, cubría la tumba una losa, denominada *cabriat*, que podía ser de

(1) *Op. cit.*, t. I, págs. 263 y 264. Obsérvese que la colocación de las tumbas de Abú-Beker y de Omar, según Ibn-Bathuthah, es diferente de la que señala la tradición recogida por Mr. Delaporte, y reproducida más arriba por nosotros.

pedra, de mármol, de pizarra ó de ladrillos juxtapuestos, sobre la cual se escribía el epitafio, con el nombre del difunto, su *nasba* ó genealogía, la profesión de fe musulmana y la fecha del fallecimiento.

A juzgar por las dimensiones de estas lápidas planas, no se cubría enteramente con ellas la fosa, quedando en parte al descubierto la tierra, ó acaso completando con piedras suplementarias lo que faltase; cuando la tumba levantaba del suelo, la cubierta, de rosca de ladrillo como la de las encontradas en Toledo en 1887, y convexa, cual la de la tumba del Profeta, ó quedaba en tal disposición, ó sobre ella, conforme demostraron las sepulturas halladas en el *Llano del Cordonero*, de Almería, eran colocadas diversas piezas labradas, que las convertían en verdaderos monumentos. Preparada así la caja de fábrica, revestíase sus lados con tableros ó piezas de mármol ó de granito, ó con labor de alicatado, ó con azulejos, según ha encontrado indicios que lo atestigüen en Tremecén el docto epigrafista Mr. Brosselard, reservando un sitio en la dicha caja para empotrar en él la lápida sepulcral, que, además del epitafio, sirve de *xaguahid*, ó levantando en tal concepto en la cabecera las columnas ó medias columnas propias de Toledo y su provincia, y que en Turquía distinguen los enterramientos de los hombres y de los niños.

Los de las mujeres de estirpe regia, así en Tremecén como en Almería, Murcia y Palma de Mallorca, tenían la caja de ladrillo revestida en la forma indicada; pero, encima de la cubierta de ladrillo—cuya convexidad desaparecía al exterior por medio de escalones unas veces, ó desaparecía por completo—solía colocarse, cual enseñan los restos encontrados en la Almudayna de Gomera de Palma de Mallorca, y conservados en el *Museo Luliano* de aquella ciudad, por el cuidado del Sr. D. Bartolomé Ferrá, una cubierta de piedra de achaflanados derrames, con inscripción religiosa, y encima era fijado el dado sobre el que se levantaba como remate la *pedra tumular* prismática, á que da Mr. Brosselard nombre de *channa-*

biat, ó se aplicaba ésta directamente en los escalones, como ocurría en Almería, lo cual no era obstáculo para que en uno de los costados de la caja sepulcral de ladrillo fuera empotrado el *xaguahid*, conteniendo la profesión de fe indispensable, que ha de servir de respuesta al interrogatorio del ángel de la muerte.

Eran éstos ya verdaderos monumentos, y aunque la generalidad de las piedras prismáticas lleven en los epígrafes indicaciones de haber sido labradas para el enterramiento de mujeres, no faltan en Almería las que contienen nombre de varón en el epitafio allí escrito, ni tampoco las que carecen por completo de inscripción, por lo cual no sea dable referirlas con exactitud ni á la tumba de un hombre, ni á la de una mujer de familia regia.

La del patriarca Abraham ó profeta Ibrahim, segun le consideran y llaman con Mahoma los islamitas, y la de su esposa Sara, ambas conservadas en la cripta de la mezquita de Hebrón, son descriptas por un viajero español de esta manera: «Entrando (en la mezquita), á mi derecha, hiciéronme notar en el piso cierto agujero de dos decímetros de diámetro, añadiendo mis *cicerones* que desde allí se veía la gruta sepulcral en que descansaban el Profeta y Sara, su mujer. Me asomé, y á la luz de un farolito pendiente del agujero por medio de una cuerda, pude ver uno de los lados del sepulcro de Abraham, deduciendo que el todo vendría á ser como medio cilindro hecho de piedras y blanqueado con yeso» (1).

Entre dos grandes columnas, á la derecha, «hay—continúa,—un *paralelepípedo* cubierto por una *pirámide* de base *rectangular*, que mide cuatro metros de largo, dos de ancho y dos y medio de alto, hecho todo ello de maderos pintados de encarnado y blanco; allí está el cenotafio de Isaac. El de Rebeca se halla en las mismas condiciones y en un recinto idéntico,

(1) D. Adolfo Rivadeneyra, *Viaje de Ceylán á Damasco* (Madrid, 1871), pág. 312.

entre las dos columnas de la izquierda; es decir, que son simétricos entre sí» (1).

Por la descripción del cenotafio de Isaac y el de Rebeca, échase de ver que las piedras prismáticas tumulares de Murcia, Almería, Palma de Mallorca y Tremecén, no son sino tradicional remedo de las cubiertas de aquellas tumbas de Hebrón, acreditándose de este modo que semejantes formas son representación legítima de los orientales establecidos en esta parte de las costas levantinas españolas y en aquel territorio africano, si bien no se explica, en tal supuesto, la razón en cuya virtud sólo aparecen desde la undécima centuria de nuestra Era.

Es de sentir, repetimos, que ninguno de los viajeros cuyas obras hemos consultado de propósito se detengan en la descripción de los monumentos sepulcrales, y por esta causa no es lícito formar concepto del monumento labrado en mármol, de que fué parte una hermosa piedra de aquel material, que, procedente de la provincia de Jaén, se conserva en el *Museo Provincial* de Córdoba; mas de cualquier modo que sea, lo que resulta demostrado es que además de los cementerios públicos había y aún hay los privados, á cuya clase, fuera de los reales, corresponden los erigidos por los particulares, bien fuera de la ciudad, bien dentro de ella, y en el propio domicilio del difunto, según se lee en *Las Mil y una noches*, y según acredita el testimonio de un viajero, ya arriba citado, quien refiriéndose particularmente á Damasco, dice, hablando del aislamiento en que procuran vivir los musulmanes: «Tan es así—escribe—que no habiendo tejados, sino azoteas en las casas, cada cual procura que aquellas tengan una altura diferente de la inmediata, á fin de que no se establezca comunicación por las alturas; y que es frecuente—añade, con alguna exageración—vivir años enteros en una casa, é ignorar quién es el

(1) D. Adolfo Rivadeneyra, *Op. cit.* págs. 312 y 313.

vecino del lado, qué familia tiene, y si es feliz ó desgraciado en su interior. Alguna que otra reyerta conyugal se suele oír de tiempo en tiempo, que termina generalmente con lamentos arrancados por una paliza marital, ó bien alguna vez turba el silencio de la noche el ruido de un azadón cavando en el jardín ó en el patio inmediato, luego los sendos golpes de un pisón que vuelve á nivelar la tierra, y después..... nada. Mas á los pocos días circulan por el barrio rumores siniestros y apenas articulados: dícese que un bey anciano ó un agá celoso está viudo ó tiene una esposa menos, y las mujeres tiemblan imperceptiblemente, levantando al cielo sus ojos húmedos y rasgados al oírlo; los hombres cambian entre sí una mirada de tácita inteligencia; la justicia no sabe nunca nada, y la vindicta de los celos se ha cumplido.»

«En Constantinopla, el Bósforo es la tumba de la esposa perjura, en el Cairo es el Nilo; pero en Damasco—concluye—la tierra es tan húmeda, que fácilmente se cava una tumba al pie de un rosal, ó bajo la losa marmórea del mosaico de un patio» (1). No todos los enterramientos privados, ó hechos en el domicilio del difunto, son, sin embargo, como aquellos á que se alude en las anteriores palabras, resultado del crimen, siéndolo con más frecuencia quizá del amor y del cariño, y en este caso, compréndese que el padre ó el marido se esmeren en la erección y labra del monumento fúnebre que ha de perpetuar la memoria de la persona amada, conservando su cuerpo, á fin de rezar sobre él con más facilidad y menores molestias.

Dentro de las tumbas, labradas por la piedad y el afecto, esperarán los musulimes la hora del Juicio final, cuyas señales. «según las profecías del bien abenturado *mhd* (Mohámmad, Mahoma) *çale Allahu aleyhi guaçalam* (2), se an de mostrar y cumplir en este presente siglo y edad en que agora estamos,

(1) Mentaberry, *Op. cit.*, pág. 231.

(2) ¡La bendición de Alláh sea sobre él! ¡Salud!

que es la setena y última edad» (1), y «entonces las gentes hablarán de la fin del mundo, y entonces berná *l'almaçih adachel* (el Mesías mentiroso ó falso) y dirá que él es Alláh y el criador, y que crean con él y resucitará muertos..... El *maçih addachál* saldrá antes que salga el sol por donde se pone, y se juntarán en la tierra una mañana *Içe* (Jesús) *aleihi assalám* (sobre él la paz) y el Fátimi, y el *maçih addachál*, y será muerto éste por mano de *Içe aleihi assalám*..... La ora ymbiará Alláh *taále* (ensalzado sea) contra ellos tempestad, y dará fin dellos y ymbiará llubia del çielo, y abrá en la tierra mortalidad; en fin de lo qual será muerto *Içe* y será sepultado junto al bien abenturado *mhd çale Allahu aleyhi guaçalam*, y de allí en brebe tiempo mandará el Señor á *Izarafil* que toque la bozina y haga el resollo del afinamiento deste presente siglo, sobre que todos manda que mueran y no quedará cosa biba *halecada* (criada) sobre la faz de la tierra que no guste de la muerte, despues del qual fin, en los artículos de la fé sabrán lo que a de ser de la resurreçión y del juyzio» (2).

Hora terrible habrá de ser aquella, con efecto, en que «tremolará la tierra con tremolamiento, y se espavorecerán las yentes con espanto, y trocarse há el mundo trocamiento..... Cuando será así, apretarse há la saña del Poderoso contra

(1) «En testimonio de siete *aleas* y siete días», según don *Içe Gebir*, está la existencia del mundo repartida en siete edades.—«La primera desde *Edam* (Adam) hasta *Noh* (Noé). La segunda desde *Noh* hasta *Ibrahim* (Abraham). La tercera desde *Ibrahim* hasta *Muçe* (Moisés). La quarta desde *Muçe* hasta *Çuleymén* (Suleimán, Salomón). La quinta desde *Çuleymén* hasta *Ayçe* (*Isa*, Jesús). La sexta desde *Ayçe* hasta *Muhammad* (Mahoma). La séptima y última desde *mhd çale Allahu aleyhi guaçalam*, hasta fin deste presente siglo (*Mem. hist. esp.*, t. V, pág. 401). Para el Mufti y alfaquih de Segovia, que escribía en 1462, la setena edad terminaba en el siglo VIII de la Hégira, que es el XV nuestro; más natural parece que el fin del mundo fuese al terminar la séptima centuria de la Hégira.

(2) *Mem. hist. esp.*, t. V, págs. 403 y sig.

las yentes, y cuando será aquello, dirá Alláh, glorificado y ensalzado sea:

—Oye, Israfil: sofla en el cuerno.»

Y el ángel Israfil «soplará en el cuerno dos soplos, uno, que morrán las yentes, y otro soplo cuando el rebidcamiento (1). Israfil es un ángel grande, y él tiene tres alas: la una en saliente, la otra en poniente, y la otra al derredor de *alár-xi* (el trono celeste); pues cuando las extiende, levantarse ha el día del Juizio; y sus pies pasan los abismos de la tierra hasta sus rodillas; tiene la *Tabla reservada* (*Allauh almofot*) entre sus ojos; y él pensando en la grandeza de Alláh, y llorando por miedo de Alláh, y él atendiendo cuando le mandará Alláh soplar en el cuerno (2).»

Al primer soplo de Israfil, quedarán todas las criaturas por espacio de tres días *amedrecidas* (3), á excepción de los profetas, los almuédanes, Gabriel, Miguel, los portadores del trono excelso, y el ángel de la muerte; el segundo soplo será «más fuerte que el primero, ni quedará en los cielos ni en la tierra ángel, ni genio, ni persona, que no caiga muerta,.... sino aquellos» ya nombrados; por orden de Alláh, el ángel recorrerá cielo y tierra de saliente á poniente, y no hallará quien viva sin los ángeles, amortecidos en sus alas, y en el mundo no hallará tampoco nada vivo, encontrándolo «negro, perdida su claredad, y el resplandor del sol y de la luna; y estarán perdidas las estrellas...., conyelados los mares y los rios», no quedando con vida sino Gabriel, Miguel, Israfil, los portadores del trono excelso y el ángel de la muerte, quien descenderá de

(1) Rebibcamiento, revivicamiento, resurrección.

(2) Según Mahoma, «es el cuerno de claredad de Alláh; llega hasta el trono del Señor del mundo; abarca el cielo y la tierra, fasta los abismos de la tierra; en él hay cuevas, por el conto de los jalekados todos (de todas las criaturas), ángeles, presonas y génios, y aves, y alimañas, y cosas bravas; ¡por Alláh! Para cada naturaleza de creación, hay lugar en aquel cuerno.»

(3) Amortecidas, llenas de espanto, amedrentadas.

nuevo á la tierra, pasará por la tumba de Adán, sobre la que encontrará sentado á *Iblis* (el diablo); y resucitará Alláh á Adán y morirá Iblis, y morirán por su turno Miguel, los portadores del trono excelso, los ángeles Gabriel, Israfil y el ángel mismo de la muerte.

Así permanecerá el mundo cuarenta semanas, durante las cuales lloverá agua espesa de la *mar de la vida*, que está debajo del trono de Alláh, «y hará Alláh nacer della los cuerpos de las yentes, así como nacen los granos de la simiente debaxo de la tierra», siendo los primeros Gabriel, Israfil, Miguel y los habitantes de los siete cielos. Por orden divina, Gabriel, Miguel é Israfil, con la yegua Alborak, la enseña de la loación, la corona de la honra y dos vestidos del Paraíso, marcharán á la tumba de Mahomá, le resucitarán y vestido con aquellas ropas, con la corona en la cabeza, cabalgará sobre la yegua Alborak, llevando la enseña de la loación en la mano derecha, y acompañado siempre de Gabriel, de Miguel y de Israfil, llegará á la Casa Santa, donde en un trono de «claredad» tomará asiento.

Subido en la peña de la Casa Santa, tocará Israfil el cuerno por tercera vez, y dirá: «¡Oh cuerpos podridos, y huesos molidos, y cóyunturas despartidas, y venas cortadas! Alláh os manda que os yunteis, para la declaración ante el Señor de la nobleza: manda Alláh que vengan los huesos que fueron en la mar, y los que fueron repartidos por las tierras, y los que son sobre la tierra serán llegados en su lugar, cada uno con el poderío del Piadoso. Y levantarse han de las tumbas, sacudiendo la tierra de sus cabezas, y no conocerán saliente ni poniente, y aparecerán como la langosta extendidos» (1).

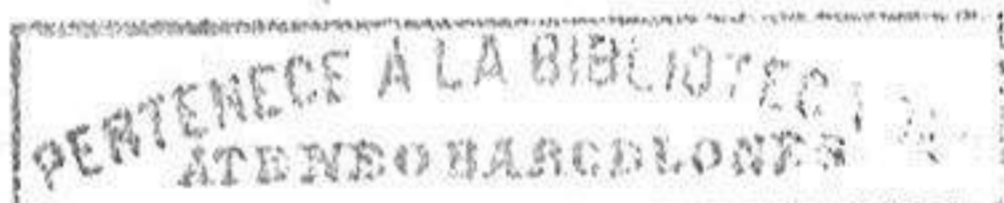
Es creencia, por lo menos en Marruecos, que «todo desaparece con la muerte en el hombre, excepto la última vértebra del espinazo, empezando á contar por la cabeza. Sobre este

(1) D. Francisco Guillén Robles, *Leyendas moriscas, sacadas de varios manuscritos*, t. III, *La estoria del dia del Juicio*, págs. 531 y siguientes.

núcleo volverá Dios á formar los hombres cuando llegue el momento de la resurrección, de la cual será precursora una lluvia inmensa que durará un solo día; pero tan sumamente larga, que tendrá una duración de cuarenta años» (1).

En el momento de la resurrección «enviará Alláh fuego de parte de saliente, y rodeará el fuego á la derecha de los resucitados, hasta que vendrá á la tierra llana; y es tierra blanca y limpia que nunca se derramó en ella sangre, ni se sirvió sobre ella ídolo, ni fué fecha desobediencia ninguna sobre ella.» «Y al punto se pararán las yentes allí, y enseguida enviará Alláh al fuego que se vuelva á la tierra y que se acerque á las criaturas cuanto una milla, y que crezca en ardor setenta grados, hasta que bullirán los sesos de las cabezas, así como el agua sobre el fuego»; después Malin, el portero del infierno, levantará la cubierta de este horrible lugar, «y saldrán las llamas dél sobre las yentes, hasta que pensarán sus almas ser rompidas por la fortaleza del fuego», y buscarán primero la intercesión de Adán, quien los enviará á Noé, Noé á Abraham, Abraham á Moisés, Moisés á Jesús, Jesús á Mahoma y Mahoma, cayendo en adoración delante de Alláh, pedirá perdón para las gentes.

Luego de oír las súplicas de Mahoma, Alláh mandará á Ri-



(1) Murga, *Recuerdos marroquíes del Moro vizcaíno*, pág. 93. Con el estilo humorístico que distingue á este escritor, continúa: «Concluído este día, y cuando el nuevo sol empieza á despejar las humedades, los hombres empezarán á aparecer sobre la tierra, ni más ni menos que los nabos y las zanahorias que vemos hoy en nuestras huertas. La posición que ocupa en nuestro cuerpo el antedicho hueso hace prever el esfuerzo extraordinario que los que renazcan en terrenos arcillosos tendrán que hacer, al son de la trompeta, para sacar las piernas, que hasta en aquel momento habrán hecho el oficio de raíces. No tan sólo los hombres, sino también los animales todos, renacerán aquel supremo día y darán cuentas muy claras de sus hechos. ¡Cuánto ratón zampado por los gatos! ¡Cuánta gallina engullida por las zorras tendrán que reclamar!... ¡Uf, qué barullo!»

duán «enfermosear» el Paraíso, y dirá: ¡Oh, Malin! ¡Enciende el fuego del infierno! ¡Oh, Gabriel! ¡Alza los pesos en que han de pesarse las almas! Y tú, ¡oh, Mahoma! acerca tu pueblo!» Gabriel vendrá luego con el infierno, trayéndole sujeto «con setenta mil cadenas de fierro, y tirarán de cada cadena setenta mil ángeles»; y cuando esté cerca de las criaturas, «cantidad de quinientos años de andadura, al punto resollará con resuello que no quedará ángel cercano ni profeta enviado que no caiga amortecido en tierra, pues cuando se acerque de las yentes cantidad de un año de andadura, dará otro resollo y lanzará centellas como sierras.»

Se aturdirán las gentes; pedirán Adán y Abraham por sus personas, y Mahoma por su pueblo; el Señor le hará colocarse á su izquierda (1), y alzará Gabriel los pesos con dos balanzas, una á saliente y otra á poniente, una blanca como las buenas obras y otra negra como los pecados; empezará el juicio por las alimañas, después por las personas, quienes presentarán las cartas en que van escritas sus buenas y sus malas acciones, y Alláh mandará entonces tender sobre el infierno el puente del *Assirath*, tan delgado como un cabello y tan delgado como el filo de una espada, dando en él siete pasos las criaturas, si han

(1) Refiere Murga, al notar los *Contrastes entre españoles y berberiscos*, que éstos tienen por lado de predilección el de la izquierda, añadiendo: «Los mahometanos, con más latitud que nosotros, creen en la resurrección universal de todos los seres, y creen que el día del juicio final los buenos se encontrarán á la izquierda del Criador, á la par que los malos ocuparán el lado opuesto. Como los buenos y los malos—observa—la derecha y la izquierda tienen un sentido y una significación enteramente opuestas entre ellos y nosotros; de aquí el que, apoyándose en el texto de nuestra creencia religiosa, digan en tono de mofa á los cristianos: *Alguna vez habíais de andar por el camino derecho: Dios nos tendrá á nosotros á la izquierda, que es el lado del corazón, á la par que á vosotros os tendrá á la derecha, que es el lado de la venganza y del castigo*» (*Recuerdos Marroquíes*, pág. 11 de la Monografía citada).

cumplido con los siete preceptos cuyo cumplimiento habrá de exigírseles, y cayendo á cada paso en el infierno si han faltado á alguno de aquéllos. Habrá quien pase el puente como el «relámpago recio», otros como «caballos arrebatados», y otros tardarán un año en pasarle.

La clemencia divina, movida por las súplicas de Mahoma, librará á muchos del fuego, y después de ello serán llevados al Paraíso, donde «fará llover Alláh sobre los que estén con él vestimentos muy ricos y piedras preciosas», mientras lloverá sobre los que queden en el infierno «culebras y alacranes, y cadenas y venenos», y acabará la muerte para los que gocen de la dicha eterna y para los que en el *Chahanem* sean condenados á eternos castigos.

De acuerdo con estas creencias, están comunmente los epitafios, en los cuales, después de la invocación inicial y de la salutación á Mahoma, ó se contiene simplemente el nombre y la genealogía del difunto, con la fecha del fallecimiento, ó además ciertas sentencias religiosas alusivas á la muerte, versículos apropiados del Korán, y la protestación de fe, no faltando, sobre todo en las lápidas de los monarcas y de los personajes importantes, poemas en honor del muerto, de los cuales puedan dar idea los de las lápidas de los Sultanes de Granada, publicados por Lafuente y Alcántara, y Almagro Cárdenas. De las tumbas de Oriente no conocemos ningún poema, recordando, respecto del cementerio de Constantinopla, el de la tumba de un niño, que dice: «Sólo Dios es inmortal. No era todavía más que un capullo de rosa, cuando el destino me marchitó; pero si he salido de los jardines del mundo, ha sido para entrar en los del Paraíso.» En la de una doncella: «El pájaro de mi corazón huyó de su jaula para volar por los jardines del Paraíso. Al partir, ha dejado en mi alma una herida eterna. Estaba decidido que mi hija sólo viviría trece años, etc.» En la de un ulema: «El hombre de naturaleza indiferente, que está poco dispuesto á mirar las sepulturas, no puede figurarse que un día será enterrado él mismo. Recitad

un versículo del Korán por el alma del mudenís Hairula-effendi» (1).

Por lo que se refiere á las ceremonias que han de verificarse después del sepelio, cuenta Ibn-Bathuthah, que los indios tenían en su tiempo en los funerales costumbres muy notables: «Reúnense—dice—en el lugar en que el difunto ha sido sepultado, en la mañana del tercer día, después del entierro, y cubriendo la sepultura con telas muy finas, adornan el sepulcro con paños magníficos, colocando alrededor de él plantas olorosas como rosales, nardos y jazmines, flores que son perpetuas en aquel país, limoneros y naranjos, sobre los cuales se colocan frutas, si no las tienen, y se levanta por último una tienda para que los asistentes puedan estar á la sombra.»

«Vienen después los cadhíes, los emires y otros grandes personajes, quienes toman asiento enfrente de los lectores, y cogiendo cada uno su parte de Korán, leen todos en alta voz; terminada la lectura, el cadhí invoca el nombre de Alláh, y poniéndose en pie pronuncia su sermón, preparado de antemano, en elogio del difunto y de sus parientes, y haciendo votos por el sultán reinante. Después toma de nuevo asiento el cadhí, y llevando agua de rosas, se rocía con ella á los asistentes, empezando por el cadhí, siguiendo por el que está á su lado, y así sucesivamente, hasta que hayan sido rociados todos.»

«En seguida son presentados los vasos de azúcar ó de jara-be desleído en agua, y que los asistentes beben, comenzando siempre por el cadhí, siguiendo luego con ofrecer las hojas de *betel*, que mascan como regalo los indios, quienes brindan con ellas como un cumplido á los que los visitan, y que son tan estimadas, que cuando el sultán hace un regalo de ellas á una persona, éste le aprecia en más que si el don hubiera consis-

(1) Mentaberry, *Op. cit.*, págs. 545 y 546, tomando los dos primeros epitafios de la obra de Ubicini *La Turquie actuelle*, págs. 93 y 94, aunque sin citarla.

tido en oro ó en ropas de honor. De tal regalo está privada la familia del difunto hasta el día de estas ceremonias, en las cuales el cadhí, ó quien le sustituye, toma algunas hojas y las da al pariente más próximo del difunto, quien las masca: entonces el duelo se retira» (1).

Otras varias ceremonias dan á conocer las *Mil y una noches*, especialmente en el cuento de «Ganém, el hijo de Abú-Ayub» todas ellas curiosas por extremo, debiendo notar que los cementerios públicos, lo mismo en el Oriente que en el Occidente de los países musulmanes, son siempre lugares de recreación, á donde concurren por lo común con preferencia las mujeres, quienes profanan aquellos sitios convirtiéndolos en testigos de su liviandad muchas veces.

Comparando las costumbres fúnebres de los judíos y de los musulmes de Marruecos, y después de comparar las de los primeros con las de los gitanos, dice un escritor á quien con frecuencia hemos citado: «Una mora abrazando la tierra que cubre á un ser querido, hablando con él, diciéndole que espere con paciencia la resurrección, ó cantándole la monotonía canción con la que le hacía dormirse en su regazo, tiene poesía, toca al alma; una judía sentada sobre el sepulcro, rodeada de otras que le hacen coro con un dolor tan calculado y acompasado como el suyo, y preguntando al cadáver si dejó de vivir porque no le dieron una buena gallina, ó un buen caldo, es cosa—escribe—que me ha dado calofríos, y que me ha hecho dudar de si el Supremo Hacedor se olvidó de dar á las judías berberiscas la sensibilidad, que es lote común de la mujer en esta vida» (1).

Tales son, en compendio, las costumbres de los funerales musulmanes, según puede colegirse del relato de los viajeros

(1) *Voyages*, t. I, págs. 246 á 248.

(1) Murga, *Op. cit.*, pág. 171 de la monografía *Algunas palabras sobre las razas que habitan en Marruecos*.

y de los monumentos mismos, siendo de sentir que la mayor parte de las noticias recogidas digan relación principalmente con países extraños, y que no podamos ofrecer el cuadro de las observadas por los musulimes españoles, desde el siglo VIII al XV.

Camino fué siempre seguro, para conocer y apreciar debidamente la representación que en el humano desenvolvimiento consiguen por su virtualidad los pueblos y las razas, el de estudiar sus usos y costumbres. De unos y de otras, como expresión ingenua de la vida, son de tal provecho las enseñanzas para el historiador y el arqueólogo que, hallando en semejante estudio manantial fecundo é inagotable, ni pueden ni deben por manera alguna prescindir de él si aspiran al concepto superior y total de la cultura en cada pueblo.

Bien que sometidos á la ley ineludible y constante de la evolución, que los transforma y perpetúa,—los usos y las costumbres han sido fuente y origen con frecuencia de la religión, y lo son siempre del arte que á ellos se subordina y atempera en todas ocasiones; son el vínculo que une inquebrantable los individuos, y que da nacimiento á las sociedades, después de haber engendrado la familia, y el espejo clarísimo en que se refleja y vive el espíritu de la humanidad, traducido en actos, de los cuales se derivan con las ciencias, las artes, las letras, las industrias, el comercio, cuanto constituye, en fin, la vida en su total aspecto.

Y si para el historiador que, prescindiendo animoso de rutinarios prejuicios y convencionalismos muchas veces sin consecuencias, de personificaciones en realidad imposibles, pretende sorprender no sólo el camino hecho por la humanidad en su desenvolvimiento gradual y sucesivo, sino los estímulos además que impulsan y que mueven á aquélla en todo tiempo, resulta de gran trascendencia el conocimiento de los usos y de las costumbres,—aún, puede afirmarse, es de más subida importancia su estudio para el arqueólogo, quien auxiliando eficazmente al historiador, como de él por otra parte se sirve y

ampara, ha de quilatar los antecedentes, la significación, el alcance, la eficacia de aquéllos, ora procediendo del efecto á la causa, ya, conocida ésta, con descender al efecto desde ella, aumentando el interés cuando los usos y las costumbres, más ó menos transformados, si han tenido origen en pueblos conquistadores nacidos en lejana cuna, como el mahometano, pudieron concurrir de alguna suerte á la generación ó á la modificación, por lo menos, de los que caracterizan pueblos diferentes.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

EL DERECHO PENAL

Y LOS SISTEMAS FATALISTAS Y DETERMINISTAS DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL (1)

A fines de 1874 se publicó el primer tomo de mi obra de *Derecho penal*. Por este tiempo apareció en Italia la primera edición de *L'uomo delinquente*, de César Lombroso. Al conocerse en España esta obra singular no causó en la generalidad de sus escasísimos lectores grande efecto. Los poco versados en estudios filosóficopenales se fijaron casi exclusivamente en las láminas y retratos de criminales más ó menos célebres y auténticos que acompañaban al texto, y hubo en muchos el singular empeño de buscar semejanzas entre los supuestos retratos con algún magistrado, financiero ó militar conocidamente *honesto* en nuestra patria, acompañando el hallazgo con los picantes y regocijados chistes que pueden imaginarse. Los más versados no pudieron menos de recordar la teoría y sistema frenológicos de Gall y Lavater, puestos en boga en España por la traducción de sus obras en los buenos tiempos en que empezaban en nuestra patria el renacimiento de la literatura

(1) Este estudio ha de servir de prólogo á la segunda edición del *Derecho penal estudiado en principios y en la legislación vigente en España*, de D. Luis Silvela.

romántica, popularizada principalmente en Cataluña por los trabajos de D. Mariano Cubí y Soler por los años de 1840.

No digo yo que los precedentes de los sistemas positivistas que han venido después á dar fuerza y vitalidad y en cierto modo base y fundamento á los modernos sistemas penales, no existían entonces y fueran totalmente desconocidos en España. Lo único que me atrevo á afirmar es que en nuestro país el sistema agudo de su aplicación en el orden penal no era perceptible y digno de tenerse en cuenta cuando apareció mi obra de *Derecho penal*. No se ocupó ésta en su primera parte, *El Derecho penal estudiado en principios*, y seguramente no me propuse hacer un resumen, por ligero que fuese, de los principios filosóficos en las diferentes escuelas, ni aun siquiera de su aplicación al delito y á la pena; pero era absolutamente imposible no hacer alusión y tener en cuenta los principios más terminantes respecto á estos conceptos capitales, y numerosas son en la obra estas alusiones y en algunos casos críticas, como al tratar el concepto de la pena como mal impuesto inconscientemente por el Estado, como la retribución, en las meramente utilitarias por el mal causado á la víctima y á la sociedad y otros análogos. Al aparecer hoy una nueva edición de mi obra sin alteración profunda en el texto y que la equipara á una verdadera reproducción, el autor no ha creído posible hacerla sin presentar primero alguna explicación de su conducta, á fin de que el lector no juzgue este hecho como nacido de la pereza ó de un excesivo amor propio.

El trabajo de Lombroso en 1871 ha sido seguido en Italia de una riquísima literatura, que es imposible condenar al menosprecio, que tal vez mereció al principio. Reducido en sus comienzos á observaciones más ó menos atendibles sobre los caracteres distintos del delincuente, comparándolos con el hombre *honesto*, como ha empezado á decirse, traduciendo la palabra *honesto* del italiano en un sentido muy diferente del que de antiguo tiene en nuestro idioma, no podía constituir un verdadero sistema. La simple comprobación de un hecho,

aunque sea perfectamente exacta é indudable, ó de varios hechos, podrá ser el comienzo de un trabajo para llegar á un sistema que supone necesariamente la indicación de una ley. Mas la ley supone un principio emanado de la naturaleza de las cosas y una razón de esta ley. Si un observador curioso hubiese hecho notar que todos los criminales tenían las orejas muy separadas del cráneo, es decir, en forma de asa, no sería legítimo inducir como caso inconcuso, á modo de ley, que eran honestos ú honrados todos los hombres que las tuvieran muy poco separadas de la cabeza, y mucho menos que merecieran la horca ó reclusión los que tuvieran en su cuerpo dibujos artificiales, esto es, que estuvieran tatuados. Los hechos observados y notados era preciso que tuviesen una relación ó analogía con el acto mismo y fuesen aplicables á las consecuencias que se intentaban deducir.

Si, pues, los trabajos de Lombroso hubieran continuado en el mismo sentido que empezaron, no hubieran llegado jamás á constituir una verdadera teoría científica. Pero el sistema y la teoría latían bajo el hecho brutal. Un conjunto de hechos más ó menos bien estudiados y exactos, pero al fin y al cabo homogéneos y del mismo orden, reclamaba, exigía casi una serie de principios, de ideas sistemáticas que los reuniera, ordenara y constituyera una ciencia. Con la actividad que distinguen los tiempos presentes, el principio apareció, el sistema ordenó los hechos, los enlazó unos con otros y ha llegado á constituir cierta homogeneidad hasta el estado en que hoy se halla y que presenta, sobre todo en Italia, una literatura copiosísima.

El libro mío ha tenido en España una aceptación no sólo muy superior á su mérito, sino á mis esperanzas. Agotada la primera edición, y aun una reproducción del libro primero, en las librerías de libros usados, únicas en las que hoy se encuentra mi obra, un Silvela bien conservado se vende fácilmente en 25 ó 30 duros cuando pudo adquirirse en cuatro ó cinco á raíz de su publicación. Numerosas cartas de antiguos discípulos y compañeros me piden ejemplares, de que carezco, y otros

me preguntan cuándo voy á publicar una segunda edición. Un editor, bien conocido por su talento práctico en estas empresas, en las que el científico es el que más imperfectamente conoce el aspecto económico del negocio, me habló de una segunda edición de mi obra, que él creía vender á los precios algo más bajos de los expresados, y que estaba acostumbrado á vender ediciones muy numerosas y repetidas de los *Estudios ó Lecciones de Derecho penal*, de Pacheco. El editor no veía más que el aspecto financiero del negocio, pero para hacer la publicación deseaba se refrescase un poco el texto del tomo primero con arreglo á los nuevos sistemas, y poniendo al corriente el segundo con la exposición de las nuevas leyes publicadas y la jurisprudencia criminal hasta el día. Para mí era una cosa factible y no de gran trabajo el poner enteramente al corriente el tomo segundo, *El Derecho penal estudiado en la legislación vigente en España*. Lo que representaba un trabajo, cuyo alcance no pude apreciar desde luego, era refrescar, como decía, el tomo primero, *El Derecho penal estudiado en principios*. Mi negativa á lo que aquel honrado comerciante de librería deseaba, rompió el principio del trato con el editor frustrado de la segunda edición de mi libro. Quedó, sin embargo, en mi pensamiento la idea de una segunda edición, á que me llevaba por un lado mi amor propio y mi vanidad de autor, que no parecía reñida con mi interés. Durante años ha reñido en mi interior frecuentes batallas la idea de una segunda edición con la pereza, que empieza á ser crónica cuando se llega á la edad en que me encuentro y al estado de espíritu en que me hallo. Ha vencido al fin el pensamiento de una segunda edición, y ha alcanzado el carácter de resolución firme, que hoy empiezo á practicar.

Pero no sin razón y sin causa he expuesto los antecedentes de mi pensamiento: la idea de refrescar el libro primero, como decía el frustrado editor de mi obra, me ha llevado á estudiar detenidamente el asunto, y me he convencido de que era para mí completamente imposible.

Cuando se publicó la primera edición concluía la evolución del Derecho penal, y había llegado á su mayor altura el sistema espiritualista con la escuela correccionalista. Mi trabajo es el de resumen de aquella escuela, que tan gloriosas tradiciones conservará siempre. Al concluir ese período se levantó el sistema enteramente contrario, que es el que hoy priva, produciendo una transformación completa en la ciencia penal. Entre los principios de la escuela correccionalista y los de las nuevas escuelas (que también tienen sus principios, aunque sean ó pretendan ser positivistas y atenerse exclusivamente á los hechos) hay un antagonismo evidente. No era materialmente posible el convertir una obra tan eminentemente espiritualista como la mía en obra de principios y doctrinas materialistas. O era preciso escribir una obra positivista, no dejando de la antigua siquiera el nombre, ó era necesario dejarla como estaba. Confieso que para hacer lo primero me faltaban muchas cosas, y entre ellas la principal, la fe en los nuevos principios, pues mis convicciones no habían cambiado. Nada se oponía á lo segundo, y esto es lo que he adoptado resueltamente.

Puesto que hay algunas personas que desean conocer mi obra, no necesitan buscarla en la librería de libros usados; la encontrarán á precio económico en las librerías de libros modernos. Yo, honradamente les advierto, sacándoles de un error en que pudieran caer por la fecha de esta segunda edición: compren un libro viejo, aunque no usado.

Lo que podía hacer, y con mucho gusto hago, es corregir frecuentemente por una nota al pie de la página y alguna vez en el texto mismo, los errores, las exageraciones del juicio en la primera edición ó deficiencia notada y fácilmente corregible.

Yo pienso honradamente que sustituir la doctrina que se llama clásica por las escuelas llamadas nuevas es, no un progreso, sino un notable retroceso. Me figuro al dueño de un castillo colocado en la cima de una montaña que presentase hermoso panorama, y que al enseñar á sus huéspedes y visitantes

les dijese: «Ahora que ustedes han admirado este magnífico panorama, quiero que vean ustedes otro nuevo horizonte»; y bajando las escaleras y entrando en la cocina ó en las cuevas del castillo, se las presentase como ejemplo de los *nuevos horizontes*.

Pero los estudios antropológicos y aun positivistas del nuevo Derecho penal están llamados á prestar importantes, singulares, aunque modestos servicios. Refrenar alguna exageración de las escuelas espiritualistas, reducir á sus verdaderos límites ciertos hechos expuestos algo fantásticamente por las escuelas antiguas y principalmente por las correccionalistas que conservan algo de románticas. Al que pretenda conocer perfectamente el castillo de que hace poco tratamos, le conviene ver los cuartos principales, en los que gozan de hermoso panorama; pero no les es indiferente, ni mucho menos, conocer la cocina y la cueva: sólo que al enseñárselas no debe decir el dueño, si no quiere que los visitantes se echen á reir, que ahora van á ver los *nuevos horizontes*. Ningún esfuerzo verdaderamente meditado y profundo puede quedar enteramente perdido para la ciencia; no estimo que el de las escuelas antropológicas quede perdido en absoluto. Dudo mucho que haya llegado el momento psicológico de efectuar la recomposición definitiva del Derecho penal. El ardor de las escuelas nuevas no ha concluído por completo todavía; la intransigencia de los principios, como todo lo que es verdaderamente nuevo, impiden aún la crítica razonada y fría; estamos en el período de la lucha, por más que este período toca á su término. Se pueden reproducir las doctrinas antiguas, y cuando más indicar los cambios que las nuevas pueden introducir. Esto es lo que sustentamos nosotros.

En cuanto á la segunda parte, que se ocupa solamente del Derecho positivo, sucede todo lo contrario. El Código penal de 1870, que regía cuando se publicó, que reformó al de 1848 de un modo mezquino y tímido, en el sentido de la escuela correccional, y á quien se dió, cuando se discutía, el título de

Código de verano, y, sin embargo, ha resultado Código de todas las estaciones, no sólo rige todavía, sino que no hay indicios de una reforma fundamental. Alguna ley especial se ha promulgado por necesidad ó por imitación, que obedece tímidamente á los precedentes de las leyes que las dieron origen. Pero al fin se acomodan en su aplicación al Código actual, y es posible, por consiguiente, reproducir la segunda parte de mi obra tal como se escribió. Reproducir la exposición de las leyes publicadas desde su aparición; ponerla al corriente de la jurisprudencia conocida desde entonces, que no varían en su espíritu, pues recaen sobre el mismo precepto legal, no es cosa difícil ni trabajosa.

La escuela penal antropológica inaugurada en Italia por Lombroso, ha venido á ingertarse en la naturalista de Damnsen y Hebert Spencer, cuyos principios, tendencias y espíritu se aceptan, aunque emplee expresiones más francas y más resueltas. Una y otra se fundan en los hechos, única cosa que consideran verdadera. Deséchase como fantasía la mera investigación filosófica, se la llama metafísica. La humana inteligencia, dicen, no puede llegar á otro caso que á un conocimiento relativo de las propiedades de las cosas y á las leyes bajo las cuales se desenvuelven.

La esencia de las cosas, su verdadera naturaleza, constituye la esfera de lo incognoscible; pertenecen á la religión, pero no á la ciencia. Un hecho se funda en otro hecho más general; un hecho se explica por otro hecho, pero pasamos de uno á otro y no llegamos á ninguno que nos permita precisar la naturaleza y esencia de las cosas, que es lo incognoscible. La filosofía es el conocimiento completamente unificado; la falta de conocimiento de la ley, de la explicación unificada, constituye el conocimiento vulgar. Los conceptos generales, como cuál son el destino humano, el bien, el delito mismo ó el derecho, como no pueden aperebirse por la simple observación de los hechos, no son asunto de que se ocupa la ciencia positiva, que los considera como pura metafísica y no dignos

de estudio. Por esto el ilustre Garofalo, en uno de los capítulos de su criminología, dice terminantemente: «en suma, exigimos que no el jurista, sino el naturalista, sea el que defina el delito». «Sólo cuando el naturalista haya sabido qué debe entenderse por delito, entonces podrá decirse quiénes sean los delincuentes, al modo que se pregunta al químico qué es la sal y qué es el ácido, y al físico que es la electricidad, el sueño ó la luz». Como es consiguiente, Garofalo y todos los positivistas, queriendo saber qué es el delito natural, no se lo preguntan al naturalista, ni al jurisconsulto, sino al filósofo, porque después de haber hecho examen minucioso de los diversos pueblos en diferentes estados de civilización, no hallando respuesta satisfactoria, concluye que «es preciso renunciar absolutamente á la esperanza de poder formar un catálogo de hechos universalmente considerados como vituperables y universalmente castigados, y que para buscar la noción del delito natural importa cambiar de método y abandonar el análisis de las acciones y sustituirlo por el análisis de los sentimientos». Por este nuevo camino, que es el de la filosofía del silogismo y de la metafísica, llega á considerar como delito natural los hechos que se oponen abiertamente al sentimiento de la piedad y de la justicia, pretendiendo, sin embargo, negar la realidad del concepto abstracto de piedad y de justicia como puramente metafísicos.

No pretendemos nosotros juzgar ahora los sistemas positivistas y su método, si son lógicos con él, ni aun directamente las modernas escuelas penales, que aparentan tomar un nuevo rumbo distinto de las antiguas, consideran la pena como una reacción, el hecho bajo el punto de vista sociológico, ó sea del interés social ó general; sólo intentamos justificar que esta segunda edición aparezca con escasas variaciones de la primera.

Convenimos, en gran parte, con el ilustre Enrique Ferri que en la introducción que ha puesto á la traducción española de su obra *Los nuevos horizontes del Derecho Penal*, por don

Isidro Pérez Oliva (1), al examinar la obra del Sr. D. Félix Aramburo *La nueva ciencia penal* (2), reconoce que existe una profunda y sustancial diferencia, no sólo en las teorías particulares del Derecho penal, sino también en los principios filosóficos fundamentales y hasta en el método de su estudio, de modo que la discusión no puede ser útil, sino que aun la cree imposible, como entre personas que hablan distinto idioma y no comprenden el de su adversario. Lo que dice Enrique Ferri es exacto. Para hacer la comparación entre las escuelas positivistas y antropológicas del Derecho penal y las escuelas clásicas, es preciso subir más arriba que las consecuencias que deduce, empezando por el método que unas y otras siguen y aplican, aunque no sin excepciones, no siendo inútil el formar un pequeño diccionario de ciertas palabras que los antropólogos toman en un sentido muy diferente que el que realmente tienen en el lenguaje corriente de la ciencia actual, como *hecho de conciencia, sentimientos morales, actos psicológicos* y otros muchos. Por eso no pretendo yo, en esta introducción, hacer un estudio profundo de las nuevas escuelas, sino limitarme á aquellos puntos en que las nuevas escuelas aparecen á primera vista más opuestas á la clásica, y aun al buen sentido.

Para conseguir lo que pretendo, es oportuno consignar textualmente lo que Enrique Ferri, uno de los más notables criminalistas de la escuela, establece en su obra *Los nuevos horizontes del Derecho y procedimiento penal*, entre los principios de la escuela clásica y de las nuevas escuelas (3).

Entre los puntos esenciales del Derecho criminal y penal,

(1) *Los nuevos horizontes de Derecho y procedimiento penal*, por Enrique Ferri, versión castellana, por D. Isidro Pérez Oliva.—Madrid, Góngora, 1887.

(2) *Nueva ciencia penal. Exposición y crítica*, por Félix Aramburo y Zuloaga.—Madrid, 1887.

(3) Enrique Ferri: *Los nuevos horizontes del Derecho y del procedimiento penal*. Pág. 23. Madrid, 1887.—Traducción española.

como se ha entendido hasta ahora, se fijan estos tres postulados:

1.º *El hombre está dotado de libre albedrío y de libertad moral.*

2.º *Los delincuentes tienen las mismas ideas y sentimientos que los demás hombres.*

3.º *El efecto principal de las penas, es impedir el aumento de los delitos.*

Nosotros encontramos estas conclusiones en la ciencia experimental:

1.º *La psicología experimental ha demostrado ser una pura ilusión el libre albedrío.*

2.º *La antropología ha demostrado con hechos que el delincuente no es un hombre normal, sino que constituye una clase especial que, por la anormalidad orgánica y física, representa en la sociedad moderna las primitivas razas salvajes, en las que las ideas y los sentimientos morales, si existían, era en embrión.*

3.º *La estadística prueba á la evidencia que el aumentar ó disminuir y el desaparecer los delitos, en gran parte proviene de otras causas que no son las penas sancionadas por los Códigos y aplicadas por los magistrados.*

Pasemos, pues, á decir algunas palabras sobre estos tres llamados postulados, procurando no emplear en este trabajo argumentos que tengan demasiado carácter metafísico.

Que el hombre está dotado de libre albedrío y de libertad moral, es un hecho de la conciencia íntima sugestiva y personal, y, como todos los de su clase, repugnan á toda prueba verdadera á que pueden someterse las verdades de las ciencias exactas. Que el hombre se siente libre en su determinación, es un sentimiento que no puede tener otra prueba que su conciencia misma; toda otra prueba de la observación interna es verdaderamente ineficaz. Si para el antropólogo la observación interna es falaz, sujeta á ilusión, y, por consiguiente, ineficaz, nosotros, negando que pueda haber otra cosa más digna de consideración que la observación que cada uno hace en sí pro-

pio, confesamos la imposibilidad de otra clase de pruebas que los adversarios piden, porque no convencerían más que á los de antemano convencidos. Ferri declara en el capítulo primero de *Los nuevos horizontes* «que el libre albedrío ó libertad moral es la manifestación más fácil y espontánea de la conciencia íntima, y no se ha puesto en duda por nadie.» Pero añade en seguida «que es una pura ilusión derivada de los desconocimientos de los precedentes inmediatos, ya fisiológicos, ya psíquicos, de toda deliberación voluntaria.» Por más que no se dé á estas palabras otro sentido que el que tienen dentro del sistema que profesa el autor, en que los datos fisiológicos y psíquicos no representan otra cosa que un estado de las sensaciones corporales, podemos convenir con Ferri (1) que sólo el tiempo es el llamado á decidir la cuestión. Por lo pronto, podemos calcular que si el solo gran descubridor de verdades es el que ha de dar la solución, tiene que hacer provisión de paciencia el antropólogo, pues si á los sentimientos les sucede que necesitan años y años para penetrar en la inteligencia humana y ser sustituidos por otros contrarios, el sentimiento y la libertad moral que existe en el hombre seguramente hace más de treinta siglos, tardará mucho en desaparecer y ser sustituido por el pensamiento, que es una vana ilusión, el libre albedrío.

Pero conviene mucho fijar los términos y el alcance que se da á las frases libre albedrío y libertad moral.

Todo el que en último caso tiene el convencimiento de que la última palabra en la dirección de los actos pertenece á la voluntad humana, sostiene la libertad moral. No hay grados, no hay términos medios dentro de la escuela. Suponer que el libre albedrío es absoluto y que nada, ni físico ni moral, puede alterarlo ni disminuir su intensidad, es un concepto demasiado

(1) Introducción á la traducción de Pérez Oliva, *Los nuevos horizontes*, pág. XI.

burdo, demasiado grosero, tan contrario á la libertad moral como á los hechos de la más vulgar experiencia.

Nadie ha sostenido formal y seriamente que el libre albedrío consista en determinarse á un acto sin encontrar cosa alguna que se oponga á esta determinación voluntaria. Los partidarios de la libertad moral en el querer, es decir, los partidarios todos de las antiguas escuelas ortodoxas, pertenecen á la que Ferri llama libertad moral limitada, porque admite la existencia de hechos ó estados más ó menos transitorios que destruyen la libertad moral, como la locura, el sueño, la enfermedad y otras causas, y en otros casos amenguan la libre determinación, como la edad juvenil, la viciosa educación, la pasión, los estímulos poderosos de ésta, etc., etc. Los partidarios de la libertad moral que Ferri llama limitada, no aspiran á dar un paso en la negación del libre albedrío, sino á acomodarse á la verdad de los hechos y á lo que la recta conciencia dicta. El culpable, en su conciencia, no piensa nunca en decir: «No tengo la culpa, por que no soy un hombre normal, sino fisiológicamente anormal; y ¿qué puede usted esperar de un hombre anormal como yo, más que el delito? Del propio modo que el peral no puede dar más frutos que peras: el árbol está destinado á dar ese fruto especial, y yo estoy determinado fisiológicamente, lo mismo que él, á dar por fruto el delito.» Lo que dice siempre es: «Yo soy criminal, pero no tan criminal como se supone. Obré en un momento de pasión, por arrebató; obré impulsado por las circunstancias, que me inclinaban al mal, pero al fin y al cabo soy un criminal, aunque tengo á mi favor circunstancias atenuantes.» El criminal, por consiguiente, acepta la pena, ó al menos no discute en el fondo su justicia. Este es el lenguaje común del delincuente, y él mismo está convencido de que es responsable; y, por consiguiente, será difícil que prevalezca la doctrina de que es una pura ilusión el libre albedrío. La escuela determinista supone que el hombre no se determina por sí ó por su voluntad, sino que es determinado por móviles ó motivos que le determinan, es decir, necesariamente; y cono-

cidos estos motivos ó móviles, puede saberse con seguridad cuál sea su conducta, como puede saberse el efecto de una máquina conocidos los elementos que la componen y la fuerza que se aplica. La escuela del libre albedrío sienta que el hombre es excitado por impulsos exteriores, pero que obra libremente, lo mismo cuando se deja llevar de ellos por ser legítimos, que cuando los vence y somete por no ser legítimos. La libertad supone necesariamente la existencia de una ley, principio de conducta impuesto, no como una necesidad física, sino como una necesidad moral. El sujeto obligado á cumplir moralmente la ley, cuando la cumple venciendo los obstáculos que le tienen apartado de ella, es verdaderamente libre; cuando se deja vencer por ellos, hace mal uso de esa noble facultad: la libertad no consiste en infringir la ley, sino en cumplirla.

Por esto mismo, el que se acomoda á la ley con motivo racional de practicar el bien, que es la ley, hace uso de su libertad. Pero el que la cumple sólo por un motivo egoísta, porque al ejecutarlo le trae ventajas, porque el bien, además de serlo, le es útil y beneficioso, practica el bien, aunque impulsado por motivos menos elevados, si se quiere menos morales, pero lo practica. Y como muchos hombres ejecutan el bien y cumplen la ley por motivos egoístas, y esto queda oculto en el fondo de la conciencia; el antropólogo que niega el libre albedrío, cuando nota que la conducta del hombre es anteriormente acomodada á la ley, induce que el motivo que le obligó á obrar se le imponía como una necesidad material y no como una necesidad puramente moral. El antropólogo, pues, no cuenta como actos libres más que los actos de insubordinación y, sin embargo, sólo el cumplimiento de la ley demuestra la libertad, y los actos que la desconocen son los actos de verdadera servidumbre.

Por esta extraña y providencial coincidencia y esta coordinación entre lo bueno y lo útil, entre lo bueno y lo agradable, se puede predecir con alguna probabilidad la conducta gene-

ral de los hombres y cabe reducir á estadística los hechos morales ó capaces de ser movidos por el libre albedrío. Así, cuando se examinan los actos humanos en grandes masas, en un pueblo se puede prescindir de la libertad y no resulta inexacta la apreciación como si la libertad no existiera y los hombres fuesen movidos ordinariamente por los impulsos que los incitan, lo cual hace posibles los juicios históricos.

No puede, pues, en buena lógica prescindirse de los profundos estudios de la antropología criminal, porque en el Derecho penal y en las demás ciencias morales y políticas están llamados á producir cambios y transformaciones, aunque más humildes y menos graves que las nuevas escuelas suponen. Cada día los hechos puramente físicos ó del organismo humano son mejor conocidos, y por consiguiente se nota el influjo que han de producir sobre los actos del espíritu. Y como el hombre lo es sólo por la unión de la parte material con la inmaterial, el espíritu y la materia constituyen el completo conocimiento de todo hombre. Los hechos que destruyen la responsabilidad criminal, que otras veces amenguan ó debilitan el libre albedrío, como la embriaguez no completa, el sonambulismo, etc., tienen raíz y nacimiento en hechos del organismo humano, y las causas de exención y atenuación consignadas en los Códigos penales y en las obras doctrinales de Derecho son todavía escasas, y conviene aumentarlas siguiendo el camino que nos trazan los sistemas de antropología criminal, con tal que no se niegue el principio de libertad moral.

Cierto que el problema práctico de dar valor á mayor número de datos que hay que apreciar para llegar á la responsabilidad penal se acrece cada día. Pero el problema no se resuelve por el sistema de suprimir las incógnitas en las ecuaciones, porque esto equivale á suprimir parcialmente la justicia. En matemáticas las incógnitas no se suprimen: se despejan, es decir, se aprecian ó se tienen en cuenta; las nuevas escuelas son las que, por considerar el problema más difícil, pretenden simplificarlo suprimiendo los datos del problema, por lo cual

han sido calificadas en Italia con la denominación de simplistas, es decir, simplificadoras.

Veamos cómo simplifican el problema. Valuar la responsabilidad con arreglo á la intención del agente es cosa no muy fácil en muchos casos: en vez de esto se sienta el principio de la mayor temibilidad del agente, es decir, el temor que la sociedad siente por el acto del criminal. La pena es proporcionada cuando la reacción que representa ofrece la garantía suficiente para que el mismo acto no se repita por el mismo perturbador ó por otros hombres, alentados por la impunidad; la *spinta* criminal del delito es igual á la *contra spinta* penal del castigo, ó, en castellano, la excitación al crimen que produce la impunidad es proporcionada al efecto que produce la gravedad de la pena con que se castiga. El interés social determina, pues, la importancia de la pena, no la inmoralidad interna del acto. Valuar la reacción ó la pena del delito por la temibilidad del autor del hecho, simplifica algún tanto el problema: que el agente sea loco ó sano de espíritu importa poco: al loco, como al cuerdo que ocasiona el daño, se le impone la pena: la reacción es la misma. Y, sin embargo, la anormalidad física del agente (en el lenguaje de la escuela la locura ó sanidad de espíritu del criminal) es de apreciación muy difícil, pues entraña la apreciación de si el móvil del delito determina el acto del agente que obró contra el sentimiento de piedad ó sentimiento de justicia que los hombres de su tiempo y de su raza tienen en general. Pongamos un ejemplo, tomándolo de Garofalo, cap. IV de su *Criminalología, Sistema racional de la penalidad*. Un hombre priva de la existencia á un semejante. Puede el homicidio ser un acto de un asesino: de un simple homicida: por actos violentos ó impulsivos. La pena del primero es la relegación absoluta é irrevocable, la supresión de la vida; la pena del segundo, relegación temporal, que empezará por un período de observación, de cinco á diez años, después de cual período se resolverá definitivamente si la relegación debía cesar ó continuar. El ase-

sino es un malhechor incorregible, no asimilable á la sociedad en que vive, pero para distinguirle del simple homicida no basta la muerte de un semejante, es preciso que vaya acompañada de otras circunstancias, que revelen una ausencia absoluta del sentido moral, ó una crueldad instintiva. Algunos hechos por sí solos revelan la ausencia de estos dos sentidos. No es guía segura para ello la premeditación, porque muchas veces la venganza de sangre es premeditada, y, sin embargo, el agente es movido por una falsa idea del deber. El criterio, pues, para distinguir á los asesinos de otros homicidas, debe ir acompañado de algunas circunstancias del delito que revelen la crueldad instintiva y la crueldad total del sentido moral. Garofalo señala las siguientes circunstancias: 1.^a Homicidio cometido con el fin de una pura satisfacción egoísta, como el deseo del lucro ó recabar por la muerte de un hombre una ventaja personal, ó evitar un daño ú obtener un placer. En este último caso todavía es preciso distinguir el deseo que quiere satisfacerse con el homicidio: puede ser patológico, como matar á una persona después de haberla violado, ó gozar de la vista de la sangre ó de la carne dislacerada (necrocefalia). Este es el caso de Papavoine y, probablemente, el de Jak el destripador. Es una variedad del asesino loco. Pero el deseo puede no tener ninguna anormalidad, porque el satisfacerlo puede ser un placer para cualquiera otra persona, y la anormalidad moral del delincuente se revela por el medio criminal adoptado como el fin de librarse de un rival ó de un émulo. 2.^a El caso de un homicidio cometido sin que por parte de la víctima haya provocación alguna que explique una reacción violenta en un hombre normal, como una injuria inmerecida ó una injusticia. Tal es el caso general de un parricidio, porque la injusticia de un padre no implica la venganza de un hombre dotado de una constitución psíquica normal. Tal es el caso, por el mismo motivo, del homicidio de un bienhechor á quien se debe obediencia y respeto. El homicidio cometido en venganza de un hecho que no tendría importancia para un hom-

bre normal, pero que la adquiere para el criminal á causa del modo excesivo de la reacción propia de su organismo, por un temperamento colérico ó exageración de su amor propio ó susceptibilidad extrema. Finalmente, el homicidio de un desconocido inofensivo se suele llamar homicidio por brutalidad malvada, que no tiene otro objeto que probar la fuerza muscular ó la destreza en manejar las armas, hecho muy común entre los salvajes, y no del todo desconocido entre los pueblos civilizados. 3.^a El caso de la barbarie en la comisión del delito. La sevicia que debía hacer pasar á la víctima un largo suplicio tiene la prueba que el homicida es un asesino, porque sin una excesiva anomalía moral no es posible concebir una cosa semejante. Todavía en estos últimos casos pueden distinguirse los locos de los sanos de espíritu. Muchos de ellos se cometen por los locos epilépticos y muchos por hombres en el pleno goce de sus facultades intelectuales; sólo que tienen una anomalía moral, que constituye una enfermedad, aunque esta anomalía moral es propia de los asesinos. Pero en todos estos casos, para determinar el tipo del asesino, son indiferentes el sexo y grado de inteligencia, siempre que el reo tenga conciencia (conocimiento) de lo que hace, que no permita esperar una transformación de sus instintos, y por necesidad de la práctica puede fijarse entre quince y diez y seis años. El temperamento, la violencia del impulso, el tiempo de la reflexión, cualquiera que sean las circunstancias que concurran, la posibilidad que hay al acometer tales acciones, es suficiente á revelar la total falta de los instintos de piedad, ó sea la crueldad innata y anómala relativamente á las razas superiores.

Se ve, pues, que ni aun siquiera diferenciar al asesino del homicida, para el filósofo, es cosa llana y sencilla, pues ni siquiera basta la muerte del padre, del hijo ó de la consorte; la alevosía, el ensañamiento aumentando deliberada, inhumanamente, el dolor del ofendido, la premeditación de otras circunstancias semejantes que nuestro Código actual en España consigna.

Pasando á la segunda clase de delincuentes, que es la llamada delincuentes violentos ó impulsivos, en los cuales á la falta de piedad se asocia un prejuicio, según la idea y el punto del honor de un deber de venganza heredada de las tradiciones de familia ó de una clase entera social. Los tales cometen homicidios ó atentados contra las personas, no sólo por la satisfacción egoísta, sino más bien por efecto de un verdadero altruismo, fundado en el prejuicio religioso ó político. A la anomalía moral del reo, y por tanto, su modo de sentir en general, se agrega el aspecto más grave de la provocación, y el delito asume entonces el aspecto de una reacción; y si ésta no fué muy desproporcionada, al modo de sentir de la gente que le rodea, el reo no se distingue extraordinariamente de sus semejantes. Sus sentimientos no están al unísono del pueblo honrado; sin embargo, no resultan excesivamente anormales; la diferencia de la reacción es censurable, pero no imperdonable, y el hecho del criminal, hasta llegar al homicidio, debe considerarse como una diferencia en el grado; pero para que el sentido moral común pueda considerarse como menos gravemente ofendido, es necesario que la provocación sea apreciable y consista en una ofensa adecuada al sentimiento universal. Cuanto es relativo á la individualidad del reo, no puede tenerse en cuenta: si un hecho constituye por sí una provocación, quiere decir que se trata de un individuo anormal, que se resiente de un modo excesivo de las provocaciones externas, y, por tanto, no es menos peligroso para la sociedad. Dado, pues, que por el homicidio había sido más gravemente ofendido el sentido común moral porque la provocación al delito por un acto injusto cuyo efecto sea igualmente apreciado por otro, ¿cuál es el medio represivo más conveniente y útil? A esto no puede responderse sin un análisis de las diversas clases de hechos que constituyen la provocación, porque la gravedad de ésta está en razón inversa de la moralidad del reo, y, por consiguiente, su aptitud para la vida social. Puesto que el delito toma el carácter de una reacción, tanto es menor

la anomalía del delincuente cuanto más se avvicina á los demás hombres. Entra después Garofalo á examinar el caso de sentimiento de honor familiar, y dice que deben considerarse la clase social, sus tradiciones, el país ó sitio en que se cometió el delito y la atmósfera social que rodea al reo, la familia, etcétera, etc.

Basta, pues, lo extractado para el objeto en que yo me ocupaba, que era determinar si el delincuente que quita la vida á un semejante es un asesino que merece la pena de eliminación absoluta, ó un homicida violento é impulsivo que merece la pena de relegación ó extrañamiento por un tiempo indeterminado, con arreglo á la que con el criterio de la inmoralidad del autor mismo, y no me parece más fácil determinarlo con arreglo al criterio de la temibilidad del autor que al de las nuevas escuelas. Sólo la comparación entre la acción del delito y la provocación, motivo impulsivo de él; sólo la comparación entre el beneficio recibido y la obligación del agradecimiento; sólo el apreciar la proporción racional entre el acto y la vindicación de la ofensa recibida, dejando aparte el problema de la locura ó la anormalidad del reo, cuando tan vacilante es, seguro y contradictorio se muestre, el criterio que nos da la escuela antropológica para distinguir la normalidad mental de su perturbación presenta dificultades tan importantes y numerosas, que no podemos acceder en este punto á llamar simplificadores á los modernos simplicistas, y nos anima la franqueza de la confesión del célebre simplicista Enrique Ferri (1). Empieza por afirmar que todas las ciencias fenómenos vitales de los actos humanos, tanto fisiológicos como psíquicos, tienen un carácter de certidumbre relativa, carácter que es inseparable de todas las ciencias en sus comienzos. Están en una fase calificativa, y no han alcanzado aún la perfección cualitativa que es la propiedad de las cien-

(1) Página 133.

cias físicas; es decir, que no han alcanzado la proporción cuantitativa, y sólo aspiran á la proporción cualitativa, que es lo mismo á que ha llegado la escuela clásica, y confiesa humildemente el Derecho positivo en uno de los Códigos más modernos, el holandés, que fija la clase de pena y deja al Juez el determinar la duración en cada caso.

La dificultad se aumenta por el sistema de las escuelas modernas, empeñadas en determinar los caracteres de los delincuentes, y no las condiciones que han de reunir los actos que éstos ejecuten, pues en buena lógica, lo mismo da decir quiénes son asesinos, qué decir que es asesinato, quiénes son homicidas violentos ó impulsivos, qué es homicidio simple, siendo más fácil decir lo segundo que lo primero, inclinando á lo contrario la frase que tanto se prodiga en las obras de antropología criminal. Los antiguos médicos estudiaban la enfermedad como una cosa independiente y ajena al enfermo; los modernos médicos estudian, ante todo, al enfermo.

Pero dejando aparte lo más fácil ó más difícil, la evaluación de los delitos, la criminalidad del delincuente, veamos las consecuencias para la valuación efectiva de la pena. El Derecho positivista penal no se preocupa más que de la reacción del orden social contra el agente. El delito debe llamarse previamente la ofensa contra el orden. La pena, pues, propiamente defensa. Como el orden social no es un orden ético ó espiritual, sino algo material y tangible, importa poco que la ofensa provenga de un ser moralmente responsable ó de un hecho consciente: su esencia es que causa daño ó perjuicio. Pero en las escuelas positivistas, el homicidio que produce un loco, el que ocasiona un criminal ó una fuerza ciega de la naturaleza, no deja de ser un homicidio, y, por consiguiente, una ofensa al orden social, y reclama una reacción que salve ese orden: esa reacción es la que representa la pena del Derecho criminal, ni más ni menos. Si la ofensa ha sido causada por la fuerza ciega de la naturaleza, no hay posibilidad de pena; como represión, no queda más que la preventiva, dando

nueva dirección á la fuerza para que el hecho no se repita; si es causada por un ser animado, hombre ú otra especie inferior (sin negar en absoluto que el bruto pueda ser objeto de pena), tendrá un dueño, y contra el dueño ejerce la sociedad su defensa; si es loco el que ocasiona el daño, contra el loco se defiende. Las escuelas clásicas consideran al dueño dotado de libre albedrío, y por esto piensan que la defensa puede obtenerse por imposibilidad moral de que el acto se repita, ó por la imposibilidad puramente material, privándole, si el hecho se repite (si el Derecho lo permite), de los medios de dañar, ó por el encierro en una cárcel. Los positivistas miran el perjuicio al orden social, sea el autor de la acción un ser libre ó no lo sea, loco, criminal, incorregible. Los actos de todos ellos los mira como fatales, y al sujeto movido por los impulsos del organismo; del medio ambiente en que nació, y que se ha desarrollado; de la herencia física que más ó menos le han transmitido sus antecesores, y por las demás circunstancias accidentales que le rodean y que le determinan á obrar. Si sus actos son penales y el sujeto no es adaptable á la sociedad en que vive, le elimina en absoluto por la pérdida de su existencia, ó por la reclusión perpetua; si sus actos no son tan terribles, le impone la eliminación temporal por cierto tiempo, con la pérdida de sus derechos civiles y políticos.

Pero obsérvese que en el proceso criminal se trata al hombre como pudiera tratarse á cualquier bestia. El hombre no se distingue del animal sino por la cualidad de determinarse por sí, al paso que la bestia, cualquiera que sea la especie á que pertenezca, está fatalmente determinada; y como en el delito de la escuela antropológica no se tiene en cuenta para nada la libertad moral, la pena de los antropólogos no aspira á su mejoramiento moral, sino únicamente á cambiar sus condiciones exteriores, ó mejor dicho, que le llevan á obrar necesariamente. El Derecho penal antropológico es un derecho bestial, aplicable lo mismo al hombre que á los animales.

Un centenar de langostas ha aparecido en un cortijo de An-

dalucía y amenaza destruir la cosecha del cortijo: pero no se propaga en forma de plaga. Es una desgracia: el hecho no interesa al orden jurídico, y la reacción social queda en el círculo de los sentimientos á la opinión pública y de las consecuencias económicas naturales. Pero después de haber soplado un viento terral que viene de África, una porción de cortijos y propiedades de las costas de Andalucía aparecen infestadas de langosta, que amenaza propagarse por el territorio. Los gobernadores de las provincias lo ponen en conocimiento del Ministro de la Gobernación; los diputados por aquella región acuden al Ministerio, y al mismo tiempo los propietarios; al fin la plaga es declarada nacional: desde este momento es una cuestión sociológica; interesa al orden jurídico, es decir, interesa á la tranquilidad pública. En seguida se manifiesta la reacción contra el peligro, por la temibilidad que inspira el número considerable de insectos y su insaciable apetito, y se piensa en defenderse de su acometida. Nadie imagina seguramente en moderar por buenas razones la voracidad del insecto; nadie se acuerda de si la langosta tiene derecho á vivir y á desarrollarse con arreglo á sus instintos, y sólo se piensa en destruirla por los medios más seguros, rápidos y económicos, y se ponen en vigor las medidas promulgadas para la extirpación de la plaga, y ufanos muestran pronto los ejecutores montones de insectos quemados por el petróleo ó la lucilina. ¿Qué diferencia esencial hay, ni aun accidental, entre el Derecho penal aplicado á la extinción de la langosta y el Derecho penal aplicado á los criminales? Ninguna. En el primero, no se tiene para nada en cuenta la intención moral del insecto invasor ni los derechos que pueda tener; sólo se mira la extensión de la plaga por el número de los invasores; su voracidad, es decir, la misma temibilidad del delincuente, y se aplica sin piedad la eliminación absoluta. Tampoco se mira nada de esto en el segundo; se pena al loco, al imbécil, al hombre cuerdo, porque todos son igualmente temibles como las langostas, y aun se aplica la pena de muerte si no son adaptables á la vida

de la civilización. Una y otra medida es una pura reacción contra el hecho que amenaza, en proporción análoga al mal, á la temibilidad del actor. Un nuevo horizonte se ha descubierto á nuestros ojos: el nuevo Derecho penal puede equipararse á las medidas para la extinción de la langosta.

Es más: desde el punto de vista práctico y positivo es más inferior y más imperfecta la legislación antropológica que la clásica. Cuando el hombre quiere domesticar al bruto y hacerle que preste sus servicios y por consiguiente, se incorpore en cierto modo á la sociedad humana, si halla que el organismo físico del animal se opone á ello y no puede domesticarle, modifica en cierto modo su organismo físico y mediante una operación quirúrgica, le modifica y le convierte en animal doméstico. El toro salvaje ó bravo, le convierte fácilmente en el útil, paciente y cachazudo buey, que tan buenos servicios presta á la agricultura y á la industria, y aun el caballo indómito y rijoso se trueca en manso y dócil mediante una operación semejante, que no deja de aplicarse á otros animales de diferentes especies. ¿Por qué la escuela antropológica, que no considera al hombre más que como un animal cualquiera, efecto de la evolución darviniana, y que tantos ejemplos aduce de los animales para confirmar la tesis de sus doctrinas, no se decide á proponer en el criminal nato incorregible y no adaptable á la sociedad en que vive, la operación quirúrgica que tan buenos resultados ha producido en el buey y en el caballo, que les ha convertido en domésticos ó adaptables? Esta idea es muy conforme con el Derecho penal antropológico, porque ha de cambiar las condiciones físicas del agente é influir poderosamente en ellas, cambiando su condición indómita en otra más adaptable á la sociedad en que vive y en la que ha nacido: en la domesticación práctica del sujeto no adaptable, sin que valga la consideración de que al hombre no le es lícito alterar la naturaleza física y corregir la obra de Dios, porque esto es pura metafísica, argumentos teológicos dignos de mayor desprecio de la escuela. Si es útil, es legítimo: lo que hay que demos-

trar es que no es útil, y que el efecto que produce en el animal no lo produce en el hombre.

Pasemos á examinar el segundo postulado. Que la *antropología criminal demuestra con hechos que el delincuente no es un hombre normal, sino que constituye una clase especial que, por su anomalía orgánica ó física, representa una parte en la sociedad moderna de las primitivas razas salvajes, que en las ideas y en los sentimientos morales, si existen, es en embrión, en vez de considerar, como lo hacen las antiguas, que el delincuente tiene las mismas ideas y sentimientos que los demás hombres.* Tal como están escritas, parecen rigurosamente contrarias las dos afirmaciones. No lo son, sin embargo, en rigor, porque las palabras no tienen idéntica acepción; las ideas y sentimientos morales de la primera significan en la escuela positivista y antropologista algo de material, de orgánica diferencia de los nervios y del cerebro, cosa que en las escuelas ortodoxas significa algo inmaterial, algo de inorgánico, algo que está fuera de los dominios de la rigurosa antropología, entendida como se consideraba la antigua antropología, que era una ciencia física ó descripción del hombre y sus funciones puramente físicas.

Pero, sea esto lo que se quiera, resulta que los hombres se diferencian entre sí esencialmente en criminales y honrados, que cada uno de ellos constituye una variedad ó especie del *genero homo*, como el lobo constituye una especie del género *canis*. Para colocar un animal en una ú otra especie, basta en la Historia Natural examinar atentamente su contextura física, sin necesidad de descender á sus costumbres, á su instintiva afición á las carnes recientemente muertas, ó sea los que pudiéramos llamar, más ó menos impropriamente, sus sentimientos morales. Dentro, pues, de la Historia Natural, y, por consiguiente, tomando la clasificación de las especies, el hombre honrado es el perro doméstico, y el criminal es el lobo ó perro *salvaje*. A los ojos de otros antropólogos, partidarios de la degeneración de la especie, el criminal

es un hombre más ó menos degenerado; el hombre honrado es el que continúa en domesticidad, y el criminal, que ha perdido esa costumbre adquirida, ha vuelto al estado de *lobo* ó *perro salvaje*.

Cuán peligrosas son, aun en la pura sociología, hacer estas divisiones esenciales del género *hombre*, se comprenderá con sólo considerar que no parece posible el distinguirles únicamente en criminales y *honrados*, y que no es posible impedir que se haga esencialmente entre nobles y plebeyos, entre *libres* y *siervos*, porque no costará mucho esfuerzo el afirmar *que la antropología ha demostrado con hechos, que el noble constituye esencialmente una clase especial que, por sus ideas y sentimientos morales, se distingue de los plebeyos*, y por tanto, que deben existir legislaciones diversas ó de castas; la criminal para los delincuentes, la esclavitud para el esclavo, la servidumbre para el plebeyo y el Derecho común sólo para el honrado y libre por la naturaleza.

El puro buen sentido y la ciencia puramente vulgar se oponen á estas clasificaciones y proclaman como cosa inconcusa, de que parten todas las ciencias, que todos los hombres son esencialmente iguales, y todos son accidentalmente diferentes. Si la distinción entre el hombre criminal y el hombre honrado fuesen esenciales, que uno y otro pudieran distinguirse seguramente por sus caracteres físicos, y si fuese exacto, como sostiene formalmente Mudsley, que el hijo de un criminal será forzosamente criminal ó epiléptico ó loco, porque el crimen y la locura no son más que formas diversas de una neurosis, el género humano debería dividirse en dos clases: los hombres honrados y los criminales. El importante papel de *caballo padre* deberá serles permitido á los primeros, porque esta función honrada, ó al menos no perjudicial para la selección y mejora de la especie, conviene únicamente á los *honestos*; pero debe ser suprimida á los segundos, porque la prole está destinada fatalmente á producir sólo locos, epilépticos, neuróticos ó criminales. La castración, pues, único sistema de impedir la

posible reincidencia, es uno de los más eficaces substitutivos penales más importante y seguros, que no debe omitir Ferri.

Mas desde las exageraciones con que empezó la escuela con Lombroso, para el cual caracterizar un *hombre criminal* era una cosa sencilla, ó al menos no sujeta á error, porque bastaba medir la capacidad del cráneo del paciente, ó mirar mejor si el ángulo cefálico era mayor ó menor; si los brazos eran más ó menos largos que las piernas; si las mandíbulas eran prominentes; si los dientes estaban separados ó juntos; si era rubio ó moreno; si tenía la barba escasa, la cabellera encrespada y las orejas separadas del cráneo en forma de asas; si estaba ó no tatuado, se ha llegado á la afirmación de Garofalo y de Ferri, «que el defecto principal de Lombroso consiste en haberse fijado demasiado y haber dado mayor importancia á los caracteres físicos del delincuente» (1), lo que en los verdaderos fundadores de la escuela antropológica es por todo extremo significativo.

Por el contrario, la escuela espiritualista empieza á convencerse que el cerebro es el órgano del espíritu, y que por la unión misteriosa del espíritu en la materia, tanto más enérgica es la función cuanto más poderoso y perfecto es el órgano para desempeñarla; y no se atreve á negar la observación vulgar de que todo hombre que tiene el cráneo achatado, la frente deprimida y la cabeza muy prolongada, tiene escasa inteligencia y voluntad; que hay hombres que tienen cara de bobos y que ordinariamente la experiencia demuestra que lo son, como otros tienen cara de locos, y muchos demuestran por sus actos que lo son. Pero de esto á sostener que la imbecilidad del uno y la bobera del otro es únicamente producida por su falta de capacidad orgánica, y que quien de la propia manera esté organizado es un criminal, media un abismo. Empiézase también á reconocer que las llamadas enfermedades mentales son ver-

(1) Garofalo, *Criminalología*, pág. 65; Ferri, *Los nuevos horizontes*, página 12.

daderas enfermedades como las demás, unas orgánicas ó de nacimiento, otras adquiridas; que pueden éstas curarse por medios ó remedios análogos á las otras. Que por la unión misteriosa del espíritu con la materia, todo accidente que influye más ó menos en el cuerpo puede influir en el espíritu, en la inteligencia y en la voluntad, pero no dominarlas y subyugarlas hasta el grado de hacer perder al hombre su calidad de libre determinación; que los llamados sentimientos, pasiones, no pueden mirarse como simples acciones y reacciones del organismo humano, siquiera se velen con el de movimientos nerviosos, ni tampoco los actos de inteligencia; en suma, que el espiritualista puede no despreciar ningún acto orgánico del cuerpo, y continuar siendo rigurosamente espiritualista sin convertirse en determinista.

Nada me creo obligado á decir del tercer punto que, bajo el nombre de postulado, trata Enrique Ferri. Basta recordarlo para comprender que, lejos de ser un postulado ó supuesto de ninguna doctrina, son afirmaciones de los resultados que predica de una y otra. El efecto práctico y principal de la pena, aunque no única al impedir el aumento de los delitos, es exacto. Pero dudamos mucho que las estadísticas prueben que el aumento, disminución ó desaparición del crimen provenga de otras causas que de las penas sancionadas en los *Códigos é impuestas por los magistrados*. En primer lugar, los datos estadísticos se forman por hechos comprobados, por las decisiones de los Tribunales y por sus sentencias definitivas, y las teorías positivistas que no han salido todavía de la esfera doctrinal de los libros y las explicaciones, que, por ciertas que sean, no están confirmadas más que por conjeturas, por razonamientos que rechaza una comprobación estadística.

Después de esto, ¿de qué Derecho penal se trata? ¿A qué Derecho criminal ó penal habremos de referirnos? ¿Son las penas marcadas por los antropólogos, severos, lógicos, implacables en la aplicación de sus principios, como Garofalo? ¿Son las penas que se marcan por los antropólogos tímidos y filán-

tropos, más contemporizadores con el error que los hombres de justo medio y los doctrinarios, como Ferri, que guarda archivadas en sus libros sus teorías positivistas, y sólo quiere aplicar la parte que no hiera y contraríe al sentimiento de las masas más ó menos incultas de ignorantes? Sin embargo, uno y otro derecho son diametralmente opuestos y contradictorios en la cuestión puramente práctica en que ahora nos ocupamos. Garofalo, el positivista serio é implacable, á los asesinos y á todo culpable que considera que ha demostrado que es incorregible, que no puede pensarse en su adaptación á la sociedad en que ha nacido y vive, declara que la única pena justa es la eliminación absoluta, completa, de la sociedad, y le impone resueltamente la pena de *muerte*. Ferri, después de haber consultado la estadística y calculado los criminales á los que debiera con arreglo á las doctrinas que él acepta en todas sus partes, declara que la aplicación de esta doctrina produciría en Italia, sólo en Italia, 1.500 ejecuciones capitales. Ante la posibilidad de este hecho, Ferri, un positivista que rechaza como fantástico, pura ilusión, lo que no ve más que con los ojos de la carne, que confiesa *que la pena de muerte está escrita por naturaleza en todos los ángulos del Universo y en todo momento de la vida del mundo*, que es perfectamente justa en los casos de legítima defensa, cuando sea absolutamente necesaria, ó *como social, que la selección artificial que practica la sociedad en su propio seno, no sólo sería conforme al Derecho, sino á las leyes naturales*, declara, sin embargo, que es sincera y resueltamente opuesto á esta pena, por ser moralmente imposible en el estado de los sentimientos populares aplicar á 1.500 delincuentes la pena de muerte. Rechazada, pues, la pena de muerte, no queda otra alternativa entre los dos procedimientos eliminativos que la deportación perpetua ó reclusión por tiempo indeterminado en edificio á propósito. Declarada impracticable la deportación, no queda más que la reclusión perpetua, y, como todo pensamiento de posible enmienda de corrección adaptación aplicada á los de-

clarados incorregibles, la reclusión perpetua es pura y sencillamente el almacenaje sin objeto ni aplicación de los muebles viejos, inútiles é inservibles.

Yo no dudo que sea imposible ejecutar en Italia la pena de muerte en 1.500 criminales en un año; pero declaro que para mí no son incorregibles é inadaptables, ni desconfío absolutamente de su enmienda y de su regeneración, pero me repugna declarar que una pena justa, que los sostenedores de la escuela positivista declaran conforme con arreglo á las leyes de la revolución y de la naturaleza, no pueda aplicarse por oponerse á ello los sentimientos populares de una muchedumbre imperita.

Después de esta demostración, puedo dejar á Ferri, Garofalo y á todos los positivistas y antropólogos seguir un sistema que no tiene más inconveniente práctico y positivo que causar horror á todo el mundo.

Verdad es que Ferri ha sentado en el postulado tercero que el aumento, disminución y desaparición del delito no depende de las penas señaladas por los Códigos é impuestas por los magistrados; y como las penas de los Códigos existentes se imponen por los mismos Códigos y se ejercitan por orden de los magistrados, es preciso convenir que se refiere á las medidas y reformas que proyecta en el Derecho civil, en el administrativo, en el fiscal ó de Hacienda, etc., etc., que llama sustitutivos penales, que menciona en la página 269 y siguientes de la edición española de *Los nuevos horizontes*.

Este es uno de los trozos más salientes que ha llamado más la atención del libro, por otro concepto estimable; bien estudiado, sin embargo, es la parte menos original, más floja de la obra, que se presta más fácilmente á la crítica vulgar y que ha sido más censurada en el extranjero y en Italia mismo por los mismos adeptos del sistema positivista antropológico. Á mis ojos no tiene de original más que el título, verdaderamente inexacto, de sustitutivo penal, y confieso que siento cierta repugnancia á tratarlo con cierta seriedad. Suponer que para

disminuir los delitos contra la propiedad y la carestía anormal de los precios sería cosa factible decretar el librecambio absoluto, variando de un golpe el régimen económico del país; para impedir los delitos políticos, los regicidios, las conspiraciones y las guerras civiles, decretar un Gobierno nacional y verdaderamente liberal, es decir, cambiar el régimen político de la patria; para evitar los desórdenes, insultos religiosos, prohibir las procesiones públicas; para disminuir los robos sacrílegos, establecer en las iglesias menos suntuosidad, y finalmente, para evitar muchos delitos contra las buenas costumbres, infanticidios, adulterios, tentativas de aborto, atentados contra el pudor, decretar la supresión de conventos y autorizar el matrimonio de los eclesiásticos, es decir, una reforma en el origen religioso; en el familiar, instituir el divorcio, modificar la legislación sobre herencias, y en lo administrativo establecer la reglamentación conveniente de la prostitución y otras de índole parecida y de solución tan fácil y llana, parece un sueño ó una pesadilla propia de un verdadero simplicista. Las reformas prudentes exigidas por el cambio de las ideas en todos los ramos de la legislación, pueden y deben establecerse, aunque los delitos no se disminuyan y aun se aumenten. Pero esto no es la obra de la legislación criminal, sino de otra rama del Derecho: el Derecho penal se aprovecha de ellas sin buscarlas directamente. Las imprudentes, las que repugnan las costumbres actuales no deben ni pueden hacerse, y muchas de ellas son las que quiere Ferri, y es de temer que produjeran la creación de delitos hasta ahora desconocidos.

Creo con esto terminado el prólogo de esta segunda edición y justificado el haberla hecho sin introducir reformas importantes en el texto. El que quiera hacer una crítica completa y fundamental de las nuevas escuelas del Derecho penal, encontrará fácilmente obras publicadas en España y en el Extranjero.

LUIS SILVELA.

CRÓNICA LITERARIA

EL ABUELO, por B. Pérez Galdós.—CLEOPATRA, arreglo de *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare, por D. E. Sellés.

Dos obras recientes—*El Abuelo* de Pérez Galdós y *Cleopatra*, arreglo de Sellés—han puesto á Shakespeare sobre el tapete..... de las mesas de redacción de los periódicos. Los críticos nos han servido estos días al gran dramaturgo inglés con diversas salsas; *El Rey Lear* y *Antonio y Cleopatra* han sido comparadas con las antes citadas producciones literarias, y de seguro los volúmenes de la *Biblioteca clásica* que contienen las traducciones castellanas de los dramas del autor de *Romeo y Julieta*, han circulado estos días mucho más que de ordinario. Nada se ha perdido con esto, como tampoco con que á propósito de *Cleopatra* se haya recordado á Plutarco, á quien muchos de los que asistieron al estreno de la obra del señor Sellés no conocerían probablemente ni de nombre. Estas comparaciones literarias entre una obra clásica y otra moderna inspirada en aquélla, suelen ser instructivas, y, por otra parte, no es empleado en balde el tiempo que se invierte en recordar á los grandes maestros de la literatura.

Para aquellos lectores de LA ESPAÑA MODERNA (principalmente los extranjeros) que no estén en antecedentes, conviene advertir que las comparaciones entre *El Rey Lear*, de Shakespeare, y *El Abuelo*, de Galdós, han sido motivadas por la

noticia, que publicó la prensa, de que el autor de *Los Episodios Nacionales* tenía en proyecto un arreglo del drama inglés, propósito que fué variado luego hasta trocarse en novela dialogada lo que primitivamente iba á ser obra destinada al teatro, y convertirse el arreglo en creación nueva de un *Rey Lear* moderno.

Esto dijeron los periódicos y esto hizo que se buscaran con curiosidad las semejanzas y diferencias entre la obra de Shakespeare y la de Galdós. Pero aunque la idea primera de *El Abuelo* esté inspirada en la tragedia del antiguo Leir de Bretaña, la producción de Galdós tiene muy pocos rasgos comunes con la del gran dramaturgo británico y debe ser considerada como completamente original, puesto que lo esencial en ella es nuevo y las reminiscencias shakespirianas, si las hay, no pasan de pormenores secundarios.

El Abuelo es el Conde de Albrit, un noble arruinado que vuelve al pueblo de Jerusa, donde fué el *señor*, ó por lo menos el *amo*, en sus buenos tiempos. Viven allí, en casa de un arrendatario y antiguo criado de los Albrit, las nietas del Conde. Sabe éste que una de ellas es ilegítima, fruto de amores adúlteros de su nuera con un pintor; pero ignora cuál de las niñas es la bastarda y su pensamiento fijo es descubrirlo. Mas cuando lo consigue, después de dramáticas peripecias, resulta que Dolly, la bastarda, es de las dos niñas la que más le ama y la que él más ama, aquélla en quien, después de muchas vacilaciones y dudas, creyó descubrir la sangre de los Albrit. En el conflicto entre el amor y el honor, entre el cariño y la legitimidad, entre los impulsos del corazón y el orgullo de raza, vencen los sentimientos más humanos y naturales. El Conde, que ha pedido á su nuera que le deje á una de las niñas, á la *suya*, se lleva á Dolly, que es la *ajena*; la ajena por la sangre, la *suya* por el sentimiento.

El interés de la acción se divide entre esta dramática lucha que sostiene *El Abuelo* y el contraste entre las pasadas grandezas del león de Albrit y las amarguras que sufre en aquella

Jerusa, que fué *cosa suya*, y que al verle pobre y humillado, ni le reconoce ya por señor, ni sufre con paciencia su altivez y sus arranques coléricos. El Conde, como el Rey Lear, se revuelve contra la ingratitude, y como él, no sabe ni quiere evitar sus más duras manifestaciones. Ambos carecen de ecuanimidad y de resignación. Aunque menos furiosa y menos trágica, la locura de Albrit es mayor que la del padre de Gonerila y de Regania. Este, al cabo, había repartido su reino entre ambas hijas. Albrit ha hecho, sí, beneficios á sus antiguos criados y vasallos; pero ni puede pedir á éstos piedad filial, ni tampoco ha repartido entre ellos sus bienes. Cuando se acoge á la casa de uno de ellos, le trata con imperiosa soberbia, quiere seguir siendo el *amo*, quiere que subsista la antigua domesticidad de los que fueron sus criados. Ordena, riñe y hasta pega, poseído de la quimérica idea de que Venancio, su antiguo servidor, debe tener en más los beneficios que recibió en otro tiempo, que los palos que recibe de presente. Esta pretensión es excesiva y contraria á la naturaleza humana. El Conde resulta una hermosa figura trágica; pero Venancio tiene razón al no consentir que le apaleen.

Como se ve por el anterior resumen, el argumento de la obra de Galdós se parece poco al de *El Rey Lear*. Hay, como rasgo común, el contraste entre la pasada grandeza de los dos protagonistas y la situación miserable á que se ven reducidos; hay también el carácter irascible y altanero de ambos y su exaltación, rayana con la locura. Se ha recordado, á propósito de *El Abuelo*, la acción, episódica en *El Rey Lear*, de Gloster y sus dos hijos, mas las semejanzas son puramente formales y accesorias. Es verdad que Gloster tiene dos hijos, uno de ellos bastardo, pero lo sabe, de suerte que lo esencial en la obra de Galdós, que es la duda de Albrit, está excluido en la tragedia shakespiriana. Allí el bastardo obra bastardamente; aquí (es decir, en *El Abuelo*), la nieta ilegítima lava con el amor la mancha de origen.

*
*
*

Por su forma, la última producción de Galdós se asemeja á *Realidad*. Es, como ésta, una obra enteramente dialogada. Pero *Realidad* venía después de *La Incógnita*, relato del mismo argumento desde otro punto de vista. *Realidad* era la verdadera acción *vivida* por los personajes; *La Incógnita*, la acción, tal como se la figuraba y la reconstruía desde fuera un espectador de algunos de los sucesos. Ambos libros se completan maravillosamente, y juntos forman una de las mejores creaciones de Galdós, dando este doble relato extraordinario relieve á la fábula que se propuso presentar, con sus *dos caras*, ó, mejor, con la faz exterior y la verdad íntima, el novelista.

En *El Abuelo* no sucede esto. Es *Realidad* sólo, y si para drama tiene sobra de accidentes y pormenores, para novela tiene poco desarrollo de algunos particulares, y demasiada vaguedad en ciertos puntos. *Novela en cinco jornadas* la titula su autor, mas en realidad es una forma intermedia, semidramática y seminovelesca. Es dramática por la estructura, por la disposición exterior; pero no acaba de serlo, en cuanto que no es *representable* tal como se ha impreso, faltándole así el requisito más indispensable y el carácter más indisputado de la obra dramática, que consiste en la posibilidad y aun en la necesidad de la representación para que produzca el drama todo el efecto artístico de que es susceptible. El desarrollo del asunto es más de novela que de drama, pues *El Abuelo* no se ajusta á esa norma general de la dramática, de compendiar la acción en un corto número de situaciones capitales que explican al espectador todo lo que puede explicarse en un libro, pero que sería enojoso y contrario á la ilusión escénica que expusieran los actores en las tablas.

Otro rasgo *novelesco* de la última obra de Galdós es la riqueza de su parte episódica y la abundancia de detalles y accidentes, que conviene mejor á una forma principalmente analítica, como la novela, que á un género principalmente sintético, como el teatro.

Podrá convertirse fácilmente *El Abuelo* en drama; pero si

llega el caso, es seguro que el Sr. Pérez Galdós lo variará y refundirá, como hizo con su otra novela *Realidad*, cuando la llevó al teatro.

Esta forma intermedia, adoptada ahora por el autor de los *Episodios*, tiene ventajas é inconvenientes. En realidad, no puede desecharse en literatura ninguna forma ó combinación exterior que pueda servir de medio de expresión artística, y hoy menos que nunca, puesto que no hay una rigurosa preceptiva dogmática, ni se encierran los géneros en moldes inflexibles, sino que, al contrario, la noción de cada uno de esos géneros tiene mucha vaguedad y una extensión muy amplia, casi indeterminada. Pero no se sigue de ahí que sean indiferentes las formas ó tipos literarios: unos son preferibles á otros, y llevan naturalmente ventaja aquellos que más se prestan á que despliegue el escritor sus facultades. Creo que no es de éstos el género intermedio á que pertenece *El Abuelo*, género que, á mi entender, sólo pueden cultivar con fortuna literatos eminentes como Galdós, dotados de una maestría y una seguridad de ejecución que les permite vencer las mayores dificultades. Por eso *El Abuelo* es una de las obras en que mejor se gradúa y aquilata el mérito de su autor; aunque *objetivamente* y prescindiendo de las dificultades que ha vencido el novelista sin esfuerzo aparente, como si no existieran para él, la superan otras varias de las producciones de Galdós.

La forma dialogada presenta el máximun de objetividad, de apariencia real, de *eclipse* del autor, que puede alcanzarse en las ficciones literarias. Así es como se nos presentan en la vida real los personajes verdaderos. Los oímos hablar, pero no los vemos *pensar* y sentir, como sucede en la novela propiamente dicha, en que el novelista, superando al Diablo Cojuelo, que se colaba por los tejados, se *mete dentro* de los personajes y descubre al lector lo que pasa en el interior de ellos. Esto perjudica á la ilusión ó sugestión de realidad que se persigue en la obra, pues por mucho que se disfrace tiene algo de convencionalismo, de historia que se cuenta, de relación refle-

ja, menos viva que la intuición directa de los sucesos. Mas en cambio, el diálogo por sí solo es incompleto en el libro. No basta oír á los personajes, se necesita verlos, como sucede en la realidad y también en el teatro cuando se trata de obras representables. De ahí las grandes dificultades que ofrece este género cuando le falta su complemento natural: la representación. Hay que suplir en el mismo diálogo todo lo que cuenta á sus lectores el novelista, todo lo que dicen al espectador los ademanes, el gesto y la figura misma de los personajes vivos ó representados por los actores. Y sobre esto se necesita en la novela dialogada mayor realidad, mayor esfuerzo de creación: no basta explicar los sucesos y los personajes, hay que *hacerlos*, hay que ponerlos en escena ante el lector, con una fuerza de evocación tan poderosa que se le haga ver con los ojos de la fantasía lo que no se le puede presentar en forma de visión sensible.

A mi entender, Galdós ha triunfado de estas dificultades en *El Abuelo*. La figura de Albrit, las dos encantadoras siluetas de las niñas Nelly y Dolly y la de D. Pío (uno de esos visionarios, *chiflados* á ratos y á ratos poseídos de lucidez mística, que sabe pintar tan admirablemente el autor de *Doña Perfecta*), no desmerecen junto á los mejores y más bellos ejemplares de la numerosa legión de los hijos de la fantasía de Pérez Galdós, legión en que se codean la Desheredada, Amparo, la de Tormento, Gloria, Angel Guerra, el cura Nazarín, doña Perfecta, la Benigna, de *Misericordia*, y tantos otros admirables tipos que conocen y aprecian los lectores de nuestro gran novelista.



Cleopatra es un arreglo de la tragedia de Shakespeare *Antonio y Cleopatra*.

Van abundando mucho en nuestro teatro, en todos sus géneros, grande y chico, alto y bajo, noble y plebeyo, los arre-

glos y traducciones de obras extranjeras, hecho que acusa falta de originalidad y pobreza de inspiración. Es lástima que un literato de tan grande mérito como el Sr. Sellés no prefiera cultivar su propio jardín, á guiarnos por el bosque secular de Shakespeare. Las obras clásicas son algo acabado, algo completo ya y terminado históricamente, que tiene su forma definitiva y que ha dado de sí todo lo que podía dar. Los arreglos se justifican por dificultades escénicas, por el público, por consideraciones exteriores, en suma, y aunque son tarea de mucho trabajo, lo que requieren principalmente es experiencia del teatro. En realidad, son obra propia de los verdaderos actores (donde los hay, como el inglés Irving) más que de poetas originales.

Hay que ir á buscar inspiración á lo vivo; sacar los materiales del arte de la cantera propia, ó si, por excepción, se aprovechan los de la ajena, darles forma tan nueva y tan personal que los transforme y relegue su origen á la categoría de meros accidentes. Las obras clásicas, aunque sean imperecederas para las personas de gusto, son *cosa muerta* para sacar de ellas nuevas formas; son tipos fijos, cristalizados, que no se prestan á transformaciones; cosas, en fin, hechas, á las cuales no se puede imprimir, sin destruirlas, otro sello personal que el que ya tienen de sus autores. Si Shakespeare y Calderón, en vez de partir de concepciones propias, hubieran partido de obras anteriores, no hubieran sido Shakespeare ni Calderón. El primero habría sido un Tate; el segundo no sería un Príncipe de nuestra escena.

Es cierto que los grandes dramaturgos han aprovechado con frecuencia argumentos presentados ya por otros; mas al hacerlo sólo han tomado el material; han roto la estatua para darle nueva forma. Cleopatra, por ejemplo, ha inspirado muchas tragedias; si alguna hubiera sido mejor que la de Shakespeare habría importado poco la existencia de ésta, porque el asunto de una obra artística pasa á la categoría de material y experimenta una nueva *especificación*, cuando pone mano en él

un gran artífice. Mas el hacer de nuevo lo que ya está hecho, sólo merece aplauso cuando se hace mejor.

No se refiere esto último á la obra del Sr. Sellés. Motiva las anteriores observaciones esa abundancia, á que antes aludía, de nuestro teatro contemporáneo, en dramas, comedias y sainetes, traducidos ó *inspirados en el pensamiento* de tal ó cuál obra francesa, inglesa ó alemana, como si la vena dramática se hubiera agotado entre nosotros y no hubiese otra fuente de inspiración que las obras hechas, que los libros, cuando, tratándose de arte, no pueden éstos dar, en todo caso, más que una inspiración de segunda mano. Es mucho más fácil, sin duda, ese sistema de cultivar la dramática, que el de sacar de sí mismo la concepción artística; pero, en general, no puede conducir más que á resultados medianos.

Cuanto á la *Cleopatra* del Sr. Sellés, es un arreglo propiamente dicho, una adaptación á la escena española. El autor de *El nudo gordiano* no ha pretendido hacer una nueva *Cleopatra*, sino hacer *representable* ante nuestro público la de Shakespeare. Repito que, á mi juicio, este es trabajo propio del actor (del verdadero actor con cultura literaria); y como lo que requiere es experiencia de las tablas, acaso un buen director de escena (que tenga *letras*, por supuesto), un cómico ilustrado, esté en mejores condiciones que nadie para realizar una adaptación de esta clase. Pero ¿tenemos al presente actores capaces de realizar con acierto estos arreglos?—se preguntará acaso el lector.—Y aparte de esta cuestión de *hecho*, lo que puede hacer un buen actor, ¿no podrá hacerlo de igual y aun mejor manera un autor dramático, que tiene también experiencia de la escena, y á quien ha de suponerse gusto más depurado, mayores estudios literarios y más costumbre de escribir para el público? Reconozco que tienen fuerza estas objeciones, mas yo no afirmo que los autores dramáticos no puedan hacer arreglos de obras ya escritas; lo que creo es que este trabajo, sobre todo para literatos y dramaturgos como Sellés, es de categoría subalterna y no permite emplear las facultades prin-

cipales del escritor, puesto que opera éste sobre pensamientos y concepciones ajenas ya formadas, y su trabajo es de eliminación y de *poda* de lo accesorio y de zurcido de las piezas que queden sueltas, piezas que llevan el sello de otro artista, como lo llevará también el conjunto, si el arreglo es fiel.

Esta tarea es de mayor trabajo que lucimiento, siendo frecuente que al *arreglador* se imputen todas las culpas, si la obra no merece juicio favorable, y tocándole, como es natural, pequeña parte de la gloria aun en el caso de salir airoso, dado que se trata de una creación ajena. Únase á esto que la mayor parte de las obras que han menester de arreglo para ser representadas no responden al gusto del público, que, aunque sea malo, decide por el momento de la suerte de las obras dramáticas. El arreglo allana las dificultades formales que pueda haber para la representación de obras escritas en otro tiempo y para otro público, pero subsiste la dificultad esencial, la dificultad de que estas obras, arregladas y todo, agraden y conmuevan á los espectadores de hoy, que van al teatro á divertirse, *sin intención estética*, ni preparación literaria, ni gusto por lo clásico y lo pasado, aunque sea magistral y admirable.

* * *

Á esto, y no á la calidad del arreglo hecho por el Sr. Sellés, se debe, á mi juicio, el fracaso de *Cleopatra* en el Español, pues como fracaso puede considerarse el que una obra de Shakespeare nada menos, arreglada por el autor de *El nudo gordiano*, puesta en escena con mayor lujo y mayor deseo de conseguir la propiedad histórica de lo que aquí se acostumbra y representada, en general, con acierto, fuese recibida al principio con disgusto y aun con hilaridad, y después soportada con indiferencia (y esto gracias á las censuras que los periódicos dirigieron al público del estreno).

Esa actitud del público se ha discutido más que el drama. Pero antes de hablar de ella conviene decir unas cuantas pala-

bras sobre lo que es el arreglo del Sr. Sellés, para que puedan formarse alguna idea de esta obra los que no la hayan visto.

El Sr. Sellés ha reducido mucho el drama de Shakespeare. De los numerosos personajes y las múltiples mutaciones de lugar que hay en la obra del escritor inglés, sólo aparecen en el arreglo los principales de los primeros y una sola de las segundas. Como ha dicho con exactitud el Sr. Picón, al hablar de esta obra, el Sr. Sellés ha tomado de *Antonio y Cleopatra* lo principal: los amores del triunviro romano con la reina de Egipto, prescindiendo de los episodios. Acaso el desarrollo de la acción resulta por esto demasiado escueto y alguna vez obscuro para los que no estén en antecedentes históricos. Hay demasiada unidad de acción en el arreglo.

En el primer acto, Marco Antonio, cautivo ya de los hechizos de la *gran gitana*, recibe en Alejandría á un emisario romano, portador de noticias que le deciden á marchar á la ciudad eterna. La última escena en que Cleopatra ordena que acompañen á su amante centenares de mensajeros para que no pase día sin que reciba noticias del triunviro, anunciando que será día aciago para Egipto aquel en que le falten nuevas, pues morirán todas las criaturas que nazcan en tan mala ocasión, es muy hermosa.

En el segundo acto, Antonio, casado ya con Octavia, vuelve á reunirse con Cleopatra, siendo la escena culminante aquella en que la Reina lagida maltrata, llena de furor, al mensajero que le anuncia el matrimonio de su amante. En el tercer acto ha ocurrido ya la derrota de Accio, y puede decirse que lo llenan el suicidio de Antonio y los hechos que preparan este trágico desenlace. En el cuarto y último, pone término á la obra la muerte de Cleopatra. Todo esto ocurre tal como lo refiere, en su *Vida de Antonio*, Plutarco, autor al cual, como es sabido, siguió con tanta fidelidad Shakespeare, que comparando el texto del biógrafo griego con el drama, se observa, no sólo la rigurosa coincidencia de los hechos, sino hasta la reproducción de frases y la copia de menudos incidentes.

En los tratados de literatura se ha citado alguna vez á *Antonio y Cleopatra* como ejemplo de dramas históricos, y lo es en efecto.

Plutarco es fuente histórica respecto de Antonio y fuente histórica de valor, puesto que escribió en época próxima á los sucesos. Su bisabuelo Nicarco vivía en tiempo de la batalla de Accio, y el célebre biógrafo y moralista griego cita en su *Vida de Antonio* á su abuelo Lamprias (abuelo de Plutarco, no de Antonio), á quien un médico, Filotas de Anfiso, había contado curiosos pormenores de la Sociedad de los *Amimétobies*, de los compañeros de la vida inimitable, creada por Antonio y Cleopatra. Aunque, en la narración de Plutarco, la Reina de Egipto es una figura de segundo orden, puesto que aquél historia la vida de Antonio y no la de Cleopatra, es, sin embargo, el autor de las *Vidas paralelas* una de las principales fuentes clásicas respecto de aquella célebre mujer, de quien se ha dicho que de la forma de su nariz pendieron los destinos del mundo. No siempre estuvieron bien enterados los historiadores clásicos de lo que eran los pueblos y los soberanos orientales. Mas Plutarco había visitado el Egipto, y su *Tratado de Isis y Osiris* acredita que estudió aquel país. Además, Cleopatra reinaba en un Egipto helenizado, al menos superficialmente, y venía ella de una dinastía griega, fundada por uno de los *Diadocos* que se repartieron el imperio de Alejandro. No era, pues, un enigma para el historiador de Queronea y probablemente son exactos los rasgos con que éste nos la presenta, aunque, como no se propuso hacer de ella un especial retrato, no nos dice todo lo que la curiosidad querría saber acerca de tan famosa Reina.

Esta base histórica que tiene el drama de Shakespeare es un aliciente más para los eruditos. Para el público de nuestro teatro es al revés. Aquí es nula la afición á la Historia, rarísima la cultura histórica, y al público no puede interesarle aquello de que sólo tiene muy vagos y superficiales conocimientos.

Se ha observado, á propósito de *Cleopatra*, que los dramas de romanos no cuajan en nuestra escena. La explicación es bien fácil. Las *humanidades*, los estudios clásicos, han desaparecido casi de nuestra educación y de nuestra cultura, aunque continúen figurando, como letra muerta, en los planes de enseñanza. Acaso en ningún país de Europa es tan profunda su decadencia como aquí. Se llega entre nosotros á ser hasta Doctor en Filosofía y Letras, sin necesidad de haber abierto las obras de Homero, de Virgilio, de Herodoto, de Tácito (y menos todavía, naturalmente, las de Plutarco), ni tener de la antigüedad clásica más que las noticias de segunda mano que dan los manuales de literatura griega y latina. Escusado es decir que al público de los estrenos, que no se compone de Doctores en Filosofía y Letras, se le ha de alcanzar menos todavía de estas cosas, y aunque la generalidad de los que asisten al teatro Español sepa que Marco Antonio fué un personaje romano y Cleopatra una Reina célebre por su belleza, no es suficiente esto para que le inspiren interés las dos grandes figuras del drama de Shakespeare. Seguramente, á los más les habrán parecido personajes *sacados de libros*, sin calor de realidad. Y es que la Historia, como todo lo pasado, es cosa muerta, si no la resucitamos en nosotros mismos, *sintiéndola* y en algún modo *viviéndola*, y esta resurrección la pueden hacer pocos.

Verdad es que en la obra de Shakespeare, como en otras obras clásicas que tienen carácter histórico, ya porque se refieran á sucesos de la Historia escrita, ya porque pertenecen á una época lejana de nosotros y expresan sentimientos y costumbres de otros tiempos, hay un fondo de belleza pura, de arte que *no tiene edad*, de sentimientos y pasiones humanas que sobreviven á los siglos, pero la generalidad del público no sabe abstraer esa belleza pura de las circunstancias históricas que la rodean y á los ojos del vulgo la ocultan ó la disfrazan. De ahí el aburrimiento, disimulado unas veces por el buen parecer, manifiesto otras, como ha ocurrido en el caso de *Cleopatra*, con que se ve generalmente la repre-

sentación de las obras clásicas, que no llegan, por lo común, al alma del público, y sólo entusiasman y conmueven á personas de gusto muy depurado.

No había, pues, motivo para la sorpresa que han mostrado los críticos ante el fracaso de Shakespeare y Sellés. Sabemos todos que el público no va al teatro á aprender literatura, sino á divertirse, y que no puede deleitarle aquello que no entiende ó que sólo entiende á medias. Es sensible que Shakespeare tenga entre nosotros un público muy reducido, pero es un hecho, y no un hecho nuevo y sorprendente, sino sabido y antiguo. ¿Acaso ignoramos que Calderón y Lope aburren á muchos de los que asisten al teatro Español, aunque se aburran *decorosamente*, por respeto á nuestra tradición literaria ó por no parecer personas de mal gusto? Pues si los mismos príncipes de nuestra escena agradan poco á la generalidad del público contemporáneo, ¿cómo ha de entusiasmarle Shakespeare, príncipe también, é igual ó superior á aquellos, pero *príncipe extranjero*, y por lo tanto más alejado de nosotros?

Además, en la admiración á los clásicos hay algo, y aun mucho, de convencional. En todas las épocas los clásicos han sido comprendidos y admirados por una reducida minoría de espíritus selectos; otra minoría mayor, de personas de mediana cultura, los aplaude por el *qué dirán*, sin entenderlos; la inmensa mayoría de los hombres los ignora. La capacidad de apreciar las más elevadas manifestaciones estéticas no ha sido nunca patrimonio del mayor número; el gusto artístico es privilegio de pocos. Hoy, por ejemplo, las novelas de Montepín ó de Pérez Escrich gustan á muchas más personas que las de D. Juan Valera. Rocambole entusiasma á muchas gentes que se dormirían leyendo á Sthendal. Mientras no se llegue á la igualdad intelectual, que hasta ahora parece cosa imposible, seguirá sucediendo lo que al presente sucede.

El Conde León Tolstoi, en su estudio acerca del arte, que se está publicando ahora simultáneamente en ruso y en inglés, da una definición muy luminosa para este caso, y que por lo

menos en lo referente al arte popular es de una admirable exactitud.

«Evocar en sí mismo—dice—un sentimiento que se ha experimentado; transmitirlo, para que otros puedan experimentarlo, por medio de movimientos, de líneas, de colores, de sonidos ó de formas expresadas con palabras: esto es el arte. El arte es una actividad humana que consiste en que un hombre transmita á otros, conscientemente y por medio de signos convenidos, los sentimientos que él experimenta.»

Si esta transmisión de sentimientos no se verifica, aunque haya arte *objetivamente*, ese arte queda frustrado y sin efecto. Esto es lo que ocurre en el teatro con las obras maestras que no llegan á herir el alma del espectador. Esto es lo que sucedió con *Cleopatra*, á pesar de la hermosa prosa de Sellés y de la grandeza de la creación de Shakespeare.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LA DUQUESA DE UZES

Desde treinta años se repite este nombre de una gran señora: goza aún de una fama ruidosa, á la vez «aristocrática y popular», como la tuvo en tiempo de la Fronda el de otra Duquesa. Las manifestaciones de una actividad excepcional, que han producido esta celebridad, suelen considerarse (y no sin alguna apariencia de razón) como caprichos de una persona desocupada y ávida de exhibirse ó como procedimientos de reclamo.

Sin embargo, la Duquesa de Uzès no tiene esos gustos excéntricos ni esa pueril ostentación. Su «acción» deriva de un ensueño único tenazmente perseguido: sostener con dignidad lo ilustre de un gran nombre. La incoherencia de los medios de ejecución es obra de un carácter mal auxiliado por las condiciones de nacimiento y de la educación, caballeresco hasta el quijotismo y burgués hasta la timidez.

Cartas íntimas, que desde hace doce años recibe Juana Schmahl de la Duquesa de Uzès, justifican esta observación. Sólo citaremos algunos rasgos de ellas en apoyo de la impresión que acabamos de indicar.

*
* *

La señora Duquesa de Uzès hace los honores de sus salones de los Campos Elíseos á nuevos visitantes.

Y el primer asombro que produce al conocerla es su actitud alocada. Imagínase uno á esa heroína de las fiestas mundanas, de la política y del arte, que caza con la pasión de un barón feudal, escribe dramas, esculpe estatuas colosales, ha tomado parte en una tentativa de golpe de Estado y distribuido entre mil causas y cien mil individuos el oro de una caja prodigiosa; se la imagina uno, digo, con un aspecto brillante, audaz y loco, de preciosa, de amazona y de parisiense pródiga. La Duquesa de Uzès, á los cincuenta años, continúa teniendo siempre el talle esbelto y el paso firme de una cazadora. Pero, bajo la dulzura de sus cabellos grises, los ojos muy azules tienen una indecisión cariñosa, la boca tiene las blandas líneas de un mohín de niño medroso, el gesto es menudo y el sonido de la voz se quiebra en inflexiones vacilantes.

Al final de la serie de las lujosas estancias, llégase ante dos cuadros de maestros, retratos firmados por Rigaud y León Coignet. La Duquesa nombra á los modelos: la plebeya, de sencillos adornos, de cara enérgica y maliciosa bajo su cabellera, de rancio peinado.

—Mi abuela Clicquot..... la famosa.

Y dos pequeñuelos muy peripuestos, aferrados á un aya en trage de gala.

--Los hijos de Atenaida de Mortemart, Marquesa de Montespau y señora de Maintenon.

En la ironía de esa aproximación parece verse el símbolo de la personalidad compleja de Ana de Mortemart, Duquesa de Uzès, nieta de la señora viuda de Clicquot.

Su educación cultivó en ella esos instintos contradictorios. Último y único superviviente de los hijos del Conde y de la Condesa de Mortemart, creció entre el medio social de sus padres, en París, donde había nacido, y el de la señora Clicquot, retirada en sus haciendas de Boursault. Habíase prometido la

abuela arrancar á la muerte á la niña, tan delicada como sus anteriores hermanitos. Y sin escrúpulos la privaba de los estudios y de las elegancias mundanas, haciéndola de propósito una campesina, combatiendo el afinamiento exagerado y los prejuicios orgullosos de la herencia paterna, por medio de ejercicios fuertes y relaciones con gente ruda.

Cuando la señora de Mortemart cumplió veinte años y estuvo así educada un poco á lo pastora, la casaron con un gran señor, Jacobo Manuel de Crussol, muy luego duodécimo Duque de Uzès.

Al recibir ella, descendiente de rancia estirpe, ese antiguo título histórico de Uzès, creyóse llamada á renovar su puesto en la Historia, á despecho de los tiempos. Al punto nació su sueño de resurgir la gloria pasada, cuyos herederos vestían en torno de ella su inutilidad con frases heroicas. Pero, al mismo tiempo, iba empapándose de teorías liberales.

Y por esa contradicción entre su carácter y su espíritu, todos sus pasos en servicio de su idea fija tomarán un aspecto de ligereza, «la gran enfermedad humana» según Guizot.

Las empresas para perpetuar por sí misma ó por los suyos la gloria de su nombre, son de todas clases: políticas, humanitarias ó simplemente caritativas, puramente mundanas, literarias y artísticas.

*
* *

La política es la parte más importante de su labor, si así puede llamarse al conjunto de sus tentativas. Desde el primer año de matrimonio intentó hacer salir al Duque Manuel, teniente del 3.º de húsares, de la obscuridad de la carrera militar moderna, en que se apaga el brillo de los nombres antiguos franceses, fieles al ideal exclusivo de la carrera de las armas. Y en seguida hizo tomar un rumbo extremado á esa ambición, hija del culto á lo pasado.

Dos caminos se abrían para ello: el del pasado, ó la oposi-

sición conservadora contra las nuevas instituciones; y el del porvenir, ó la adhesión al Gobierno del país, sea el que fuere. La Duquesa de Uzès (esto era de rigor) eligió el segundo para su marido. La nieta de los Clicquot, impelida á la conquista de los honores por el instinto de «clase directora», propio de la sangre de los Mortemart, los buscaba naturalmente por la única senda donde su buen juicio plebeyo la mostraba que pudiera haberlos en lo sucesivo. Sin embargo, una idea noble la guiaba también hacia las concesiones. Juzgaba que la rebelión contra las instituciones establecidas era antipatriótica, y que era menester ó abstenerse de la política ú obrar en el mismo sentido que el país. Pero, también fatalmente, trató de aliarse con el presente sin romper nada con el pasado. Bajo el Imperio y la República, los Duques de Uzès ofrecieron sus servicios al Gobierno sin dejar de llamarse realistas y sin comprender que con este título, justamente sospechoso, se cerraban ellos mismos la carrera que ambicionaban.

Sin embargo, el Duque Manuel llegó á la diputación. Presentóse candidato en 1868 en las elecciones para la Cámara popular, dispuesto á prestar el debido juramento de fidelidad al Imperio. Pero salió derrotado, y sólo después de la guerra fué cuando el departamento del Gard le envió á la Asamblea nacional. No pasó de ese escaño, que en sentir de su mujer no hubiera debido ser más que una etapa en busca de un puesto brillante. Fué reelegido hasta el año de su muerte, en 1878.

La Duquesa de Uzès no tardó, conforme creían sus hijos, en recaer en su fiebre de ambición; pero con la inquietud adquirida por la experiencia de las dificultades que encontraría para ellos. Era preciso de nuevo contar con esa República, junto á la cual habían obtenido tan mal éxito los primeros ofrecimientos. No juzgando como Montaigne, «que la curiosidad es viciosa en todas partes», agarraba con rabiosa viveza todas las ocasiones de penetrar en lo secreto de esta sociedad exclusivista, irritante como un enigma para sus concepciones incompletas, que pone en su bandera la divisa de *Igualdad* y

sin embargo se obstina en llamarse «una democracia», pareciendo así «no contar para nada con los nobles, el clero, el ejército y aun los mismos tranquilos rentistas».

Ingeniábase para estudiarla con el espíritu de sus prosélitos y hasta en el de los sublevados contra ella, á quienes la casualidad le hacía conocer. Por un momento se interesó por Luisa Michel, cuyas teorías radicales sedujeron su gusto por la justicia absoluta. Sin embargo, sus relaciones fueron siempre superficiales.

El mismo sentimiento de curiosidad la impulsó hacia la señora Schmahl. Pero esta vez el espíritu inseguro y ávido de verdad de la Duquesa Ana se fijó en contacto con el firme y libre espíritu de su nueva amiga, al paso que su humor caballeresco se felicitaba por una amistad entre adversarios. Y se esforzaba por atraerla á su medio, como un modelo que ofrecer en justificación de sus concesiones á la democracia, vituperadas por las personas de su trato:

«Se asusta usted sin razón de mi sociedad: aquí no se la molestaría ni usted molestaría á nadie. Los grandes señores franceses, los verdaderos, no miran á ninguno desde lo alto de su grandeza pasada. La democracia no les da miedo cuando se trata de gentes honradas, que reclaman la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia y todo el sistema liberal más amplio. Venga usted, pues, á verme sin temor.»

He aquí una hermosa profesión de fe colectiva y una valiente invitación; pero ved enseguida la pequeña nota inquieta ya con el mentís de las responsabilidades que contrae:

«Por supuesto, no hablaremos de estas cosas delante de mis hijos: tiempo tienen de tener pasiones políticas.»

Las lúcidas advertencias de la señora Schmahl, á pesar de la confianza que en ella tenía su amiga, no consiguieron preservar á la Duquesa del arrebató boulangérista.

Su desengaño fué inmenso: rabiosa primero de despecho contra el Gobierno, á la caída de Boulanger; de una humildad contrita después de lo que llama ella la *traición* del General.

Ilusionada siempre con su sueño de gloria y habiéndose cerrado más que nunca para sus hijos la carrera política, después del escándalo, la Duquesa de Uzès animó á su hijo mayor á esa expedición al Congo, donde iba á morir á los veintitrés años; entregóse por completo al buen éxito de aquella empresa y empleó sumas cuantiosísimas. Su esperanza, tan legítima esta vez, había de frustrarse más trágicamente que nunca.

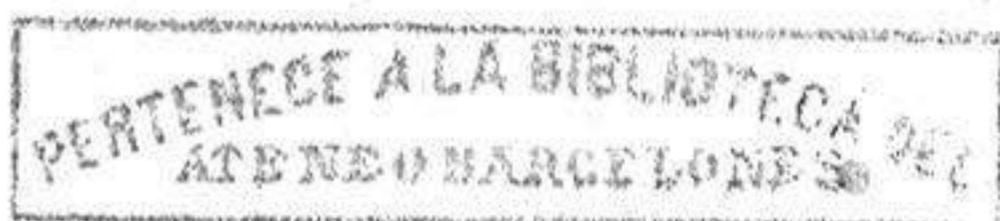
Pero tantas catástrofes no han aflojado el extraordinario brío de su actividad. Su pasión por la política la ha llevado ahora á un terreno neutral. Vedla feminista con la señora Schmahl. Después de algunos años de colaboración misteriosa ha ocupado francamente su puesto en *L'Avant-Courrière*.

Hasta es propagandista, y escribe:

«¡Qué divertido será! ¡Ah, dícese que toco el tam-tam! Bueno, aguarda un poco: ¡hay para rato!»

Pero no ha abandonado sus grandes proyectos, y anuncia que su segundo hijo Luis, duque de Uzès por muerte de su hermano mayor, se prepara para la vida política.

* * *



Donde la Duquesa de Uzès aplica efectivamente el liberalismo, que en su política ha permanecido en el estado de veleidad, es en su amplísima beneficencia. Con un corazón de mujer, lleno de infinita ternura, tiene á veces el aspecto de una justiciera social. Sabido es que no retrocedió ante la especie de extravagancia que había para ella en hacerse cargo de la niña Sidonia Vaillant, entre tantas huérfanas á quienes educa. Otro episodio, alegre éste, ha probado recientemente la realidad de su instinto igualitario.

Un gran señor mesaliado, mal visto por ello entre la buena sociedad, prometía á la caridad una suma muy cuantiosa á cambio de un padrinazgo de alto vuelo que le permitiese arros-trar los escrúpulos de los salones. Claro es que el trato no presentó la forma brutal de la oferta y la demanda. Pero la se-

ñora de Uzès lo aceptó á sabiendas, satisfecha de hacer beneficiar á los pobres la vanidad de sus pares y utilizar la virtud aristocrática de su nombre para una obra igualitaria.

Siempre compleja, cree, sin embargo, en el prestigio hereditario de la destreza en los ejercicios físicos. Las cacerías de Bonnelles, su residencia favorita, son desde hace mucho tiempo célebres, porque las partidas de caza mayor no tienen jefe de banda «más sabio y más atrevido» que la Duquesa. Y su habilidad para tener las riendas la ha dado fama europea.

*
* *

Pero el liberalismo de la Duquesa le autorizaba para no limitarse, en materia de talentos, á las especialidades de la aristocracia francesa. A ejemplo de los grandes señores ingleses del siglo pasado, que gustaban de profesar las letras y las artes, ha compuesto novelas y obras dramáticas, con el pseudónimo de *Manuela* (1). Pero no ha podido hacerse ilusiones: el sistema pedagógico de la abuela Clicquot no le había dado iguales probabilidades para los «laureles» y los «papirotazos en la nariz» que Fontenelle predecía á quienes deseaban «llevar la vida de las letras.»

¿Dará el Arte á la Duquesa lo que la literatura le niega? Había trabajado muy seriamente en la escultura, cultivando así otra de sus disposiciones naturales cuyo desarrollo no exigía el mismo fondo de estudios generales. En 1890 se encargó de restaurar, bajo la dirección del arquitecto Formigé, una capilla del siglo XIII, la de Nuestra Señora de Poissy; obra suya es la estatua de Juana de Arco, puesta encima de la torre de la iglesia de Pont-à-Mousson; y los rumores que desde hace dos años cunden acerca de su monumento á Emilio Augier, han atraído la atención sobre su nombre.

*
* *

(1) Está escrita en castellano esta palabra.—N. DEL T.

Para concluir: preciso es reconocer que si la Duquesa de Uzès ha justificado la observación de una bailarina filósofa, en ese siglo XVIII en que todo el mundo lo fué, de que «la debilidad de las mujeres les hace someterse demasiado á las preocupaciones ó rebelarse demasiado contra ellas», sus errores no le son en cierto modo imputables, sino que resultan de las fatalidades del atavismo y del medio.

Su fracasada buena voluntad tal vez llegue á ser eficaz el día en que comprenda que con medidas á medias no se realizan acciones completas. Y entonces se librará también ella de su aislamiento entre el partido del pasado, del que no comparte todas las opiniones, y el del presente, del que no acepta todas las necesidades. Artista, millonaria bienhechora, mujer política, tomada en serio hubiera realizado sus ensueños.

JANE MISME.

(*Revista Azul.*)

UN OPÚSCULO DE LITTRÉ

Todo el mundo conoce el *Diccionario* de Littré. Pero en la nueva generación pocas personas conocen el trozo donde Littré cuenta «cómo hizo su *Diccionario*». Nuestro colaborador Miguel Bréal, preocupado siempre por lo que pueda servir para la educación moral de la juventud, ha pedido permiso á la señora viuda de Littré para reeditar ese relato, el cual acaba de publicarse en folleto por la casa editorial Delagrave.

Publicamos el prólogo de Bréal, que dice así:

Entre los opúsculos que salieron de la pluma de Littré en los últimos años de su vida, no hay ninguno más interesante, más conmovedor, ni más ejemplar que el titulado: *Cómo he*

hecho mi Diccionario. Todos los que lo han leído guardan vivo recuerdo de él. Ese trabajo, traducido al alemán, se ha hecho clásico en la esfera pedagógica del otro lado del Rin. Es menos conocido de las generaciones jóvenes francesas, porque forma parte de una colección que ha llegado á ser rara (*Études et Glanures*, 1880). Por eso deseaba yo desde hace mucho tiempo verlo salir á luz de nuevo. Habiendo comunicado hace un año este deseo á la señora viuda de Littré, y recordádola el buen éxito de otra publicación anterior del mismo género, obtuve su consentimiento para una reedición; quedar yo mismo encargado de hacerla, como me lo propuso dicha señora, no podía ser para mí sino un honor y un placer. Hay algo que conforta en vivir, aunque sólo sea un corto número de horas, en comunión con aquella noble y austera inteligencia.

Leyendo este relato se ve el ejemplo de lo que puede el trabajo llevado á su más alta potencia. No conozco otra segunda muestra de una labor parecida. Si se piensa en que la misma vida bastó para publicar las obras de Hipócrates, un Diccionario de medicina y la traducción de Plinio, sin contar otra multitud de escritos no menos graves y de no menos elevado alcance, se recuerda y repite la frase de Horacio: *Labor improbus*.

Pero no es menos digna de admirarse la perfecta y verdadera modestia, la extremada bondad con que Littré, ya enfermo, cuenta este capítulo de su vida para hacer pasar más rápidas las horas de sufrimiento. Su primer empeño consiste en atribuir á sus colaboradores la parte que les corresponde. A todos los nombra desde los de los dos últimos siglos, que le enseñaron el camino, como Enrique Estienne, Forcellini, y, sobre todo, Ducange (á quien está agradecido «como si estuviese aquí oyéndome»), hasta esos colaboradores del día, que le han preservado «de faltas cuya idea aún me hace estremecer». No olvida á nadie, ni á Hachette (su editor y amigo), ni al impresor, ni á los cajistas que trabajaron para él sin interrupción durante doce años.

¿Cómo pudo acabar esa obra inmensa? Como él dice, el secreto es muy sencillo: consiste en no perder un minuto; es preciso poseer el arte de distribuir el tiempo. El prefacio que figura al frente del *Diccionario* y que, dicho sea de paso, es una página magistral de historia de la lengua, fué compuesto por él en el campo durante algunos momentos de las mañanas, mientras estaba en el piso bajo esperando á que «le arreglasen su cuarto».

Conviene añadir que ese cuarto, á la vez dormitorio y gabinete de trabajo, le había visto prolongar las vigiliass hasta las tres de la madrugada.

Teniendo ocupados ya todo el día y parte de la noche, presentósele de pronto la viuda de Augusto Comte á pedirle que escribiese un libro acerca de la vida y filosofía del fundador de la escuela positivista. Aunque de primeras Littré se quedó desolado, sin embargo creyó que no podía negarse; y dando algunos retoques á la distribución de su tiempo, llegó á componer ese libro sin suspender un punto la marcha del *Diccionario*. ¡Tal es el poderío del orden!

También otra cosa necesitó: el arte de circunscribir y limitar su obra. Dictionarios de ese mismo género se emprendieron en otras partes: cada gran nación quiere tener el suyo. Pero, hasta ahora, ninguno se ha terminado. Concebidos con un plan demasiado vasto, se extienden hasta el punto de hacerse aguardar más de lo debido su acabamiento. Littré, con una severidad cuyo mérito no puede ser apreciado por el gran público, se impuso límites que nunca pasó. Para la historia de la palabra, dos ejemplos por siglo. Para la etimología, una breve indicación de las opiniones emitidas, una conclusión breve y clara. Gracias á esta sobriedad, hay sitio para toda clase de datos que en otras obras se olvidan ó abandonan: la pronunciación, la ortografía, los sinónimos, las reglas de sintaxis. Este lado práctico acaba de caracterizar su obra. Littré es un erudito de primer orden; pero al mismo tiempo es un filósofo utilitario, un hijo de la revolución, amigo de todo lo

que puede ilustrar y guiar á las masas. Gracias á esta mezcla, el *Diccionario histórico de la lengua francesa* ocupa su lugar aparte entre todas las obras de la misma clase. Es práctico, es científico, está terminado. Pues bien, como él mismo dice: «el todo es el juez supremo de las partes».

Esto es lo que Littré nos expone ó nos deja entrever.

Aún no he dicho nada de lo que constituye el principal encanto de este trozo: la delicadeza moral, el continuo examen de conciencia, la sinceridad consigo mismo, la tierna adhesión á su mujer y á su hija (que le ayudan y sostienen en todos los momentos), el recuerdo conmovedor de su casa de Ménil, su estudioso retiro amenazado un instante por la guerra y por la invasión. Aquí tenemos una especie de *post scriptum* del *Diccionario*, que aún hace más querida á los lectores esta obra admirable.

Muy diferente de los enfermos que acusan á las fatigas y á los trabajos de su vida, Littré, después de haber examinado como médico los achaques que padece, advierte que el *Diccionario* no tiene nada que ver con eso y le declara inocente «de todos los trastornos orgánicos que le afligen».

Por esta perfección moral, aún más que por el interés filológico é histórico, he creído bueno poner este opúsculo en manos de la juventud.

MIGUEL BRÉAL.

(*Revista Azul*).

ACERCA DE UN RETRATO DE BEAUMARCHAIS

Era un pillastre. Era un hombre buenísimo. Estaba lleno de talento. ¿Firmo? Se acabó el artículo.

Sin embargo, como me pesaría no hacer justicia al bonito libro de Andrés Hallays, justicia debida, charlemos un poco con el estudio del Sr. Hallays debajo del codo izquierdo.

Vivía muy vivaracho, muy pícaro, despierto y oído avizor, en la relojería de su padre. Casi siempre de muy buen acuerdo con su familia, de la cual era el encanto. Algunas veces, una riña y una fuga. En ese caso desaparecían relojes del taller de su padre. Era para hacer que lo buscasen. Era una jugareta.

Creció mucho, hasta muchísimo, con la cara más guapa del mundo; y sabiendo que con talento se llega á todo, apresuróse á contraer matrimonio de interés (1755) con una mujer que tenía diez años más que él. Como dice lindamente Miguel Provins en *Degenerados*: «El matrimonio es el medio más breve para apropiarse los bienes ajenos.» Perdió á su mujer. Mil rumores corrieron para vergüenza suya, pero son falsos.

Contrajo segundo matrimonio, del cual dice él mismo: «En 1768, un casamiento ventajoso pareció asegurar mi fortuna.» Las bodas de Beaumarchais eran contratos de seguros. Llamábase Pedro Agustín. Quienes le llamaron Alfonso (1) habían hecho investigaciones biográficas insuficientes.

Realizó el sueño de Héctor en *El jugador*: «¿Cuándo llegaré á ser criado de un arrendatario importante? Lo fué. ¿Qué digo? Lo fué de un arrendatario de cuerpo entero. Lo fué aún más: de Paris-Duverney mismo. ¿Cómo demonio ganó tanto dinero con Paris-Duverney? Dícese que 400.000 francos, tal vez más, tal vez menos, pero mucho en todo caso. Beaumarchais mismo lo dirá: «consiste en que habiéndome reconocido probidad, discreción, alguna elevación de carácter y mucha ternura por él, me hizo entrar en su más secreta confianza y me empleó en importantes asuntos personales en que tuve la suerte de serle infinitamente útil.» Agente secreto de Paris-Duverney, ese es el negocio; y ya se colige que lo pudo ser.

Fué también polizonte. Encargábasele ir á los países extranjeros á comprar el silencio de los libelistas que tenían dis-

(1) En Francia se llama *Alfonso* á todo hombre que vive á costa de una mujer.—N. DEL T.

puesto un libelo contra la corte de Versailles. Era muy hábil en ese oficio, á veces demasiado. Por lo demás, era relativamente un cargo honroso.

Fué..... (no es muy fácil definirlo) pongamos embajador para matrimonios morganáticos españoles. Enviado á España para diversos negocios, prosiguió, sobre todo, el de dar una querida bien elegida á Carlos III. Dióle la suya propia, para no engañarse ni engañarle. Tenía la mayor delicadeza.

Tenía una afición particular y tan tenaz por las propinas, que ponía tanto empeño en ofrecerlas como en recibirlas. Teniendo un proceso, puso en manos de la mujer del magistrado ponente cien luisas, después un reloj y luego otros quince luisas; pero se ha dicho que la justificación de Beaumarchais al darlos estaba en que había voluntad firme de recibirlos, y eso es muy posible.

Por eso queda Beaumarchais sin justificar al haber ofrecido otro tanto al Sr. de Vandreil:

—Señor Conde, acabo de idear un proyecto rentístico que puede producirme un tesoro. Usted es Ministro. Le ofrezco sumas de consideración si quiere usted hacer que salga bien este pequeño negocio.

—Señor de Beaumarchais, tiene usted suerte siempre.

—¡Ah!

—No podía llegar usted en un momento más favorable.

—¡Eh, eh!

—Sí.

—¿De veras?

—Sí. He pasado buena noche, he digerido bien, nunca he estado de salud mejor que hoy. En cualquiera otro momento de mi existencia le hubiera hecho arrojar á usted por la ventana.

Era también un buen Scapin. La viuda Francquet, de treinta y tres años, con la cual se casó en 1755 teniendo él veintitrés años de edad, era rica, pero no lo bastante; porque siempre se es insuficientemente rico. Importaba que ella no

pagase sus deudas. Beaumarchais inventó un eclesiástico para conducir toda una intriga de intimidación contra los legítimos acreedores de la señora Francquet. Él mismo era el eclesiástico. Escribía cartas firmadas «Fulano de Tal, presbítero»; y eso no dejaba de producir algún efecto en el ánimo de personas que no tenían nada de armiños y estaban convencidas de ello.

Háse negado el hecho; pero lo bueno que hay con las gentes para quienes el sentido moral es cosa desconocida, es que basta leer sus escritos. Todo lo confiesan, creyendo defenderse: ¡tan natural les parece todo lo que han hecho! «No hay ni una palabra de verdad en todo esto, nos responde Beaumarchais. Esas cartas *yo las he escrito*; pero la señora Francquet no ha querido valerse de ellas. Por tanto, nada tengo de que acusarme. Además, he ido *en persona* á ver á los acreedores de la señora Francquet, *amenazándoles con un eclesiástico amigo de la señora Francquet, el cual estaba resuelto á noticiar al señor d'Argenson las maniobras de esos señores*. Eso es lo que hice. Mathieu Molé hubiera hecho otro tanto.»

Perfectamente. No era una falsedad llevada á ejecución completa, no era una estafa; sólo era una interesada amenaza de delación, una jugarreta. Por lo demás, el adversario no era muy estimable. «A pícaro, pícaro y medio», dice á propósito de esto un apologista de Beaumarchais. ¿Es un caso digno de la horca? Digno de la horca, no del todo. La probidad de Beaumarchais es exactamente la misma que la de Bartolo: «¿Su probidad? La indispensable para no ser ahorcado, y nada más.» No se sabe hasta qué punto la literatura dramática es con frecuencia literatura personal sin saberlo.

Otra bribonada. Persigue á través de Alemania un manuscrito de un libelo que estaba encargado de descubrir y de suprimir. En medio de un bosque le atacan bandidos. Se defiende, uno contra cuatro. Les hace trizas. Pero ¿á qué precio? Echando sangre, inerte, destrozado por veintisiete heridas, rojo de pies á cabeza: así le encuentra y le trae, le arrastra y

le conduce al carruaje su cochero, que iba en busca de él. Escribe todo eso veinte veces, con detalles cada vez más trágicos, al señor de Sartines, á toda la corte, á todos los Ministros, al Rey, á Francia entera, gentes que acaso no sean de aquellas á quien haya alguna excusa al engañarlas. Bosque, encuentro, bandidos, estocadas, tajos, heridas, torrentes de sangre: todo era falso, desde el alfa hasta la omega, y quizá lo fuese también el buscado manuscrito. «Estimable tarea, digna operación que huele un poco á horca.» Quedó convicto de haber introducido la literatura de Ponson du Terrail en la diplomacia. Salió con bien del paso: salía siempre bien librado. Sin embargo, creo que esa fué la última comisión que se le confió. Velaron por sus días.

Extrañóle más tarde que ya no hubiese en él una confianza sin límites. No volvía de su asombro. La opinión, generalmente admitida, de que era un presidiario *in partibus*, le sumía en abismos de pasmo, simas de estupor y oceanos de amargura. ¡Cómo! ¿Qué es eso? ¡Es cosa para dejar confuso! Es un «problema» insoluble: «¿Cómo acontece que, con una vida y unas intenciones siempre respetables, un ciudadano se vea tan violentamente destrozado; que un hombre alegre, sociable fuera de su casa, firme y bienhechor en sus hogares (¡un Greuze!), sea blanco de mil saetas envenenadas? *Este es el problema de mi vida.*»—Y después de mucho meditar añade: «En vano quisiera resolverlo.»

Renuncia á ello. Tiene razón. Es una cosa absolutamente incomprensible, al menos para él. Lo que le falta, lo que es en él vacío absoluto, vacío de máquina pneumática y de martillo de agua, es precisamente lo que necesitaría para comprender el problema y resolverlo.

En esto es venerable. Toda fuerza es imponente. También lo es todo vacío absoluto. La carencia total de una cosa que estamos habituados á encontrar, por lo menos en débil grado, tiene un carácter de majestad solitaria. La llanura sin un árbol, los inmensos arenales de las playas, el desierto, un cielo

sin nubes y sin estrellas. El silencio eterno de los espacios infinitos de la conciencia moral del señor de Beaumarchais me espanta. Siéntese uno sobrecogido de religioso horror.

Tenía sorpresas cándidas, cuyo secreto y cuyo problema se llevó consigo al sepulcro. Recomendábase, no sé para qué, al señor de Malesherbes. Éste le respondió con tranquilidad: «No puede usted dudar de que le conozco perfectamente al cabo de quince años, porque no se le habrán olvidado los feos negocios en que estaba usted metido y de los cuales fué menester que tuviera yo conocimiento para tratar de sacarle de ellos. Tres meses pasé con usted: estaba usted en desgracia; le cuidé por hacerle un servicio. No podía ocultárseme la clase de culpas que le habían llevado á la situación en que estaba usted. Evité decirle lo que acerca de ello pensaba: no quise humillar á un hombre muy desdichado. Hubiera debido usted adivinarme y agradecerme esos miramientos. De entonces acá siempre ha recurrido usted á mí en las ocasiones en que necesitaba de mi testimonio. Siempre he dado el que le debo acerca de su talento, del cual tengo formada una gran opinión; pero me he abstenido de hablar de usted bajo ningún otro concepto, no queriendo dejar de servirle ni engañar á aquellos con quienes hablaba. Como en este momento las personas con las cuales tiene usted negocios no necesitan mi sufragio para saber lo que debe pensarse de los talentos de usted, no puedo darle ninguna recomendación. Puesto que usted me obliga á manifestarle en términos tan claros mi manera de pensar, comprenderá también que ya no puede haber ningún género de relaciones entre usted y yo. No se tome la molestia de escribirme: no sólo no le contestaría, sino que ni aun leería sus cartas. Soy de usted su muy humilde y obediente servidor.»

Júzguese el asombro de Beaumarchais al recibir esta carta. Al señor de Malesherbes le parecía clara; era un problema insoluble para Beaumarchais. Le daba vueltas, la releía, la deletreaba, traducíala al castellano: «Pero, ¿qué le pasa al señor de Malesherbes? ¿Me reconoce talento? ¡Bueno!... Dice que

carezco de otras cosas. ¿Qué será? Hay un secreto entre la gente. Hay algo de que habla todo el mundo..... no, algunas personas... á lo cual hace alusiones, lo invocan, aparentan adorarlo; y que yo, siendo tan inteligente, nunca he sabido ni siquiera sospechar. ¿Qué es ello? No puedo disipar estas tinieblas. El señor de Malesherbes y algunos otros tienen una cifra, de la cual no poseo yo la clave. Renuncio á ello.»

A la vez, era muy buen muchacho, generoso, caritativo, sociable, franco, servicial, sensible, hablando siempre de sí mismo y no diciendo nunca sino bien, lo cual es señal de buen carácter. No sólo era bueno, lo cual es raro, sino que no era malo, lo cual aún lo es mucho más. «Primero el bien propio y después el mal ajeno», no era de ningún modo su divisa. Pueden agruparse los hombres en cuatro clases. Los que dicen «primero el mal ajeno y luego mi provecho», hay algunos, pero bastante raros. Los que dicen «primero mi bien y después el mal ajeno», son numerosos. Los que dicen «primero mi bien y luego el ajeno», son también bastante numerosos. Y, por último, los que dicen «hacer bien á los demás», parece que hay algunos. Beaumarchais pertenecía al tercer grupo; eso es ya muy hermoso.

La mayor parte de sus empresas, como hace poco dijo acertadamente el Sr. Lintilhac, eran tales que el interés del señor de Beaumarchais casi venía á coincidir en ellas con el interés general. Cuando fundó la *Sociedad de autores dramáticos* (dos ó tres veces millonaria hoy), que en último caso es un servicio prestado á los escritores y al público, no tenía verdaderamente ningún interés; trabajó como un negro durante cuatro años para fundarla. Preciso es confesarlo. Era una de esas fuerzas naturales más bien benéficas, en las que de ningún modo debe fiarse, que no son seguras, pero que de vez en cuando hacen mucho bien, y por las cuales se siente una especie de simpatía sin gratitud. El Sr. de Beaumarchais era algunas veces una lluvia bienhechora.

Lo que le perjudicó en la opinión fué el ser literato; partió-

se de ahí. Le tomaron como hombre de letras y luego dijeron: «¿Qué hombre de letras es este, que es un corredor de dotes, un alcahuete, un tahir, un casi polizonte, menos que un Scapin, menos que un Sbrigani, etc.?» Y fueron severísimos con él. No gusta encontrar esa gentuza en la corporación que cuenta en su seno á Pascal, Boileau, Racine, Montesquieu, Buffon, Chateaubriand, Vigny, Lamartine, Víctor Hugo, Musset, Mérimée y algunos otros, á Dios gracias bastante numerosos.

No es así como hay que proceder. Es preciso decir. A fines del siglo XVIII hubo un negociante, un bolsista, un zurupeto, un hombre adinerado que hizo consistir los afanes de su vida en ganar dinero. Tenía el alma de un arrendatario general. Y obró con arreglo á su alma, según sus instintos y de conformidad con las costumbres de su corporación. Hay muchas cosas turbias en su vida, y quizá no haya una clara. Dedicóse al agio, al garito, á la adulteración de vinos; aduló, arañó, inventó, husmeó, fué servil, aprovechado, pirata, y jactóse de ello en grado sumo. Hizo uso de trapacerías, intrigas y reclamos. Los escrúpulos le estorbaban poco..... Pues bien; ese agiotista tenía buen corazón y era hombre de gran talento. Entre dos negocios sospechosos hacía una comedia que no elevaba el alma, ni siquiera el espíritu, y que no contenía ninguna honda lección, que no era de Molière, ni de Mariana, ni de Sedaine, ni de Angier, ni de Dumas, hijo; pero que era endemoniadamente bonita é inmortalmente divertida. Mientras la escribió pudo hacer negocios; y, sin embargo, la escribió. Tenía su rinconcito de ideal relativo; hay que tenerle eso en cuenta. No es un panamista ordinario.

Si se le tenía así, ¡ved cómo cambia el punto de vista; ved cómo se eleva nuestro hombre! Confieso que para levantarle hay que recogerle desde un poco bajo.

El libro que el Sr. Hallays ha escrito acerca de él es muy agradable. El Sr. Hallays tiene mucho ingenio, alguna malignidad atemperada en este caso por una decidida idea de ser in-

dulgente y un arte notable de hacer vivir al modelo pintado y volviendo á pintar su retrato á nuestra vista. Las frases breves y expresivas, como epigramas algo velados, abundan en sus páginas tranquilas y límpidas, escritas despacio y con esmero. «La opinión se había pasado á Beaumarchais. Luis XV se recreaba en leer las famosas *Memorias*. La señora Du Barry hacía representar en sus habitaciones particulares la escena de la confrontación de la señora Goëzman. Voltaire, que sostuvo á Maupeon contra los antiguos Parlamentos, comprendía haber llegado el instante de desertar. Escribía á d'Argental: «..... Ved el tono; es muy picante.»

Os recomiendo también este breve resumen: Beaumarchais mereció sus dos reputaciones, la buena y la mala. Un buen hombre, excelente para los suyos, de humor alegre y de costumbres fáciles; pero al mismo tiempo enamorado del ruido, pesoso del demonio de la intriga y de la especulación, vano y audaz, rico de ingenio y desprovisto de sentido moral; *virtudes de autor de canciones, con la inconsciencia de un hombre de negocios*. En una palabra: una naturaleza rica y complicada de filibustero, buen muchacho, cordial y retórico. Ese es todo el personaje.

Hice muy mal en escribir cinco páginas: no tenía sino copiar esto.

EMILIO FAGUET.

(*Revista Azul.*)

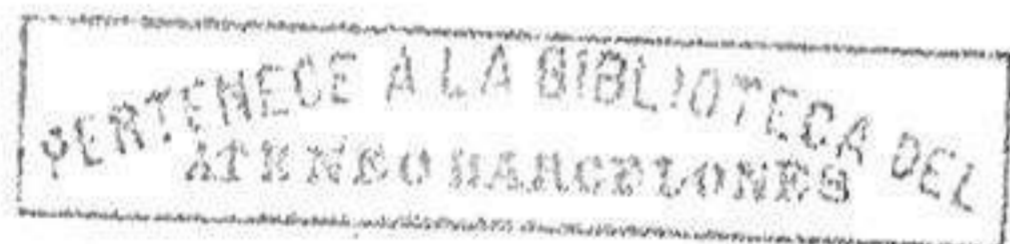
CRÓNICA INTERNACIONAL.

El nuevo Gobierno de Cuba.—Su presidente.—El Ministro de la Gobernación.—El Ministro de Hacienda.—Los demás Ministros.—Consejos á los autonomistas.—Composición del Ministerio cubano.—Necesidad en que se halla éste de procurar á toda costa y á toda prisa una saludable concordia.—Asuntos de Francia.—Observaciones.—Conclusión.

I

Consideremos y estudiemos el régimen autonómico en Cuba y sus principales mantenedores, tal y como he tenido ahora que estudiarlos ante los problemas presentados á la consideración general. Hablemos de las personas con las cuales gusto siempre de usar más mi natural benevolencia que la implacable justicia. Yo no las conozco mucho, porque razones de todos sabidas me alejaron de los partidos antillanos en la vida pública, y porque, dispuesto á resolver el problema interior de la libertad y de la democracia, no presté quizás en los veinte años últimos desde mi sede parlamentaria el interés y atención debido á los problemas coloniales. Pero sé del señor Gálvez, á quien hemos nombrado jefe de la situación autonomista recién creada, que no ha caído nunca en veleidades revolucionarias y que siempre ha confiado en la virtualidad y eficacia de las ideas progresivas sustentadas dentro de una legalidad tan amplia como nuestra legalidad española. Estos

caracteres latinos, apartados de las propensiones al combate, que distinguen nuestra heroica raza, sobre todo en la creadora y audaz familia española, me tientan mucho al respeto y admiración, no sólo porque el amor á la legalidad y á los medios legales sea una virtud, porque tal virtud significan los caracteres y calidades indispensables á la mayor y más honrosa de todas las dignidades humanas, á la dignidad de ciudadano verdadero dentro de un pueblo progresivo y libre. Si, como sus amigos me han dicho, Gálvez jamás cedió á tentaciones belicosas ó revolucionarias y siempre se mantuvo dentro de la legalidad más estricta, merece mi respeto por demostrar en ello un carácter político, el cual llevarále como de la mano á defender la legalidad triunfante con aquel arte mismo con que ha sabido hacer lo más difícil: respetar la legalidad enemiga, consagrándose á mejorarla dentro de las leyes y por las leyes mismas.



II

Me dicen, y no quisiera equivocarme, que su colega, Ministro de la Gobernación y de la Justicia, Sr. Govín, no posee calma igual á la del Sr. Gálvez, y no se redime y exenta de ciertas supersticiones coloniales á que podríamos llamar cubanas, contra la madre patria, que debían amar por igual todos sus hijos, con especialidad aquellos hijos criados en los últimos extremos hasta donde se dilata y extiende su manto celestial. No quiere decir esto que tal conspicuo personaje, abogado y orador de nota, cuyo renombre ha venido hasta la Península, se haya hecho reo de ninguna veleidad revolucionaria ó belicosa, incompatible con su carácter de sabio jurisconsulto. Pero sí quiere decir que ha desconfiado muchas veces de que nuestra España pudiese llegar en sus Antillas á los últimos límites del progreso, cuando todos los días nuestra prensa libre, nuestras reuniones públicas, hechas unas verda-

deras asambleas populares, nuestro Jurado soberano, nuestro comicio establecido en el sufragio universal, nuestra libertad de creencia y de enseñanza, nuestro inviolable hogar, debían decirle cómo se han abierto nuestros senos patrios á todos los vientos del cielo, y cómo, dada la igualdad característica de nuestra España, no podía menos ésta de dilatar sus derechos hasta las Antillas, con la circunstancia y en las condiciones muy especiales reclamadas por su índole particular, por su geografía y por su historia. La desesperación de Govín llegó hasta el extremo de irse y expatriarse cuando creyó extremada la defensa española, y con la defensa española triunfante una reacción implacable. Pero si esto hizo en muestra de una congénita desesperación, supo refrenarla no lanzándose de cabeza en el mar donde resuellan los tiburones filibusteros, reteniéndose dentro del respeto á sí mismo, en absoluta neutralidad, apartado de todas las parcialidades, y con una resignación y una paciencia, las cuales le han valido una enseñanza y una revelación bien diversa de sus presentimientos y de sus prejuicios: la enseñanza y la revelación del sentimiento progresivo, que reina y reinará siempre sobre la patria española, una de las primeras entre los pueblos ó naciones redentoras del mundo. Que Govín perfeccione y complete su amor á la libertad con el amor á la Metrópoli. España no puede ser un ave de paso en Cuba; España es la misteriosa grande ave que ha empollado en sus nidos todas las regiones y todas las nacionalidades del Nuevo Mundo.

III

De Rafael Montoro podría omitir todo juicio, pues dentro de la Península es tan popular como en Cuba su nombre, y dentro del Parlamento se alza su figura brillantísima entre los primeros y más oídos de nuestros grandes oradores. Prestancia suma, natural aptitud, ademán muy compuesto, voz

muy entera, palabra muy abundosa y sencilla; el raciocinio frío, mezclado, cuando así le conviene, al entusiasmo ardiente; la doble facilidad con que analiza cuando requiere el análisis la materia oratoria y con que vuela por los cielos de la síntesis cuando tiene á su disposición una materia sintética; la bondad nativa del carácter, la elevación muy natural del verbo, su cortesía en las contradicciones, su pureza y sobriedad en el estilo, hanle dado una fama que nadie ha contradicho, que no se ha puesto ni siquiera en duda, felicidad no gozada ni aun por los príncipes y por los primates de nuestra gloriosa elocuencia. La historia política de Montoro se ha discutido mucho más y se ha puesto más en tela de juicio que su altísima elocuencia. Desde luego las gentes se quedaron muy sorprendidas cuando le vieron aceptar un dije de tan escaso valor para él y para su mérito como el título de Marqués, aquí raramente recibido ni usado por hombres políticos de su elocuencia y de su talla. Luego, cuando la cuestión del mando de Weyler y de sus proyectos militares, se levantó una cuestión de disenso y controversia entre los partidos, políticos innumerables negaron á Montoro su carácter liberal y le creyeron cortesano de la fortuna ó del Poder. Pero en este último punto yo lo defiendo, porque lo creo libre, no digo de toda mácula, de toda sombra que pudiera deslustrarle. Comprometida España en guerra, empeñado el combate continuo y cruento en la manigua, no se podía controvertir la conducta del General en jefe con libertad allí, y menos asestarle una oposición implacable como la que aquí le asestaban en hora tan suprema y difícil, sin grave y profundo detrimento de la madre patria y lesión enormísima de su ejército. Así, el silencio de Montoro ante la conducta de Weyler merece la aprobación de todos los españoles que aman el deber, y muestra cuán cívico valor el grande publicista posee, cuando, después de haber combatido frente á frente las suicidas tentaciones guerreras, supo respetar lo que no podía patrióticamente contradecir, sosteniendo al partido conservador al personificar éste la defensa

nacional, autorizándose así para ejercer con tino su autoridad y desempeñar con acierto su ministerio.

IV

Poco espacio podemos consagrar á los demás Ministros, no porque dejen ellos de merecerlo, porque necesitamos rendirnos á las exigencias del tiempo, de todo punto incontrastables. Zayas, Médico eminente; Dolz, orador abundoso y galano; Rodríguez, comerciante de inteligencia y de fortuna, desempeñan tres carteras: el primero la de Instrucción pública, el segundo la de Comunicaciones, el último la de Comercio. Para su cargo, tiene Zayas títulos y aptitudes sin cuento. Hombre de ciencia, consagrado desde la niñez al estudio, muy dueño de un saber escogido, predomina en su profesión, Médico, el carácter positivista de los pensadores americanos, quienes rechazan la metafísica con frecuencia ó de la metafísico prescinden. El Sr. Zayas pertenece, con el Sr. Govín, á la parte más exaltada y radical del partido autonomista. No así los Sres. Dolz y Rodríguez, que pertenecen ambos al partido reformista. Joven el primero, entusiasta en sus afectos, pagadísimo de sus ideas, con un carácter efusivo, con una elocuencia rica, muy apóstol y muy predicador, partió de la legalidad para sostener los debidos progresos en serie, y no quiso pertenecer á ningún partido insular mientras se compusiera sólo de criollos ó de peninsulares, y ha entrado en este Gobierno creyendo que este Gobierno representa la reconciliación entre los padres y los hijos. El Sr. Rodríguez, único peninsular perteneciente al nuevo Ministerio, no ha cortado nunca sus lazos con la madre patria y ha sostenido siempre una estrecha unión entre la metrópoli española y la colonia cubana. Tales son los ministros que forman el Gobierno cubano, por lo menos tales se muestran á nuestros ojos. Y así, permitidme

que después de haberlos examinado en sus individualidades, los examine y defina en su conjunto.

V

Definamos, en su conjunto, el Gobierno autonomista.

Y para definirlo en su conjunto, debo dar á los nuevos Ministros una mala noticia. Por más radicales que se crean en sus ideas, se han hecho, desde su exaltación al poder, irremediabiles conservadores. Y si no aceptan con franqueza esta ley de la necesidad, pasaráles aquello mismo que les pasó á los convencionales franceses, y como éstos perdieron la República sin remedio al pie de Bonaparte, perderán ellos sin remedio su autonomía reciente al pie de los jingoes ó de los negros. Al surgir por vez primera la República en Francia, cada hecho grave aumentaba más y más el odio de los revolucionarios entre sí mismos, y con el odio de los revolucionarios entre sí mismos, las causas generadoras del desastre definitivo de la Convención, deshonrada poco después de nacida. Y este combate horroroso trabábase no sólo en el Parlamento, en la prensa, en los clubs, en los jardines públicos, en las sociedades literarias y científicas, en el teatro, en la Universidad, en todas partes. El feudalismo con todos sus errores, los nobles con todos sus privilegios, aquellos caballeros del puñal, tan maldecidos, aquellos guardias de Corps tan acosados por la plebe revolucionaria, la realeza con su dinastía, el clero con sus injuramentados, la emigración traidora, las irrupciones germánicas, parecían cosa baladí á los convencionales, según las desdeñaban ó preterían, acordándose sólo unos de otros, de Robespierre, de Vergniaud, de Roland, de Danton, de Marat y sus monstruosidades todas. En pocos días la decoración política por completo cambió, los sentimientos de las fracciones y partidos tomaron carreras contrarias á las traídas de antiguo. Aquellos marseleses, generadores de la República,

se convirtieron, á los ojos de la plebe revolucionaria, en los mayores enemigos de la República, porque la querían ordenadísima y sensata, con todos los frutos de la libertad y todos los resortes del Gobierno. Aquellos girondinos, precursores del nuevo régimen, bautistas del Mesías prometido á todos los amantes del derecho, verbos de las nuevas encarnaciones sociales, trocáronse para los parisienses exaltados en formidables reaccionarios, únicamente porque atajaban el paso de Robespierre á la dictadura y porque maldecían los crímenes sin ejemplo ni nombre del bruto Marat.

VI

Las sociedades políticas y literarias donde se preparara el 10 de Agosto y se convirtiera el antiguo sentimiento monárquico en novísimo sentimiento republicano, quedaban desiertas y destituídas del espíritu popular, porque ya no estaba en su ministerio traer el nuevo estado social, sino dirigirlo y conservarlo. Es uno de los fenómenos más curiosos que guarda la Historia esta conversión de los tribunos, de los profetas, de los reveladores, de los videntes, en estadistas. Ellos no cambian; ellos profesan las mismas ideas que antes de su exaltación al gobierno; ellos hacen desde las alturas sociales aquello mismo que prometían y formulaban en los sociales abismos; ellos permanecen por fuerza en el punto donde se hallaban colocados al ejercer la oposición y cultivar el ideal; mas la sociedad ha dado una vuelta, y en esta vuelta, de teorizantes se han convertido en administradores, de filósofos en políticos, de metafísicos en economistas, de profetas que anunciaban la buena nueva, en ministros imposibilitados de hacer entrar esta pura buena nueva dentro de la impura y rebelde realidad. Por esto hemos pasado todos cuantos hemos traído á una sociedad vieja é histórica nuevos gérmenes de ideas y nuevas formas de gobierno. Tal variación de la sociedad explica por qué Mira-

beau muere monárquico parlamentario después de haber derribado la monarquía tradicional, sin que nadie comprenda en él su lógica rigurosa consecuencia; explica por qué los gironinos, después de haber formulado y traído la República, mueren todos en el cadalso por enemigos del ideal que habían formulado é impuesto; explica por qué se cayeron las dos alas de Lamartine, como las dos alas de Icaro, al pasar el gran orador desde la tribuna de su Congreso á la sede procelosa de su Gobierno; explica por qué nosotros mismos los republicanos españoles, antes del 73 fuimos profetas radicalísimos, y después del 73 fuimos á los ojos de todo el mundo, sin razón y motivo que justificase tan extraño juicio, conservadores impenitentes, y en concepto de nuestra vieja secta y de nuestros antiguos fieles, hasta reaccionarios implacables.

VII

Por estas razones, fundado en estos recuerdos antiguos y experiencias propias, dígoles á los Ministros de Cuba que marrarán en su obra si no se resignan á ser profundamente conservadores y no se ocupan en atraerse las clases conservadoras, fuertes en todas partes, fortísimas donde hay tanto trabajo y tanta riqueza como en Cuba. Y así debo decirles no ha sido de mi aprobación el que se hayan encontrado al subir á sus altas sedes, con que, hallándose Cuba en estado de guerra, no se habían aplicado al periódico las leyes de la guerra y éste podía decir de partidos y de jefes en armas lo que solamente puede consentirse cuando los partidos y sus jefes se hallan en la plena y tranquila posesión del Derecho. Yo no atestigo con los muertos, yo corroboro lo que defiendo con el ejemplo. Ante la guerra cantonal en Cartagena, la guerra separatista en Cuba, la guerra horrible y reaccionaria en el Norte, apliqué á todo el país la ley de Orden público, suspendiendo facultades y derechos, los cuales no pueden existir en el estado

febril de guerra, desemejante del todo á los estados legales y pacíficos. Yo quiero la completa y absoluta libertad de imprenta, mas en una situación normal, cuando todas las leyes se practican y todos los ciudadanos á las leyes se sujetan. En medio del desorden, del incendio, del asedio, del asesinato, del exterminio, quiero y deseo que se oponga enérgicamente á la fuerza la fuerza, y á la guerra la guerra. Si hubieran hecho esto los nuevos Ministros, si hubieran proclamado la ley de Orden público, evitaran los reprobables artículos de crítica sobre milicia y militares, cuando milicia y militares se hallan en guerra; con estos artículos se hubieran evitado manifestaciones tumultuosas, condenadas por todos los hombres sensatos, reprobables de suyo y dañosas á la patria, pues no solamente pueden infligirnos un grave conflicto nacional, pueden infligirnos un grave conflicto internacional, que debemos los españoles evitar á toda costa, si amamos, cual se merecen, la independencia y la integridad de nuestra España.

VIII

El Ministerio cubano se ha compuesto con todos los elementos avanzados de la isla, desde la derecha conservadora ó sean los reformistas, amigos de la evolución y de la serie, hasta la extrema izquierda, que ha deseado improvisar el Gobierno autonómico, cual si fuera fórmula cabalística. Pero ya formado el Gobierno, ya compuesto, entrando en el ejercicio de sus funciones, debe considerar que no puede dividirse por manera ninguna sin en el acto suicidarse. Tres factores capitalísimos lo han compuesto: el factor reformista, el factor radical histórico, el factor radical intransigente. Pertenecen á los reformistas, el Ministro de Comunicaciones con el Ministro de Comercio; pertenecen á los radicales históricos, el Ministro de Hacienda y el Presidente del Consejo; pertenecen á los radicales intransigentes, el Ministro de Justicia y el Mi-

nistro de Instrucción. La naturaleza de cada grupo, su índole peculiar, su historia particularísima, los combates reñidos entre todos ellos antaño y hogaño, las tendencias al fraccionamiento connaturales con todos los pueblos poco dispuestos y apercebidos á gobernarse por sí mismos, no sugieren una confianza plena en la estabilidad y en la unidad del Gobierno. Ya lo dijo quien mucho supiera en materia de agrupaciones sociales: cualquier grupo que fundéis, se dividirá por sí mismo en derecha, centro, izquierda. Pero esta división irremediable, natural y aun provechosa en los Cuerpos deliberantes que han de legislar, en los Gobiernos que han de proceder y ejecutar es por todo extremo inconveniente y dañosa. Si una parte del Gobierno tira del Estado hacia el centro; si otra tira del Estado hacia la derecha; si otra tira del Estado hacia la izquierda, enfangarán el carro en un atolladero y no podrán abrirle vía desembarazada y amplia. No hay más remedio que ceder para gobernar, no hay más remedio que apechugar con todas las transacciones y huir de todos los combates. La guerra tienta mucho en pueblos de temperamento y origen guerrero, de historia épica, de carácter indómito, de luchas continuas en los campos; mas la guerra no sirve para cosa ninguna en política, donde se necesitan las componendas y las transacciones. No importe á los nuevos Ministros que les llamen pasteleros, con tal que su pastel, bien condimentado, procure á Cuba la libertad y la paz.

IX

Los asuntos de Francia se han, á última hora, sobrepuesto en interés á los demás asuntos europeos; por manera, que no puedo callarlos sin cometer un delito de omisión imperdonable á los historiadores de veracidad y de conciencia. El asunto Dreyfus ha tomado proporciones tales, que los espíritus se han dividido y una guerra civil ha estallado en las calles, todo

cuanto una guerra civil puede allí, en Francia, estallar, pueblo tan progresivo y culto. Empéñanse unos ánimos en que Dreyfus era inocente, y ha sido castigado por su carácter de Israelita; empéñanse otros ánimos en que Dreyfus ha sido culpado, y su culpa coge á todo el pueblo judío, enemigo de la humanidad y de la patria, con anhelos por vengarse del cautiverio perpetuo y de la humillación misérrima en que lo han tenido las gentes europeas, desde que Vespasiano y Tito lo trajeran esclavo á las ergástulas romanas. La cuestión así, ha tomado, sin que nadie pueda remediarlo, dos grandes caracteres: el carácter político y el carácter religioso. Todos aquellos, y son muchos en Francia, anhelosos por destruir las instituciones republicanas, conocen á una tener éstas su base más amplia y su seguro más inexpugnable dentro del gran principio de la libertad religiosa, y pugnan por destruirlo indirectamente, acusando y persiguiendo directamente á los judíos. Así los liberales franceses, muy pagados de aquella noche del 4 de Agosto, en que vino la libertad al mundo, noche tan beatificada y bendecida como aquella en que vino al mundo el Redentor, no pueden pasar por que se intente convertir un proceso más ó menos legal y una sentencia más ó menos justa en ariete contra la libertad de pensamiento y de conciencia, inaugurada sobre nuestro continente, como todos saben, por su inspirado Concilio democrático, por su primer Asamblea soberana, uno de los mayores ornatos del planeta y uno de los mayores timbres del tiempo.

X

Pero id con esas á los dos enemigos capitales de la República en Francia; id con esas al partido pretorianesco y al partido teócrata, deseoso el uno de acabar con todo Parlamento, deseoso el otro de acabar con toda libertad. Así reaparecen aquellos antiguos sicarios de la dictadura militar, en Boulan-

ger personificada un día, y tan parecidos por su índole, por sus conjuraciones, por sus tumultos, por su enemistad con todos los derechos, por su amistad con todos los despotismos, á los pretorianos de Marco Antonio sobreviviendo al imperio de César y preparando el imperio de Augusto. Hace mucho tiempo que se buscan pretextos por los empeñados en una gigantesca reacción cesarista para desacreditar el Parlamento, y tras las innumerables desgracias que ha sufrido éste, llégale ahora la sospecha infundada y temeraria de que piensa revisar el proceso á un traidor, tan sólo por servir la eterna traición judía y por minar el ejército en favor del extranjero, ese aclamado ejército, férrea base de Francia y única seguridad de reintegración en sus antiguos territorios. Y lo mismo que pasa con los pretorianescos pasa con los teócratas. No conozco tierra donde las sectas ultramontanas alcancen la fuerza que gozan hoy tales elementos reaccionarios en Francia. Inútilmente ha querido el Papa condenar este ultramontanismo exagerado, que intenta devorarlo so pretexto de quererlo, predicando á los teócratas la sumisión á las leyes civiles voluntaria y el reconocimiento de la República, fórmula consagrada y respetable de la legalidad. Los teócratas han desoído á su Pontífice y han llegado á celebrar novenas, rezar rosarios, ofrecer ex-votos y dirigir rogativas para que Dios toque en el corazón á León XIII y lo convierta, pues són ellos más papistas que el Papa y más eclesiásticos que la Iglesia. Imaginaos, pues, con cuál regocijo habrán tomado por los cabellos esta ocasión de servir las reacciones europeas, predicando y sosteniendo contra los israelitas la intolerancia religiosa, el mayor de cuantos males antiguos se quieren ahora reproducir y reanimar.

XI

Las letras y las artes hánse mezclado á este difícilísimo problema y hánle traído la famosa resonancia de sus cien áureas trompetas. Un escritor de tan discutida reputación, pero de tan ruidosa fama como el célebre por sus obras naturalistas, llamado Emilio Zola, se ha metido en el asunto y ha sacado su pluma, cortante como una espada, por el infeliz reo abandonado de Dios y de los hombres en la terrible isla del Diablo, como aquellos condenados de la Edad Media para quienes inventaban toda clase de tormentos y para quienes la vida se convertía en un verdadero infierno, sin redención y sin esperanza. Zola, enemigo de la metafísica en filosofía, enemigo de la idealidad en literatura, buscando siempre lo particular, el individuo y el hecho, no se ha movido por causas universales primeras, como suelen hacer los grandes pensadores; háse movido por un caso concreto, excepcional, aparte, en que puede conseguir algún resultado muy beneficioso á una persona, sin trascendencia de ningún género á toda la humanidad. Háse querido comparar el caso de Zola defendiendo á Dreyfus, con el caso de Voltaire defendiendo á Carrá. Se ha dicho aun más: se ha dicho que tal ejemplo y recuerdo le tentaran y le movieran á participar de un problema cuya solución puede traerle, como su problema le granjeó á Voltaire en vida, una grande apoteosis rayana en las divinizaciones antiguas. Pero Voltaire defendiendo á Carrá, defendía una causa interesante á todo el género humano: la causa del pensamiento libre, que á todos los espíritus interesa, y todos los humanos tenemos cada cual un espíritu. Pero imaginaos que Zola consigue salvar un traidor, no ha salvado todos los traidores; imaginaos que sólo consigue perder más y más á un inocente, no ha perdido á todos los inocentes, no; tan concreto y particular es el caso. Pero las muchedumbres, empe-

ñadas en proclamar á puño cerrado la traición del pobre militar preso y en perseguir con este motivo á toda la gente israelita, hoy abomina de Zola en escandalosas manifestaciones, amenazándole á la puerta misma de su casa con desacatos innarrables y con amenazas indecibles de mortales golpes. Recuérdanle que proviene de Grecia, que su padre naciera en Italia, que acaso por sus venas discurre la sangre semito-aria de los antiguos dorios, que no puede querer á Francia, que trabaja por Alemania y por Italia, y defendiendo al traidor defiende la propia traición, escondida como un aspid en su pecho. Zola, injustamente tratado así por la pasión, allí difusa, defiende su causa con grandísima entereza y muestra tener, no sólo un gran talento, innegable, cualesquiera que sean sus errores, un gran valor cívico, cualesquiera que sean sus móviles.

XII

Las manifestaciones antisemíticas han perturbado, con esta ocasión y motivo, así las calles de París como las calles de cien ciudades francesas. Yo no comprendo tales manifestaciones. Aunque nuestra patria expulsó los judíos el siglo XV y la nave que transportaba los heroicos descubridores de América se cruzó en españolas aguas con la nave que transportaba los postreros proscriptos á Tánger; no teniendo, por tanto, nosotros los españoles una gota de sangre judía en las venas ni una semita clase á quien defender, protestamos de todo corazón y en plena conciencia contra esas bárbaras reacciones que perderían los mejores frutos de la revolución francesa y nos volverían al caos feudal y teocrático de la horrorosa Edad Media. Yo creí el antisemitismo una enfermedad oriental, una enfermedad de los moscovitas, una enfermedad de los croatas, una enfermedad de los rumanos, una enfermedad de los vieneses, una enfermedad imposible de adquirir aquí, donde nues-

tra sangre se colora y calienta en el oxígeno de la libertad. Comprendo que Viena y Petersburgo imiten siempre á París; no comprendo que París imite á Viena y Petersburgo. Los beocios pueden imitar á los atenienses, mas los atenienses no pueden imitar á los beocios. Ese socialismo cristiano del célebre Alcalde vienés, conocido por su judíofofia, que mezcla las exageraciones católicas á las tendencias demagógicas, que pide con la destrucción del capital también la destrucción del derecho, que fanatiza los ánimos como aquellos frailes exterminadores, tan frecuentes en las guerras religiosas, puede aparecer entre los combates de germanos y esclavones como una extravagancia morbosa, pero no puede contagiar á la capital del humano espíritu, no puede contagiar á París sin que la humanidad pierda sus mayores timbres y se desquicie sobre sus bases de hoy nuestro luminoso y progresivo planeta. Tendría que ver las estatuas de los grandes pensadores demolidas en París; el trinquete de Versalles, donde se prestara el salvador juramento, á piedra y lodo cerrado; rasgada en pedazos la Constitución; borrado de los ánimos franceses el Derecho; sustituyéndose y reemplazándose todo con inmensas procesiones de flagelantes, yendo al resplandor de las antorchas por aquellos benditos espacios donde brotaran la Constituyente y la Convención á conducir, envueltos en sus hábitos frailecos, el rosario al costado, en los puños el crucifijo, reos con coraza, herejes y relapsos condenados á la hoguera por no comer tocino. El mundo no retrocederá jamás á esa barbarie.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Enero de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Il materialismo storico e lo Stato, per Carlo F. Ferraris. Seconda edizione riveduta ed ampliata.—Un volumen (núm. 17 de la *Biblioteca di Scienze sociali e politiche*) de XIV-277 páginas, 3 liras.

La teoría sociológica del materialismo histórico, indicada muy ligeramente por Carlos Marx, un poco desenvuelta por su colega Federico Engels, repetida y aplicada en infinidad de ocasiones, con más ó menos perfecta conciencia de lo que tal teoría significa y de su valor, por los partidarios del credo marxista, que son los que pretenden monopolizarla como un dogma de la religión que profesan; comenzada á exponer sistemática y ampliamente por el profesor Antonio Labriola, defensor del marxismo, en recientes opúsculos, no ha encontrado hasta ahora representante más autorizado que un socialista heterodoxo, es decir, un socialista que no acepta como dogma de fe, sino que las discute, como hacen con la Biblia los libre-pensadores, todas y cada una de las afirmaciones contenidas en el evangelio de la confesión marxista. La obra en donde hasta el presente se ha desarrollado con más amplitud, más riqueza de observaciones y de doctrina la tesis del materialismo histórico, hasta el punto de venir á formar una verdadera teoría sociológica, es, en efecto, la del profesor de Padua Aquiles Loria, intitulada *Las bases económicas de la constitución social*, París, 1893. (En el número de 31 de Marzo, 1894, del *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, expuse un re-

sumen de este libro.) El que quiera, pues, hablar hoy del materialismo histórico, bien en su defensa, bien para criticarlo, no puede lícitamente prescindir de esta obra.

Por esto Ferraris, colega de Loria en la Universidad de Padua, al someter á examen crítico la teoría dicha, se refiere muy principal y casi exclusivamente al libro citado; y á los que le echan en cara, á modo de censura, el haber identificado la doctrina de Loria con el materialismo histórico, contesta, con razón á mi juicio: «Yo no discuto si Loria ha sido ó no fiel intérprete del pensamiento de Marx; pero es un hecho que el libro suyo, que critico, es hasta hoy el único estudio amplio que ha visto la luz acerca del materialismo histórico..... Por tanto, yo seguiré considerando á Loria como el representante de esta teoría, mientras no aparezca algún otro trabajo que, por lo menos, pueda ponerse al lado del suyo por la perspicacia de los puntos de vista y por la abundancia de hechos, y el cual sea reconocido como ortodoxo por aquellos que, después de la muerte de Engels, se han constituido en custodios de la pureza de la doctrina del maestro.»

No se hace cargo Ferraris, para criticarla, de la teoría del materialismo histórico bajo todos los aspectos que Loria la considera (moral, religioso, jurídico, social, etc.); únicamente la estudia bajo el aspecto que el título de su libro indica; esto es: bajo el aspecto político. Sin embargo, dedica un capítulo (el II) á examinar brevemente en qué tanto es verdad dicha teoría en lo tocante á ciertos fenómenos sociales (el demográfico, el intelectual, el étnico) y al fenómeno religioso. En el resto de la obra investiga, ya con más detenimiento y haciendo uso frecuente así de las enseñanzas doctrinales como de las históricas, si es cierto, y hasta donde, que la constitución económica de un Estado sea el factor único que determina la constitución y organización de su Hacienda, de su Ejército, de su jerarquía civil y organización administrativa, de su forma de Gobierno, de la lucha de sus partidos políticos y la mayor ó menor acción social del Estado, ó sea la mayor ó menor inter-

vención del Poder público en la vida y funcionamiento de los organismos sociales, la mayor ó menor extensión de lo que se llama fines históricos, transitorios ó tutelares del Estado. Al ocuparse en este último problema expone el autor su teoría—que es la del antiguo socialismo de la cátedra, es decir, la teoría que hoy se llama «de la reforma social por obra del Estado»—acerca de la naturaleza de los fenómenos sociales y acerca del poder que para producirlos y modificarlos corresponde á la acción libre del hombre.

Tiene, por último, el libro de que tratamos un largo y muy interesante apéndice, en que se determina el concepto y se hacen las clasificaciones correspondientes de las profesiones y de las clases sociales, con el objeto de que se pueda hacer bien la relativa estadística, y la misma sirva de base para que el legislador conozca los elementos sobre que ha de obrar y no dé preceptos á capricho, como se hace con excesiva frecuencia.

P. DORADO.

Le creature sovrane, per Adolfo Padova. —Milano, Ulrico Hoepli, libraio editore, 1898.—Un vol. de 300 págs., 3 liras.

El estudio de los grandes hombres, de los genios, héroes, superhombres, hombres representativos, criaturas soberanas ó como se les quiera llamar, constituye en el día de hoy uno de los problemas á que consagran con sumo interés su actividad los escritores contemporáneos, igual los de ciencia que los de arte, igual los antropólogos, psicólogos y sociólogos que los historiadores, literatos y pedagogistas. Si no puede con justicia decirse que este asunto sea «la nueva cuestión palpitante (como la ha llamado la señora Pardo Bazán en un trabajo publicado en *El Imparcial*, donde procuraba combatir la teoría del origen degenerativo del genio), porque sería atribuirle un monopolio que no ejerce ciertamente, tampoco es posible re-

conocer que envuelve *una* de las cuestiones palpitantes, y que á dilucidarla desde distintos puntos de vista viene consagrandó sus energías buen número de investigadores y curiosos.

¿Quiénes pueden ser llamados genios? ¿Cuáles son las causas que los producen? ¿Son individuos normales, sanos, mentalmente equilibrados, ó su superioridad sobre el resto de los hombres obedece á motivos de índole patológica, á procesos neurósicos, y sus grandes obras se hallan en dependencia íntima de sus trastornos cerebrales? El genio ¿es acaso un producto social? ¿Cuál es la acción de las figuras salientes sobre la masa y de la masa sobre las figuras salientes? La historia universal ¿es la historia de los genios ó héroes, y, por tanto, la manera antigua de tratarla es la acertada, ó es la historia de la labor lenta, callada y cooperativa de las colectividades, la historia del montón anónimo, de la formación secular y molecular de las grandes obras populares, á que, en su día, cuando han llegado á ejercer una presión enorme, vienen los genios á servir de instrumento más ó menos consciente, de *hombres representativos*? ¿Conviene para el progreso social la aparición de éstos? ¿La aparición frecuente, ó sólo en casos extremos? La dictadura social de los grandes hombres ¿es beneficiosa? ¿Siempre? ¿Cuándo? ¿Qué pueblos y círculos sociales son los que más progresan, aquellos fecundos en genios y cuya dirección monopolizan éstos, ó aquellos otros donde los genios no se conocen ó son muy raros, pero en cambio abundan muchísimo los hombres de ingenio y de dotes regulares? La poderosa, extraordinaria, febril, intermitente actividad del genio, ¿es ó no preferible á la actividad de mediano poder, ordenada, continua, al trabajo regular, incesante y cooperativo del común de los individuos?

Todos estos problemas tratan de resolverse en multitud de libros y escritos que directa ó indirectamente se ocupan de los grandes hombres.

El Sr. Padovan, que aumenta la literatura relativa á éstos con el volumen cuyo título encabeza la presente nota, no ha

tenido el propósito de dar contestación directa á ninguna de las preguntas que acabamos de formular, aun cuando á veces responde como de pasada á alguna de ellas. El tema de los hombres de genio lo estudia nuestro autor desde otro punto de vista, que podríamos llamar biográfico-psicológico. Un detenido examen de las obras de los grandes hombres, de sus autobiografías y Memorias, y sobre todo de sus epistolarios (género de documentos, según Padovan, el más á propósito para penetrar en el interior de sus autores, porque son los más espontáneos y sinceros, mucho más que las autobiografías, que se escriben ya con la idea de que las lea el público), ha servido al joven escritor para conocer ciertos particulares de la vida de aquéllos, particulares de curiosidad é interés, y para sondear en su alma. Y como resultado de su trabajo ha escrito un libro en el cual va haciendo desfilar ante la vista del lector multitud de figuras antiguas, modernas y contemporáneas, de muertos y de vivos, de genios reconocidamente tales y de otros hombres que, frente á los anteriores, no pueden pretender un puesto sino en segunda ó tercera fila; y en capítulos separados muestra—valiéndose para ello de las pruebas, no siempre auténticas y fehacientes, de que ha podido disponer—cuáles han sido *Los grandes dolores* y *Las grandes alegrías* que han experimentado las «criaturas soberanas», *El orgullo* de que se hallaban poseídas aun aquellas que aparentaban ser muy humildes y *La muerte* que tuvieron. En otros capítulos—quizá los más interesantes y valiosos del libro, por las observaciones que en ellos hace el autor, si bien no serán los que mayor esfuerzo le hayan costado—presenta Padovan ante el lector á *Los naufragos*, esto es, á los genios malogrados, á los que fracasaron en sus tentativas y aspiraciones, á los que intentaron y no lograron, imitándoles, ponerse á la altura de sus modelos, y á *El genio en lo futuro*, capítulo saturado de ideal, donde el autor traza un cuadro de lo que, á su juicio, serán en el porvenir la ciencia y sus aplicaciones, el arte, las lenguas, la organización social, mostrando gran confianza en el progreso

mediante el adelantamiento científico. Este mismo adelantamiento, dice Padovan, hará que la aparición de criaturas superiores, de esas que se elevan mucho sobre el nivel medio de los hombres de su pueblo y de su época sea cada día más difícil.

La obra, escrita por persona no solamente culta y erudita, sino también artista, se halla editada en muy excelentes condiciones materiales y tipográficas.

P. DORADO.

Origen, naturaleza y formación del hombre, por Lasplatas.—San Salvador, 1896.—Un volumen de 233 páginas.

Tres partes comprende este libro. En la primera, su autor acomete briosamente contra el *espíritu moderno*, el liberalismo y el filosofismo, á los cuales atribuye todas las desdichas y males, cualesquiera que sea su índole. La ciencia moderna es totalmente falsa, y lo de la «bancarrota» de la misma es un hecho evidente. El catolicismo, tal y como lo entiende el señor Lasplatas, con las exigencias y afirmaciones que implica, es la única doctrina verdadera y salvadora, la ciencia efectiva, no pseudociencia.

En la segunda parte, *La tradición sobre el origen y la naturaleza del hombre*, discute nuestro autor largamente acerca de la interpretación que debe darse á los versículos del Génesis donde se habla de la formación del hombre por Dios: *Faciamus hominem*, etc.; *Formavit igitur Dominus Deus hominem*, etcétera, asegurando é intentando demostrar, con razonamientos sumamente abstractos y sutiles, que la versión de la *Vulgata*, distinta de las demás versiones, y la explicación que se ha dado de los referidos versículos bíblicos por Santo Tomás y la escolástica, aun cuando es la corriente y está hecha por católicos, no es la explicación católica, sino una explicación que puede llamarse pagana, por hallarse influída enteramente por

la filosofía aristotélica, que considera al hombre como animal racional, lo que no es, y la cual explicación, por otra parte, puede conducir derechamente al transformismo y al naturalismo. Los católicos, que la dan y aceptan, no han caído en estos errores, gracias al freno bienhechor del dogma. La ciencia y filosofía católicas, que son las que han de dar la genuina interpretación de los textos bíblicos, no han aparecido todavía. El trabajo que el Sr. Lasplatas publica pertenece, sin embargo, á los que tratan de formarlas; por eso dice su autor que tiene conciencia de que hace una revolución en la teología y en la filosofía (pág. 124).

La tercera parte se consagra al estudio de la *Actuación, desenvolvimiento y desarrollo* (¿dos distintas cosas?) *del ser humano*, esto es, de la educación tanto dentro de la familia como fuera de ella, educación que, según Lasplatas, no puede ser sino católica.

P. DORADO.

Problèmes Sociaux contemporains, par Achille Loria.—Avec un préface de René Worms.—1 vol. in 8.º—Paris. Giard et Brière.—Prix: 4 francs.

De un lado René Worms, el secretario del Instituto Internacional de Sociología; de otro el mismo Aquiles Loria, autor del libro y profesor distinguido de la Universidad de Padua, y en sendos prólogos, reducen á poco la tarea—de suyo humilde—de reseñar el asunto del tomo que la *Bibliothèque Sociologique Internationale* publicó hace poco tiempo.

De su autor dice René Worms: «Es una reputación consagrada; no hay quien estudie científicamente la Economía que ignore su nombre; su libro *Analisi della Proprietà Capitalista* le elevó al rango del primero de los economistas italianos; es miembro del Instituto Internacional de Sociología y ejerce en la cátedra—con su palabra vibrante y fácil, puesta al servicio de sus entusiasmos—señalada influencia en pro de los humil-

des.» Aquiles Loria dice de su libro: «Contiene retocadas conferencias que, á instancia de alumnos de varias Facultades, hice en curso semanal y sobre cuestiones palpitantes; el que busque en ellas conclusiones definitivas topará con desilusión inevitable.» «En un país como el nuestro—dice—en que los problemas inspiran miedo, en que se adoran los axiomas, es hacer obra útil y fecunda proponer las cuestiones y agitar los espíritus.»

Si se añade que entre nosotros ya es conocido Loria, porque ya dieron cuenta de sus libros y de los prestigios de su autor la *Revista de Derecho y Sociología*, y el Sr. Dorado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, comprenderá el lector cuán reducida es mi labor, limitada á dar somera noticia del libro de que ahora trato.

Le constituyen ocho lecciones. En la primera, *La cuestión social*, intenta el autor demostrar que en el fondo de los problemas que agitan hoy á la humanidad palpita Economía, nada más que Economía; el mundo sociológico reposa sobre el elemento económico; la segunda, *La libertad*, estudia lo que fué esta propiedad influída por la Economía, humilde al principio, casi ahogada por la autoridad en la Edad Media, defendida débilmente por los campeones de la fisiocracia triunfante con Adam Smith, perjudicada por las desigualdades sociales, reducida á términos de justicia hoy, merced á los socialistas de cátedra; examina en la tercera *La propiedad*; las teorías que la hacen depender de la ocupación, de la personalidad, de las necesidades, del trabajo, de la ley, ninguna da en el *quid*, por perderse en disquisiciones metafísicas; la propiedad es un hecho que reviste formas múltiples, hoy capitalista por razones históricas, mañana quizá no, al servicio de intereses nuevos; combate la ley de Malthus en la cuarta, *La población*; en la quinta, *El socialismo*, reseña su historia, desde el que vivía ya en China—según Cognetti de Martiis—hasta el de Carlos Marx, hoy tan traído y llevado, sin estar del todo conforme con esta última evolución, pero respetando lo que significa co-

mo crítica, y entendiendo que debe mejorársele; estudia en la sexta *El darwinismo social*, criticando la ley de la lucha por la existencia; trae á cuento en la séptima, *La evolución*, lo bueno de la doctrina de Spencer, y por fin consagra la lección octava á *La revolución*; cree que las causas que las preparan se dan hoy con más pujanza que nunca, que deben evitarse á toda costa; que de este esfuerzo de la humanidad, si no se logra siempre lo que se pretende, algo se obtiene siempre: la creación de un tipo humano más levantado y más puro.

La doctrina de Loria oscila entre el marxismo moderno y el clasicismo de la Economía. Un escritor francés llama á su socialismo asociación mixta de capitalistas y trabajadores, y añade que parece el economista de las sutilezas y de las antítesis. Lo cierto es que es un escritor entusiasta, paladín de los nuevos principios, que no se agarra con tenacidad á ideas que acuden con la mira de tiranizar el pensamiento. Su libro refleja con sinceridad su pensamiento acerca de cuestiones que preocupan hoy al mundo, sin eufemismos, con erudición y hasta con agudeza..... Pero tiene sus defectos.

Desdeña lo metafísico hasta un punto inadmisibile, y da á lo económico una importancia sobre toda ponderación.

LEOPOLDO PALACIOS.

Ciencia política y Derecho constitucional comparado, por Juan W. Burgess. Tomo II y último. *Gobierno*. — LA ESPAÑA MODERNA. Madrid, 1898.—Un vol., 416 págs., 8 pesetas.

Con este volumen se completa la traducción española de la importantísima obra del profesor norteamericano Mr. Burgess. Del primero, ya he hablado desde este sitio en otra ocasión. Allí me remito, en lo tocante á la consideración general del mérito indiscutible de este libro, que deberán estudiar con detenimiento nuestros políticos, más ó menos científicos. Ceñirémonos, pues, ahora á exponer brevemente el conte-

nido del presente tomo. Trata, como dice su título particular, del *Gobierno*, noción distinta para el autor de la de Estado, á la cual se refiere principalmente en el tomo anterior. Esta distinción es capital en la concepción política del profesor Burgess: sin embargo, podría discutirse, sobre todo, cuando á partir de ella orienta una clasificación de la forma de Gobierno, y admite el supuesto posible de que el *Estado* ejerce *directamente* las funciones *gubernamentales*. Pero esta discusión nos llevaría más lejos de donde podemos ir en estas *Notas*.

El plan desarrollado en la exposición del Gobierno por el autor, es como sigue: Estudia primeramente las formas de Gobierno, esto es, los tipos de Gobierno en geueal. Luego aplica la clasificación que de las formas hace, á la consideración crítica é histórica de la forma de Gobierno en los Estados Unidos, en Francia, en Alemania y en Inglaterra, comparándola después. En la segunda parte, pasa el profesor Burgess á analizar los elementos especiales de la constitución del Gobierno, empezando por la Constitución del Poder legislativo, siguiendo por la del ejecutivo y terminando con la del Poder judicial. El estudio de la Constitución de estos tres poderes, es exclusivamente crítico-histórico; el plan desarrollado es el mismo en las tres: exposición de la Constitución de cada Poder en las cuatro Constituciones elegidas como típicas por el autor, y estudios comparativos parciales de los poderes, ya en lo referente á su estructura, ya en lo relativo á sus facultades ó funciones. Todo ello siempre presentado con admirable concisión y claridad, y esmaltado de oportunísimas consideraciones.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Academia Española.—Memorias de la Real Academia Española. *Tomo VII*. En 4.º, 540 págs.: 8 ptas.
- Academia de la Historia.—Cortes de los antiguos Reinos de Aragón y de Valencia y Principado de Cataluña. *Tomo I en dos partes*. En fol. xx-280-544 págs.: 30 pesetas.
Comprende las Cortes de Cataluña desde 1064 á 1358. Tomo I.º
- Actas de las sesiones ordinarias celebradas por la Diputación de Alava..En folio, 277 págs.
No se pone á la venta.
- Alcántara (Francisco).—Córdoba. En 12.º, 164 págs.: 50 céntimos. Colección diamante, tomo LVI.
- Almanaque-album de *La Ilustración* para el año de 1898. En 4.º mayor, 96 págs.: 2 pesetas.
- Almanaque Bailly-Baillièrè para 1898. En 8.º, 456-61 págs.: 1,50 pesetas.
- Alonso Colmenares (J.).—Hacienda municipal de Madrid. En 4.º, 98 págs.: 1 peseta.
- Andrade (B. M.).—Estudios penales. *Sumario*: I. La locura ante las leyes penales y de procedimiento criminal. II. Publicidad del delito. III. Del arrebató y obcecación. IV. Pecado y delito. V. ¡Vacher! VI. El último libro de Ferri. En 8.º may., 112 págs.: 2 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.).—Luz Fernández; novela. En 12.º, 264 páginas: 1,50 pesetas.
- Anzizu (E.).—Fulles historiqués del Real Monestir de Santa María de Pedralbes, per Sor Eulalia Anzizu. En 4.º, xv-224 págs.: 5 pesetas.
- Archipiélago filipino.—Régimen político-administrativo para el porvenir. En 4.º, 88 págs.: 1 peseta.
- Argüelles (P. T.).—Leyendas. En 8.º, 196 págs. 1 peseta.
- Ariza y Pérez (R. de).—El presidiario; monólogo. En 4.º, 29 páginas: 1 peseta.
- Arnedo (L.).—Mancinelli y su ópera *Hero y Leandro*. En 8.º, 46 págs.: 1 peseta.
- Bajo é Ibáñez (R. de).—Extracto del compendio de Aritmética. En 12.º, 82 págs.: 50 céntimos.
- Bayton (J. M.).—Temas sociológicos. En 8.º, 158 págs.: 2 pesetas.
- Beato (B.).—Elementos de Psicología, Lógica y Ética. En 4.º, 279 págs.: 6 pesetas.
- Blanco y Moya (J. A.).—El seguro en la familia. En 8.º, 108 páginas: 1,50 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la

- Historia. *Tomo XXXI. Cuaderno V.* (Págs. 353 á 448.) Cada cuaderno 1,25 pesetas.
- Bueno (Angel).—¡Tesoros!..... En 32.º, 31 págs.: 10 céntimos.
- Cabello y Lapiedra (L. M.).—El Arte, los artistas y la Exposición de Bellas Artes de 1897. En 8.º, VIII-157 págs.: 2 pesetas.
- Cano y Cueto (L.).—Tradiciones sevillanas. *Tomo VII.* Contiene: El toque de agonía.—La última aventura de D. Miguel de Mañara. En 8.º, 252 págs.: 4 pesetas.
- Casañal y Shakery (A.).—Los tenderos; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 45 págs.: 1 peseta.
- Casero (A.) y Larrubiera (A.).—Los botijistas; sainete lírico. En 4.º, 37 págs.: 1 peseta.
- Castelar (E.).—Historia de Europa desde la revolucíoa francesa hasta nuestros días. *Tomo II.* En folio, 976 págs. y 9 láms. al cromo. Tela: 26 pesetas.
- Castro y Tiedra (M. de).—Novele-rías. En 8.º, xv-214 págs.: 3 pesetas.
- Catecismo de la doctrina cristiana en dialecto valenciano. En 8.º, VII y 22 págs.
- Cereceda y González (E.).—Instrucción y programa de preguntas y respuestas para los exámenes de aptitud de contadores de fondos. En 4.º; 236 págs. y 78 de modelación práctica: 6 pesetas.
- Cocat (L.) y Criado (H.).—El gallito del pueblo, zarzuela en un acto. En 4.º, 38 págs.: 1 peseta.
- Razas de conejos; cría del conejo de campo y del casero. En 4.º, 88 págs. con 17 grabados: 2,50 pesetas.
- Cuenta general del Estado del año económico de 1895-96, publicada por el Ministerio de Hacienda. En fol., 473 páginas.
- Díaz de Arcaya (M.).—Leyendas alavesas, 1.ª serie. En 8.º mayor, VIII-307 págs.: 3 pesetas.
- Echevarría y Reyes (A.).—Sobre el lenguaje, disquisición bibliográfica. En 12.º, 23 págs. Tirada de 100 ejemplares.
- Enciso (M. G.).—Tratado de geometría práctica y aplicaciones del dibujo lineal. En 4.º, II-180 y 11 de índice: 5 pesetas.
- Estadística tributaria de España, publicada por el Ministerio de Hacienda. *Año económico de 1894-95.* En folio mayor, x-27 mapas. No se ha puesto en venta.
- Fernández Casado (M.).—Oposiciones á las plazas de Registradores de la Propiedad. Contestación á las preguntas relativas á la Legislación notarial. En 8.º, 55 páginas: 2 pesetas.
- Fernández Guerra (A.), Hinojosa (E.) y Rada y Delgado (J. de D.).—Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda. *Tomo II.* En 4.º, 462 páginas. En tela, plancha y cortes dorados: 20 pesetas.
- Ferreiro Lago (F.).—Código civil, cuestiones selectas. Colección de artículos publicados en la *Gaceta del Notariado.* En 4.º, 178 páginas, 3 pesetas.
- García Collado y Romero de Aquino.—Homenaje á dos poetas. En 8.º, XIV-130 págs.: 6 pesetas.
- Gil Maestre (M.).—El anarquismo en España, y en especial en Barcelona. En 4.º, 127 páginas: 2 ptas. Tirada aparte de la *Revista Contemporánea.*

- Graells (M. de la P.)—Fauna mastológica ibérica. Memoria. En folio, 806 páginas, con 22 láminas: 12 pesetas.
Tomo XVII de las Memorias de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.
- Granada (D.)—Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata. Montevideo. Impr. Artística de Dornaleche y Reyes. 1896-97. En 4.º, XXI-670 páginas.
- Labra (R. M. de) —La República y las libertades de Ultramar; estudio histórico-político. En 8.º, 294 págs.: 3 pesetas.
- Lasarte (M.)—Justicia humana. Un sacrificio: novelas. En 4.º, 32-81 págs.: 1 peseta.
- Martín Pérez (M.)—Nociones de industria y comercio. En 4.º, 208 págs.: 2,50 pesetas.
- Martín Mínguez (B.)—Política y militarismo. Defensa del General Weyler. En 4.º, 76 páginas: 2 pesetas.
- Maseras Ribera (M.) —La fiebre puerperal. En 4.º mayor, 16 páginas: 1 peseta.
- Massó Torrents (J.)—Natura. La montanya. La vida. Varias poesías. En 8.º, 70 págs.: 1 peseta.
- Meneval (Mgr. de). —María Estuardo, su proceso y degollación. En 4.º, 318 págs.: 6 pesetas.
- Mística parda (Curiosidades de), por D. Juan de la Sal, el Padre Juan Chacón, Santa Teresa de Jesús, D. Fulgencio Afán de Ribera, el Dr. D. Juan de Salinas y Castro, D. Leandro Fernández Moratín, Fortún Galindo y otros. En 16.º, xv-352 págs.: 3 pesetas.
- Montesinos (E.) y Frutos (L. P.)—Los currinches; juguete cómico-lírico. En 4.º, 34 págs. 1 peseta. Administración lírico-dramática.
- Morera (E.)—Cançons catalanes. En 4.º, 4 hojas: 50 céntimos.
- Navarrete Tejada (M.) — Ensayos poéticos. En 8.º menor, 125 páginas: 2,50 pesetas.
- Navarro Gonzalvo (E.)—De doce á dos; pasillo cómico-lírico. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Neera (M.)—Teresa; novela. En 4.º, 224 págs.: 3 pesetas.
- Oller (N.)—El Esgaña-pobres; estudio de una pasión, versión castellana de Rafael Altamira, ilustraciones de Joaquín Mir. En 8.º, 188 págs.: 2 pesetas.
Colección elzevir ilustrada. Tomo XI.
- Ortiz de la Torre (J.)—Terapéutica quirúrgica. En 4.º, 95 págs.: 2 pesetas.
- Palacio (S. M.)—Recuerdos de la Alcarria. El castillo de Anguis. En 8.º, 346 págs.: 5 pesetas.
- Palencia (C.)—Comediantes y toreros ó la Vicaría; sainete nuevo. En 8.º, 55 págs.: 1 peseta.
- Pardo González (C.)—Pizarras de álgebra superior. En folio, 135 páginas: 7 pesetas.
- Pedrell (F.)—Teatro lírico español anterior al siglo XIX. Documentos para la historia de la música española. En 4.º Tomos 1, 2 y 3, xxii-42, xxxvii-48 y xxxiii-51 páginas: 12 pesetas.
- Peláez Villegas (P. L.)—Ligeras consideraciones sobre las cavidades y mucosa nasales. En 4.º, 25 páginas: 2 pesetas.
- Pérez (M. M.)—Nociones de industria y comercio. En 4.º, 208 páginas: 2,50 pesetas.
- Pérez Galdós (B.)—El Abuelo. En 8.º, viii-423 págs.: 3 pesetas.

- Pérez y González (F.)—Chucherías. Fruslerías históricas y chascarrillos de la historia. En 8.º, 252 páginas: 3 pesetas.
- Pérez Zúñiga (J.)—Cocina cómica; recetas de guisos y postres; poesías culinarias y otros excesos. En 8.º, 160 págs.: 2 pesetas.
- Piernas y Hurtado (J.)—Principios elementales de la ciencia económica. *Segundo cuaderno*, que comprende: Parte general. Libro I. La vida económica en sí misma. Libro II. Los actos económicos. Teoría de la producción. En 8.º, 242 págs.: 2 pesetas.
- Presa de Rojas (J.) y García González (L.)—La estatua de brillantes; comedia en tres actos. En 4.º, 119 págs.: 2 pesetas.
- Presupuesto general de gastos é ingresos de la isla de Puerto Rico para 1897-98. En folio, 133 págs.
No se ha puesto á la venta.
- Presupuestos generales de gastos é ingresos de la isla de Cuba de 1895-96. Subsistentes para 1897-98. En folio, 283 págs.
No se ha puesto á la venta.
- Priego Pedrajas (Manuel).—Memoria sobre la mosca del olivo. En 4.º, 51 págs.: 1 peseta.
- Prieto y Valdés (C.)—Almanaque subamericano 1898. En 4.º, 224 páginas: 2,50 pesetas.
- Ramón y Cajal (S.) y Calleja y Sánchez (J.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales. En 4.º, 117 págs.
Tema: Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica.
- Reyes (A.)—El lugar de la Viñuela; novela andaluza. En 8.º, 326 páginas: 3 pesetas.
- Ricord Puerta (E.)—Método práctico de análisis de orinas. Memoria. En 4.º, 63 págs.: 1 peseta.
- Sánchez Pastor (E.) y Delgado (S.)—La vacante de Cañete; sainete en un acto y en prosa. En 4.º, 34 páginas: 1 peseta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La Carnicería</i> (Sedán), por Camilo Lemonnier.....	5
<i>La literatura científico-militar de España, en los dos últimos años,</i> por Juan Pérez de Guzmán.....	46
<i>De algunas costumbres de los mahometanos en los entierros y funerales,</i> por Rodrigo Amador de los Ríos.....	75
<i>El Derecho penal y los sistemas fatalistas y deterministas de la Antropología criminal,</i> por Luis Silvela.....	116
<i>Crónica literaria,</i> por E. Gómez de Baquero.....	146
<i>La prensa internacional: La Duquesa de Uzès,</i> por Jane Misme.— <i>Un opúsculo de Littré,</i> por Miguel Bréal.— <i>Acerca de un retrato de Beaumarchais,</i> por Emilio Faguet.....	160
<i>Crónica internacional,</i> por Emilio Castelar.....	179
<i>Notas bibliográficas,</i> por P. Dorado, L. Palacios y A. Posada....	194
<i>Obras nuevas</i>	204